

ARACELI OCAÑA



*Todo es posible en*  
*América*

B

# TUDO ES POSSÍVEL EN AMÉRICA

*Araceli Ocaña*



1.ª edición: mayo 2017

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-722-1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

## Dedicatoria

1. El lado oscuro
2. Lo odiamos
3. Surfero en tierra firme
4. La tarde de [Mc]autos
5. El primer día
6. América y sus amores
7. Corazón roto para llevar
8. El longuis
9. Pepi, Luci, Bom
10. Margarita se llama mi amor
11. La noche de las baldosas traicioneras
12. Yo... me lo merezco
13. La noche en que Isabel Gemio casi viene a mi casa
14. Pena, penita, pena y tikka masala
15. Paso total de este rollo
16. Equipo Tomatito en acción
17. Magia
18. La revelación
19. La prueba definitiva
20. Novios anónimos
21. Elegir bien
22. Bego y América rumbo a...
23. Levanta la vista, hola, Nueva York
24. La vida irreal
25. Campana sobre campana
26. Tía, me han hecho un serendipity
27. Destino: Love station
28. «The citest», o sea, la cita más cita nunca conocida
29. La Cenicienta del ketchup
30. Más sorpresas
31. Amarga palmera de chocolate
32. Del adonis al cerdo ibérico

- [33. Cualquier cosa podía pasar](#)
- [34. El principio de una idea](#)
- [35. América cocina](#)
- [36. Robin Hood con cuchara](#)
- [37. Puñales y tiritas de Hello Kitty](#)
- [38. Cuando a tu cumple vas](#)
- [39. Suéltalo](#)
- [40. Cita con Chiquito de la Calzada](#)
- [Limerencia](#)
- [41. Konfesiones en el salón](#)
- [42. No es amoooooor](#)
- [43. Fiesta con olor a cuco](#)
- [44. Como la piedra dura de Chipiona](#)
- [45. Estaba todo en el spam](#)
- [46. La nueva Carrie Bradshaw](#)
- [Un epílogo XXL](#)
- [Agradecimientos](#)

*A ti, que has elegido leer este libro y  
no perderte en la pantalla del móvil.*

# 1

## El lado oscuro

Lo había intentado todo: la radio, mi canción favorita, el clásico pipipipí-pipipipí, silencio y vibración...

No existe, en el mundo, nada que vaya asociado al despertador y no se odie. Alguna gente (pija, de la que puede levantarse con tiempo y desayunar tostadas mientras lee la prensa) dice: «Yo es que acostumbro al cuerpo y me despierto de manera natural.»

Claaaaaaro, porque en noviembre, a las seis de la mañana, el amanecer llega justo en el minuto exacto que tú necesitas para levantarte, vestirse, desayunar y, si eso, peinarte. Todo a velocidad supersónica porque por la mañana siempre hay prisa... Pero sí, tienen razón, es verdad, tu cuerpo se acostumbra fácilmente y está todo tan bien pensado que, por si pasa lo que sea y tu cuerpo, a pesar de ser sabio, no se ha despertado solito, viene un coro celestial de pajaritos a susurrarte al oído. De hecho, si vas tarde, se encargan de vestirse como a la Bella Durmiente.

Pero la realidad es que yo, en aquella época, durmiente era, desde luego, y bella... Regular. Con antiojeras, pasable.

Cuánto cuesta levantarse pronto y más si es para ir a un trabajo que no te gusta. Pensaréis que soy una malcriada o que he vivido poco para que esto suponga un drama, pero hablo con conocimiento de causa: para mí es una de las peores torturas a las que puedes someter a alguien. No se lo deseo ni a mi peor enemiga, que es una chica que en el colegio era mi mejor amiga y en el instituto dejó de saludarme. No quiero dar nombres, pero un saludo, Mónica.

Desde luego, a la que no me lo deseo es a mí, porque en el espacio de mi vida que os voy a contar no es que no me gustase el trabajo, es que lo odiaba. Lo supe desde el primer minuto en el que entré por la puerta de esa oficina. «Ay, América, que te has equivocado.» Porque el principal problema es que el

trabajo estaba bien... Pero para otros.

Yo lo había elegido basándome en dos motivos totalmente erróneos: amor y dinero. Y, avanzo desde ya: ese noviembre en el que me costaba levantarme celebraba un mes en ese lugar de tortura y había comprobado dos cosas. Una, que lo primero (el amor) se había esfumado. Y dos, que el alivio que pensé que sentiría al recibir la primera nómina nunca hizo acto de presencia. O sea, que no compensaba en absoluto. Peor, me gasté tanto en ropa para animarme por lo que estaba sufriendo que ese mes lo pasé regular económicamente. Ganaba más y era más pobre... La vida.

Así es como descubrí que yo no había nacido para trabajar en publicidad, a pesar de que mi madre dijese a menudo que tenía una habilidad innata, como el mejor de los vendedores, para convencerte de cualquier cosa, por insistente. Pero, claro, lo de que a pesar de ese don el trabajo no iba conmigo no lo supe hasta que me puse a ello.

Lo que había pasado es que me había cambiado de un trabajo en el que ejercía mi vocación, el periodismo, al «lado oscuro» (una denominación que no le he puesto yo y eso me da credibilidad porque es muy acertada). Lo hice porque me pagaban el triple. No compensaba, pero eso lo supe cuando era, legalmente, muy tarde.



## 2

### Lo odiamos

Así que cada mañana intentaba una nueva estrategia con la alarma del despertador para no levantarme repentinamente con cara de pez dando su último suspiro, con los ojos superabiertos, un poco como cuando alguien despierta de golpe de un coma en las películas, buscando el aire.

Quería evitar montar un drama, o cambiar el género de esa película, que a menudo era de terror. A veces tenía hasta los diálogos, que daban mucho miedo, especialmente porque eran conmigo misma y porque si estaba muy desquiciada la conversación la mantenía en voz alta: «No, no, no, no quiero ir, no voy, me siento enferma.» «No tienes nada.» «Sí, tengo una pena muy grande.» Si alguien hubiese entrado en mi cuarto en este instante y me hubiese encontrado así, pálida, despeinada y hablando con una sombra, me habría dado el Goya sin pasar por la alfombra roja. O un premio TP, al menos.

Este original diálogo que bien podía haber sido como si un personaje de Almodóvar protagonizase el *Expediente Warren* solía producirse cada madrugada, inmediatamente después de sonar el maldito despertador, y le seguía mi intento por levantarme de la cama. Todo esto a cámara superlenta porque mi cuerpo y yo solo queríamos posponer la agonía. Y luego llegaba tarde y me agobiaba más, aunque a nadie podía haberle importado menos. Bueno, sí, quizás a mi jefe. Lo que yo hiciese le resbalaba por su traje de marca.

Eso, por la mañana, porque por la tarde la historia cambiaba. Ya por entonces había aprendido que, en publicidad, los eslóganes (o *claims*, que es como se llaman técnica y no paletamente) habían sustituido a refranes y dichos populares: «A quien madruga, Dios no le ayuda ni un poquito», «Cuanto antes llegues, más tarde te irás» y «No por mucho madrugar te va a poner tu jefe una reunión antes de las 7 como temprano». Así que me levantaba pronto para

llegar tarde, porque total... Nunca iba a volver antes de la hora de cenar a mi casa.

Me había metido en un *fregao* que, como ya estaréis imaginando, me amargaba la existencia. Problema: la culpa era mía y solo mía; por dejarme llevar por el dinero... ¿Acaso había estudiado yo periodismo pensando que iba a ser rica como Carrie Bradshaw o sabía desde el principio que una columna mensual no paga unos Manolos? Quizás un poco sí, la verdad sea dicha, pero luego ya en la carrera todos y cada uno de mis profesores me quitaron la venda de ojos: iba a ser más pobre que todos mis amigos que dejaron de estudiar y ahora estaban haciendo trabajos no cualificados pero bien pagados.

Entonces, si lo había hecho todo por amor al arte o porque de verdad creía que era mi objetivo vital, ¿por qué ese cambio de mentalidad repentino? ¿Fue la crisis de los 26? ¿Qué había pasado aquí, era porque se me había antojado un iPhone y no tenía cómo pagarlo?

No creo que fuera nada de eso, pero recordemos que había tenido dos motivos para cambiarme a este trabajo, y uno de ellos fue hablar de más con quien no debía: Javi. Descartado el dinero como móvil, nos centraremos en el segundo y último sospechoso.

Javi es la primera persona de mi mundo que os voy a presentar y no me andaré con rodeos. Así se lo contaría a mis amigos: os aviso desde ya, a Javi lo odiamos.

En este punto (despertador sonando, yo no queriendo ir, primera nómina cobrada y gastada), lo odiábamos desde hacía cinco semanas. Ponle seis por no decir: desde que lo conozco; pero a mi favor diré que hasta tan atrás no podemos irnos ni echarme la culpa, que yo en enero no pude prever todo esto y juro por mi colección de zapatos de Zara que si pudiese viajar en el tiempo, de qué me iba a liar yo con él. Nunca. *Never*. 100% nada.

Porque, efectivamente, ¡demos paso a la chica cliché! Adelante chica cliché, cuéntanos tu historia: «Pues mira, es que antes de odiarlo, Javi había sido mi rollo.» Bravo, puedes retirarte.

Pero bueno, no, especifiquemos bien que resulta que llamarse «rollo» exige un compromiso también: era mi «persona con la que me liaba algunos fines de semana». Mejor.

Hago un paréntesis aquí para hablar de esto, como si no hubiese hecho ya veinte paréntesis en lo que llevamos de relato: se nos ha ido de las manos el tema parejil. Por culpa de la tele y algo de nuestra cosecha hemos introducido

demasiadas etapas en una relación: empezamos remarcando con luces y signos de exclamación el momento de decir «te quiero». Después le añadimos que llamarse novios es ya un acto en sí mismo. Ahora resulta que ya no eres rollo si no has pasado una serie de pruebas olímpicas, y hasta la RAE se ha inventado «amigovios», que no lo usa nadie porque es como mi madre intentando evitar la palabra «follamigos», cuando una madre en realidad no quiere pensar ni en «folla» ni en «amigos» que se acuestan si uno de los dos no es su osito Flufi. Pero me da igual cómo lo llames, que hasta para eso hay que llegar a un estatus. Súmale a toda esta ecuación loca lo de la exclusividad y, mira, yo ya no sé si llamar «papá» a mi padre si no me enseña una orden judicial con prueba de ADN incluida.

Dicho esto, y sin poner etiquetas porque, por supuesto, nunca se habló de esto, con Javi llevaba liándome desde principios de año, y en septiembre él había estado en el momento justo con la persona menos indicada (yo). O más bien al contrario, porque me había dado mi típica crisis existencial de nuevo curso y tenía que haberme quedado solita compadeciéndome en lugar de contarle mi vida.

No me malinterpretéis, estoy segura de que en su cabeza todo estaba en orden y él creía que todo lo había hecho con la mejor intención: la culpa es mía por encariñarme. Si me conociese un poquito sabría que me encariño hasta de los perros guía que veo en el metro y de una patata que lleva conmigo tres años porque tenía algo así como boquita y ojos y ahí la tengo, con múltiples protuberancias y arrugadilla, pero con su sonrisa eterna. Si se lo hubiese contado, quizá me habría entendido un poco y habría salido corriendo sin mirar atrás. El resultado es que me hubiese evitado todo esto.

Pero mira, he dicho que lo odiamos, así que no me parece mal cambiar el chip y que toda la mierda recaiga sobre él. Fue su culpa. Punto.

### 3

## Surfero en tierra firme

El caso es que yo ya tenía trabajo. Bueno, «trabajo», si somos sinceros. ¿Conocéis Onda Noticias? Es una de las radios más importantes del país y me veo en la necesidad de remarcarlo porque cada vez menos gente pone la radio y mucho menos si no suena electrolatino. Juan Magán, bandido, que me robas los oyentes.

Pues yo, que llevaba tres años licenciada, periódicamente me apuntaba a algún cursito, y así esta prestigiosa radio, abanderada de las causas sociales, mediante un vacío legal que se estaba prolongando siglos, me hacía un contrato en prácticas y jamás me contrató de verdad.

Vamos, que yo pagaba para que me tuviesen allí... Con 26 años, todavía «aprendiendo». Así, hasta que hicieran una inspección de trabajo y se vieses obligados a depositarme en la calle, porque ese vacío legal no era tan vacío ni tan legal.

Cobraba el sueldo mínimo y con eso y con la paga que aún me daban mis padres aún me daba para vivir con Gloria, la pirada de mi compañera de piso. A ella también la odiamos, aunque no lo suficiente como para buscar otra compañera u otro piso. Soy de ese tipo de personas que prefiere evitar los conflictos, y dar los rodeos que haga falta para ello, aunque el conflicto se pase toda la semana ocupando junto a su novio el salón y la tele.

Que es, precisamente, lo que pasó aquella fatídica tarde de septiembre en la que llegué inusualmente pronto a casa y más quemada que de costumbre. En un par de semanas tenía que pagar de nuevo 600 euros por un curso que ni siquiera iba a hacer de verdad (como si tuviese tiempo); era la tercera vez que me apuntaba para que pudiesen hacer el apaño y mantener mi puesto, y en la radio, como siempre, todo eran promesas: «Cuando en enero pase el ERE queremos que seas la primera a la que contratemos.» Pero ya habían pasado

dos eneros y nada cambiaba. Al menos, es verdad que podía ser la primera contratada, porque hacía décadas que los únicos cambios de personal llegaban con diferentes oleadas de becarios como yo.

Ay, septiembre, mi mes de las dudas. Con una nube negra —metafórica— sobre mi cabeza y viendo que ni siquiera podría ocupar mi mente viendo Telecinco porque había dos seres ocupando la tele, me metí en mi habitación y allí apareció Javi, con un puntito verde junto a su nombre al abrir Facebook. Estaba conectado y eso era justo lo que yo quería/necesitaba: conectar con alguien. En realidad, si pudiese ser, con él.

Debía de estar tan apático como yo, porque me abrió ventana:

—¡Hola!

—¡Holi!

Este era mi saludo y a la vez mi grito de guerra, pero esta vez tuve la sensación de que daba a entender que era más alegre de lo que sentía en realidad. Pero todo se magnifica en las redes sociales, como las risas que nunca suenan.

—¿Qué haces?

—Pues, al parecer, nada.

—¿Y eso? —Como veréis, unas conversaciones superprofundas las que teníamos.

—Porque mi compañera y el novio llevan tres días haciendo maratón de «Juego de Tronos» y no tengo ni tele, ni salón, ni acceso al aire acondicionado.

—En el McDonald's hay aire.

—...

No se me ocurría mejor respuesta para un tío con esas salidas tan inesperadas. ¿Y a mí qué me importaba el McDonald's ahora?

Menos mal que se explicó:

—Que me apetece un McFlurry, ¿te bajas?

Me lo pensé. ¿Me apetecía un McFlurry que acabaría, posiblemente, en casa de Javi otra vez?

—Solo si te pides también un Big Mac, que es lo que me apetece a mí.

—Hecho.

—¿En el de Gran Vía que parece todo lujoso?

—A y veinte, ahí.

A mi favor diré que no me cambié ni nada porque era jueves, estaba cansada

física y emocionalmente y porque la verdad es que llevaba un vestido vaquero que me había comprado en las ultimísimas rebajas. Era la típica prenda que quieres estrenar ya porque el verano que viene ya será vieja y, seamos sinceros: me daba un aspecto poco cuidado pero favorecedor. *Epic win*.

Llegué pronto, que es algo que me gusta hacer —excepto a mi trabajo— aunque luego me desespero cuando los demás llegan tarde. Sabiendo que era el caso, lo esperé apoyada justo en la barandilla más famosa de la calle y posiblemente de todo Madrid. En la que solían pasar las horas los heavies del Madrid Rock.

Yo no había vivido sus mejores tiempos (aunque de vez en cuando los veía pulular por ahí); conocí el local cuando ya era una tienda de ropa que parece un *after* y que suele oler a ambientador con plástico chino, y no cuando convivían allí CD y vinilos.

Fueron mis padres los que me contaron la historia un día que pasamos por allí, porque al parecer durante un tiempo habían vivido fascinados con ellos, hasta que la tele, la mágica tele, un día les resolvió las dudas. Quiénes eran y qué hacían allí.

Para ellos eran seres casi mitológicos, especialmente para mi padre, que solo los conocía de oídas: fue mi madre la que, durante el mes que había estudiado mecanografía en la calle Jacometrezo, los vio al pasar y pensó que qué chiquitos tan curiosos. Curioso es que alguien estudie mecanografía en el siglo XXI, pero eso ya son cosas de ella. Mi teoría es que ella pasaba de la máquina de escribir y que en realidad aprovechó el mes que se vino a Madrid para recordar sus tiempos mozos: había venido desde Burgos, donde vivían desde los veintipocos y adonde se trasladaron desde la capital cuando a mi padre le dieron un trabajo en la Pascual... Allí nació yo. No en la Pascual, sino en Burgos, su segundo y mi primer hogar.

Así que treinta años después, aprovechando que su hija querida (única, para más señas) estudiaba en Madrid y había que visitarla, habían pasado por ese enclave mítico. Ambos me contaron emocionados que esos seres extraños que nos habíamos cruzado en Gran Vía eran, en realidad, superestrellas: los heavies del Madrid Rock eran tan importantes como el oso y el madroño o como comerse un bocata de calamares en Navidad. No les pidieron foto porque no llevaban la cámara encima y ninguno sabía usar la del móvil.

A mí también me picó la curiosidad y gracias a internet descubrí más sobre estas leyendas vivas: eran (son) gente pacífica, aunque a algunos les asusten

sus estilismos, son dos, gemelos, no se les conoce trabajo y empezaron a sentarse en esa barandilla en solidaridad por el despido de los empleados de la tienda de música, ahora pasan el rato y protestan contra el capitalismo.

Lástima que esa tarde no estuviesen ahí, porque desde que supe más de ellos siempre miro en su dirección, para comprobar que todo sigue en orden... Quizá les dolía la cabeza del sonido atronador que salía de la tienda de ropa, a mí casi me estallan los tímpanos en los diez minutos que estuve esperando a Javi.

Dato a tener en cuenta: la gente de publicidad solo llega pronto a sus citas con los clientes. El resto no lo merecemos.

Porque, ah, claro, Javi trabajaba en publicidad, en la que sería mi futura agencia. Y llegó tarde pero, ay, guapísimo.

Javi era (es, porque en contra de mis deseos sigue vivo) uno de esos seres humanos despreocupadamente bellos. Un surfero en tierra firme, por su forma de vestir, con sudaderas de Hollister, vaqueros sin forma definida y pelito algo largo pero siempre brillante. Y castaño, en un país donde o eres rubio o moreno, nada de medias tintas. Creo que la barba no había hecho acto de aparición por su cara en la vida: ni estaba ni se la esperaba y eso acentuaba la sensación de que en realidad podría ser un adolescente. Que hubiese empezado a utilizar expresiones como «mazo» o «flipa» porque a los modernos les hacía gracia su sonido retro tampoco ayudaba con lo de la edad. Pero, en contra de las apariencias, tenía 26. Como yo. Por desgracia, no debíamos de coincidir en nada más.

Cuando llegó a Gran Vía llevaba puesto un polo de palmeras, bermudas vaqueras deshilachadas, zapatillas blanco nuclear y pelo a medio secar. En Madrid, en septiembre aún es pleno verano y no ha empezado la temporada de secador.

Porque, no lo olvidemos, Javi era creativo en una agencia de publicidad internacional, una de las más innovadoras del momento, y su estilo descuidado podía engañarte a primera vista (o a segunda, como era mi caso, que llevaba meses enmarañada en su red), pero todo estaba estudiado al milímetro, peinado a golpe de cepillo y secador incluido.

No tenía 16 años, pero sabía bien cómo aparentar ser el *quarterback* del equipo del instituto y ese veranito, que lo había pasado en Tarifa con los colegas, le había dejado la piel morena. A mi lado, que había adquirido bronceado camionero por el único rayo de luz que entraba por la ventana de mi puesto en la redacción, parecía que éramos una muestra de tonalidades de

piel, como los que tienen en el Leroy Merlin en la zona de pinturas. Blanco crudo con degradado a beige, gama «América». Dorado con chispas de sol, gama «Javi». Cuestión de gustos.

No me saludó con un beso ni nada porque, repito, no éramos rollo ni similar, así que se acercó a mí y me dijo, rollo casual, «¿Qué pasa?», y nos dirigimos juntos al McDonald's.



## 4

### La tarde de [Mc]autos

Quizás el error fue mío, por hacerme la colega de un chico que me gustaba tanto.

Si volvemos a tomar el cine como referencia, lo que tendría que haber hecho es hacerme la modosita y comer como un pajarito para que se enamorase de mi fragilidad, pero para mi gusto no hay ninguna cosa o ser por encima de las patatas *deluxe*. Así que, esa táctica, a la basura.

Y si lo pienso fríamente, eso no hubiese cambiado nada, yo creo, a Javi no le importaba lo que yo comiese o no. Parecía muy considerado, aunque a lo mejor es que le importaba muy poco lo que hiciese con mi vida. Ojo, recordatorio: lo odiamos.

Y lo odiamos por lo que pasó esa tarde, mientras sorbía mi Fanta de naranja y él se comía su McFlurry de Oreo, su pecado favorito. Después de la hamburguesa y sobre todo las siempre y nunca suficientes patatas *deluxe*... Ay, si me hubiese quedado con el éxtasis de mi menú degustación favorito y hubiese dado carpetazo a cualquier contacto adicional todo hubiese sido más fácil.

Porque ahí, momento clave de mi vida, Javi me preguntó por el curro y yo me sinceré sin saber lo que eso conllevaría, porque es una cosa para la que tengo mucha facilidad: ya sea el chico que me gusta, mi mejor amiga o la cajera del Día.

Aparte de que si Javi y yo llevábamos tantos meses (nueve, aunque no se celebrasen, los contaba) que sí, que no, que nunca te decides, es porque había algo más que esa química sexual que une a la gente en las novelas. De hecho, es que nos conocíamos desde hacía años y siempre habíamos hablado mucho. Lo de enrollarse vino después.

Los dos estudiamos en la misma universidad, cada uno lo suyo —

Periodismo yo y Publicidad él—, y vivíamos en la misma residencia de estudiantes. Años después, el enero fatídico, nos reencontramos una noche de fiesta. Y cuando me hizo la típica pregunta sobre el trabajo le conté la nula evolución de mi vida desde que terminamos la carrera, pero lo hice con mucha comicidad, al parecer.

En realidad, a todo el mundo se lo contaba igual, estudiadamente cómico, para hacerle gracia a las amigas de mi madre cuando me preguntaban por mi devenir.

Se ve que prendí alguna chispa porque esa noche acabamos liándonos.

Y así, asá, hasta el día del Big Mac, la tarde de autos, el cambio sustancial de una vida (la mía). Porque ese día a Javi se le encendió otra chispa, la de las ideas, y con la mirada perdida porque su vista estaba en sus pensamientos fenomenales, me dijo:

—Oye, ¿a ti te gusta el ketchup?

Y yo, que había abierto mi corazón y mi última frase había sido: «La verdad es que no sé qué hacer con mi vida», levanté la mirada, que había fijado en la foto de un helado porque una es reconocidamente gocha de pensamiento, lo miré a los ojos, alucinando, mientras él sonreía de medio lado porque sabe que eso le saca un hoyuelito, y pensé: «Este chico es mônguer.» Así, en su carita.

Pero no se lo dije porque a mí la gente que es cortita me da pena, me siento un poco por encima y en deuda porque de pequeña me dijeron que era muy lista y los trato con deferencia. Y también porque era muy guapo.

Decidí seguirle la corriente y hacerme la graciosa filosófica:

—Bueno... Lo suficiente... Creo que no puede faltar, pero que forma un todo, un conjunto con la mostaza y la mayonesa...

—Vale. Pero ¿te gustaría trabajar defendiendo que el ketchup es la mejor cosa o salsa del mundo?

Y volví a mirarlo esperando que no se me dibujase una interrogación en la cara, al estilo de los dibujos japoneses.

De nuevo, intenté no ir de sobrada:

—No sé, chico, una cosa es que me guste este sitio y que venga una vez al mes. A veces dos si la regla viene fuerte de hormonas. Pero no sé si a mis padres les gustará haberme pagado la carrera y que deje voluntariamente un trabajo que, bueno, no es ideal, pero al menos es de periodista y me ponga a trabajar en un burger.

Y ahora al que se le dibujó claramente una interrogación en la cara fue a él. Una expresión que luego descubriría que comparten todos los creativos: se les pone cuando nos cuentan una idea a nosotros, oh, simples mortales, y no nos enteramos de nada porque no tenemos una mente tan privilegiada como la suya. La mónica ahora era yo.

Lástima que él tuviese muchísima menos mano izquierda:

—Que no, tía, ¿eres tonta? Que en mi curro están buscando a una cuenta para que lleve una marca de ketchup, y se me ha ocurrido que igual te pega porque eres ingeniosa y eso y seguro que el jefe lo valora... Y eso. No sé cuánto pagan, pero me juego lo que quieras a que es mazo más que donde estás ahora.

Y ahí empezaron los problemas. Mazo de problemas.

## 5

### El primer día

Levantarme cada día era una tortura china, como ya he contado, pero casi siempre hacía un esfuerzo sobrehumano y conseguía llegar a trabajar. Casi siempre. Porque casualmente en tres meses tuve dos gastroenteritis y una gripe. Reales, lo juro, como si mi cuerpo supiese todo y se pudiese enfermo aposta.

Y ese esfuerzo lo hacía porque mi sentido del deber era incluso más fuerte que cualquier otro sentimiento: siempre había trabajo, y yo podía odiarlo y odiarlos a todos (de hecho, a unos más que a otros), pero era muy responsable.

Así que cumplía, a pesar de que mi primer día hubiese sido tan horrible que habría sido suficiente para no volver jamás.

Para empezar, no se me ocurrió nada mejor que empezar un lunes a trabajar. ¡Un lunes! ¡Con toda la semana por delante! Nota mental desde entonces y para siempre: que el primer día sea siempre un jueves, para que te acostumbres pero en nada tengas el fin de semana para procesar el cambio de vida.

Lo peor de empezar un lunes es que antes viene... ¡Correcto! ¡Un domingo! Desde ahora, EL PEOR DOMINGO DE LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD. Aquel domingo. Un domingo de esos que ya se despiertan como torcidos, dando a entender que si no han empezado bien, no esperes mejorar.

Lo pasé dando vueltas y vueltas a qué ponerme. ¿Qué se ponen las publicitarias y muy especialmente las publicitarias que no tienen ni idea de lo que se traen entre manos? En la radio, en parte porque era becaria y en parte porque era la tónica general, con unos vaqueros y un jersey siempre iba apañada. Pero aquí no tenía ni idea de lo que se estilaba: ¿estilo surfero, como le había visto a Javi? Me costaba creer que todo el mundo fuese así. ¿Rollo *Mad Men*? No estaba preparada para embutirme en un vestido ajustado y taconazos de aguja, marcando bien de pecho, aunque quizá no hubiese estado

de más seguir su ejemplo y acabar sirviéndome unos whiskies en mi despacho... Al final, me decanté por un término medio. Desde entonces conocido como EL *LOOK* PEOR ELEGIDO DE LA HISTORIA DE LOS PRIMEROS DÍAS.

No exagero. Lo juro, cuando una está por tomar malas decisiones hasta en eso se equivoca: para mi primer día y causar buena impresión se me ocurrió que si me vestía como cuando era azafata de supermercado nada podría ir mal. Falda de tubo negra, un poco porque siempre he pensado que en las oficinas se vestía así, medias tupidas casi leotardos porque hacía fresco, blusa blanca, porque es un básico, y americana. Y en los pies, bailarinas.

Tal y como te lo imaginas, pero peor.

Así me presenté ese lunes a las 9 de la mañana.

¿Qué habíamos dicho sobre que los publicitarios llegan tarde? Mi jefe llegó a las 10. Y yo esperando en recepción con mis aires de chica modosita que bien podría ser la nueva empleada o alguien a quien tratas bien solo porque viene a darte muestras de queso. Estoy segura de que todos los empleados me sonreían esperando que fuese lo segundo, quizás ahí estuvo el primer error.

Cuando por fin apareció Luis, mi jefe, se me debió de iluminar la cara, ¡por la puerta asomaba mi tabla de salvación! Se debió de dar cuenta de lo necesitada que estaba porque incluso se disculpó por llegar tarde, cuando luego resultó que básicamente esa era su hora de entrada habitual.

Con él viví esos primeros momentos tan desagradables: me presentó a todo el mundo y mi misión era aprenderme sus nombres y sus cargos. Una tarea algo difícil teniendo en cuenta que, en primer lugar, muchos prácticamente ni levantaron la vista del ordenador cuando me presentaron y, en segundo lugar, habían decidido dejar el buen rollo para las reuniones con sus clientes y para transmitírselo a los consumidores. Ni una gotita quedaba para mí.

Ni siquiera cuando llegué a la zona de creativos me sentí arropada. Era la zona donde trabajaba Javi, al cual no había visto entrar porque, en efecto, aún no había llegado. ¿Es que nadie respetaba los horarios en esa empresa? No, ya os digo yo que no.

Así que me los presentaron sin más, volví a encontrar cierta hostilidad que ya me parecía hasta normal, y yo no mencioné que me enrollaba habitualmente con su compañero porque no me parecía que ese tipo de comentarios me llevasen a entrar con muy buen pie. Menos mal.

Finalmente llegamos a mi sitio, el lugar privilegiado de los recién llegados:

la mesa junto al baño. Pasados los días, y viendo que no era capaz de hacer pandillita con nadie, empecé a pensar que era una apestada literalmente y hasta coloqué un discreto ambientador en mi mesa.

Pero ese día aún podía tener solución, o al menos eso me dije. Le mandé un mensaje a Javi mientras esperaba a que un técnico pusiese en marcha mi ordenador y me dijo que llegaba en diez minutos. «Bueno, al menos entonces no estaré sola.»

Ay, América, qué inocente has sido siempre.

## 6

### América y sus amores

Javi no era, ni mucho menos, el primer tío con el que me había liado. Una no llega a esa evolución humana en la que puede liarse con un chico sin pensar en un futuro juntos (tipo, no sé, que acabará teniendo hijos y chalet con perro con él) sin una cierta experiencia que le diga: ojo, cuidado, por ahí no, chati.

Es verdad que sí que fue el primero con el que alcancé ese estado de madurez y me emocionaba mi propio estado mental: por primera vez, aunque me gustaba mucho, no me volví una loca. Como mucho me había imaginado a mí misma decorando el altar para mi boda o entrando a la catedral de Burgos del brazo de mi padre. Pero bueno, eso es porque yo quería casarme, no porque estuviese colgadísima por él.

Mi experiencia hasta entonces me decía que iba por el buen camino, aunque esa misma experiencia la verdad es que había resultado ser algo traicionera en el pasado. Aviso desde ya: también en aquella ocasión, ¿si no de qué iba a ser el odioso de Javi?

Pero hagamos un breve repaso por mi historia, de la jovencita América y sus amoríos. Hablemos, por ejemplo, de Alberto.

Alberto fue mi primer novio, así como lo que yo podría llamar serio, después de besitos con algún muchacho: él llegó mucho antes de que yo fuese una estudiante moderna en la Complu, más bien cuando era una adolescente de 16 con el flequillo cortado a trasquilones que iba y volvía de casa al insti por el Paseo de la Isla, en Burgos.

Ay, qué romántico. Si esos árboles hablaran... Os dirían que hasta ellos veían claro que lo de Alberto no iba a ningún lado.

Quizá se diesen cuenta, no sé, porque a lo mejor ellos, como árboles, no podían hablar ni ver, pero tal vez sí notar en el ambiente que ese chico jamás me había dirigido la palabra y que, probablemente, hasta que mi amiga

Carmen no se chivó de que me gustaba («me mola un poco», fueron mis palabras exactas), no sabía ni mi nombre. Bueno, miento: una vez anteriormente lo pronunció para pedirme unos apuntes. Yo pensé que de aquella nos haríamos amigos, pero el único comentario que fue capaz de emitir y que daba poco pie a declararse o comenzar una bonita y próspera amistad es que tenía una letra muy bonita.

Aunque para mí fue como si me dijese que le fascinaban mis ojos, mi pelo mal cortado y mis labios carnosos, todo a la vez, y desde entonces me esforcé en hacer la letra más bonita, más redondita y más clara, pero después no volvió a pedirme nada. Ni apuntes, ni rollo, ni *ná*.

Hasta que llegó un día, poco después de que la borracha de Carmen le dejase entrever que a mí me gustaba, en el que se acercó y me preguntó si iba a ir a su cumpleaños. Alucina pepinillos.

¿A su cumpleaños?! ¿Pero si nunca jamás me había invitado! Es más: ¿cumplía años? Nunca me lo había planteado, porque mi amor era onírico y solo veía una pequeña parte de él: la que existía entre las cuatro paredes de clase.

Entonces respondí como una adolescente piensa que se responde, coqueteando y no dejando ver sus cartas (o sus bragas) demasiado pronto: «Ah, no sé, ¿estoy invitada?» Premio a la originalidad.

Pues sí, estaba invitada. Y allí que nos fuimos el viernes la misma Carmen, nuestra amiga Sonia y yo con nuestras minifaldas de licra y nuestras botas hasta la rodilla. ¿Frío? ¿En Burgos? Cuando tienes 16 años, no.

En aquel cumpleaños, que era una fiesta superlujosa, un botellón en el famoso Paseo de la Isla, pasó lo que yo no esperaba y él sí: fui su regalo especial. Nos morreamos a muerte y yo tenía muchísimas mariposas en el estómago... Con un poquito de granadina, que siempre endulza y nunca sobra.

Esa misma noche llegué a mi casa nerviosa, pensando que mis padres notarían en mi cara que me había besado, pero no lo vieron porque esas cosas, como «la cara de recién follados», solo existen en las novelas.

Quizá se diesen cuenta de que algo raro pasaba porque, con el amor que llenaba todo mi ser, se me quitó el hambre y apenas comí en todo el fin de semana, pero, por primera vez en la vida, los padres de una hija única no le hicieron un interrogatorio hasta averiguar qué era lo que le pasaba. Por lo tanto, del viernes al lunes solo me alimenté de pensamientos y ensoñaciones: le daba vueltas a lo que había pasado, lo que él había dicho, que nunca se



había fijado en mí así, pero que el chivatazo de Carmen había despertado su curiosidad... Y sobre todo pensaba en dos cosas: que me había puesto una vez la mano en el culo (eso es que le gustaba de verdad, clarísimamente), y cómo reaccionaría él cuando volviésemos a vernos, agobiadísima por la incertidumbre.

Y, por suerte momentánea para mí, el lunes fue muy simpático. Y en el primer recreo... Me llevó a un rincón apartado y volvimos a enrollarnos. ERROR. Error garrafal, Alberto.

Porque a mis hormonas, ya en ese momento, les dio vía libre, y desde ese beso a la luz del día y con sabor a palmera de chocolate decidí que estaba claro, que éramos novios, y que no había otra salida más que casarnos al terminar el bachillerato. Era feliz.

Los días y los recreos con besos fueron pasando, les sumamos vueltas a casa cogidos de la mano por la Isla y llegamos al viernes. Habíamos quedado sus amigos, mis amigas y nosotros dos para ir al cine, pero le pedí vernos a solas una hora antes para darle una sorpresita. Una idea genial, vaya.

Porque no se me ocurrió otra cosa que regalarle una esclava grabada para celebrar nuestra primera semana juntos. Un regalo muy de moda entre las parejas adolescentes que yo conocía, pero que solían esperar, al menos, a cumplir un «anivermes». Yo no.

Yo veía el futuro y pensaba que era hasta real, aunque realmente lo conociese de hace nada y sobre su personalidad, gustos y aficiones solo supiese que le gustaba mi culo. La esclava la heredarían nuestros hijos y sería precioso recordar que lo tuvimos todo tan claro desde el principio.

Su reacción, en cambio, no me dio ninguna pista porque quizá nunca he sido de cogerlas al vuelo, y cuando tenía 16 y estaba enamorada solo quería ver lo que después le contaría a mis amigas y mi diario, pero con el tiempo, unos añitos de nada, supe comprenderla: sonrió, dio las gracias y disimuló que estaba flipando como nos han enseñado a todos a hacer cuando nos dan un regalo que no esperamos y, sobre todo, no queremos. Nos fuimos al cine y santas Pascuas.

Al día siguiente celebrábamos un nuevo botellón porque es que tampoco había muchas más opciones de ocio que conociésemos a esa edad, y esta vez fue él el que quiso quedar antes conmigo: yo esperaba que me devolviese la sorpresa y así fue... ¡Alberto me dejaba! No con esas palabras, pero me explicó que estaba en un momento complicado de su vida en el que no era

capaz de querer a nadie y yo, que era una adolescente loca que regalaba esclavas pero también era muy comprensiva, asentí. Lo entendía perfectamente. Ya volveríamos cuando se aclarase, ¡sería por tiempo!

Me rompió el corazón verlo liarse con otra esa misma noche mientras aún llevaba mi pulsera en la muñeca. «La besa a ella pero mi regalo no se lo quita», era un consuelo pobre pero algo era. Si pudiese querer a alguien sería a mí, claro. Tardé años en darme cuenta de que a lo mejor no estábamos hechos el uno para el otro, pero sobre todo, él no estaba hecho a que le regalasen joyas a la semana de conocerse. Me di cuenta viendo *Pretty Woman*, porque esa historia tiene bastantes lagunas y lo del collar me abrió los ojos... Ocho años después.

Y así es como empezó mi historial amoroso: luego pasarían Iñaki, David, Dani, el chico mono del ocho y medio que me besó y nunca más he vuelto a ver, Carlos y Fede. Y Javi, obvio. Ahora parecen solo nombres, una lista relativamente larga, pero con todos fueron pasando unas cuantas historias, cada una distinta, en las que siempre había un final común; la conclusión estaba clara: yo estaba muy dispuesta a enamorarme de cualquiera que me hiciera un poco de caso... Hasta que llegó Javi y decidí que ya no, que era una persona madura e iba a jugar a los «follamigos».

Pero, bueno, eso ya lo he avanzado, también me rompió el corazón.

## Corazón roto para llevar

Ese primer día en la agencia no fue, desde luego, uno de los mejores de mi vida. Recapitulemos: *look* inapropiado, jefe que llega tarde, gente que no quiere ni conocerte y un sitio junto al baño que huele a residuos.

¡Pues aún había espacio para más!

Cuando ya llevaba allí varias horas y pensaba que Javi no iba a llegar, me di cuenta de que la gente se levantaba de sus sitios y la sala se quedaba como un solar: eran las dos, hora de la comida.

Yo no sabía *a priori* si la gente se llevaría la comida de casa y no había preparado nada, porque, además, siendo sincera, albergaba la esperanza de comer con Javi y que me pusiera al día, pero el susodicho no aparecía.

Así que bajé a la calle haciéndome la mujer de mundo que suele salir habitualmente a comer sola. ¿Cosmopolita, yo? Mogollón.

Como no conocía bien la zona acabé yendo a lo fácil: acabé sentada en el Vips de Sevilla (parada de metro, no ciudad, que el AVE está por las nubes de caro y me venía regular de tiempo) porque pensé que me había ganado una hamburguesa francesa. Cuántas cosas iba a merecerme a partir de entonces, cuántas.

Y allí, mientras esperaba que me trajesen la comida porque si hay algo que tiene el Vips es que pierdes gran parte de tu vida esperando a que pasen cosas, como que te atiendan, de veras pasó algo... ¡Una sorpresa! ¡Para mí! Se ve que desde lo de Alberto y todo el historial posterior no había aprendido que las sorpresas así no son como una espera: en ese mismo espacio-tiempo apareció Javi por la puerta del local.

Y yo, coqueta, creí que me había visto desde la calle y venía a comer conmigo, qué mono, así que decidí seguir la táctica que desde hacía nueve meses mantenía: hacerme la guay. En este caso, mirar mi móvil como si no lo

hubiese visto para hacerme la sorprendida cuando se acercase a mi mesa, porque es una cosa que siempre he creído que le debes al otro. Que alguien quiere tener un detalle contigo, pues qué menos que decir que no hacía falta o hacer como que no lo esperabas dando palmaditas y grititos de sorpresa y emoción. Normas sociales, vamos.

Pero en este caso en concreto pasaba el rato... Casi se me estaban acabando las nuevas actualizaciones de Facebook para cotillear... No tenía ya más whatsapps que contestar... Seguían pasando los segundos... Y a la mesa, por fin, llegó alguien. Preparé mi mirada a lo gato de Shrek favorita, levanté la vista y... ¡sí!

Ah, ¡no! La camarera, que me traía mi plato con mi hamburguesa/montaña.

¿Dónde se había metido Javi? ¿Se habría ido al baño? Ya debería haber llegado hasta mí. Busqué con la mirada a ver si lo veía salir de algún sitio o se había quedado mirando los libros de la entrada, pero entonces se me cerró el estómago de golpe. Javi estaba sentado ya. En otra mesa, con otra chica.

A ella la recordaba vagamente: me la habían presentado como miembro de otro equipo, allí en la agencia. ¿Cuál era su nombre? ¿Mariola... Marta... Maldita hija de puta que estás besando a Javi?

Besándose, así, sin miramientos.

Miré hacia mi plato con esa neblina acuosa que te generan las lágrimas antes de desbordar tus ojos y supe que no iba a ser capaz de comerme esa hamburguesa, pero una tiene sus principios y mi madre me había grabado a fuego que la comida no se tira, como mucho se convierte en croquetas. Así que paré a la camarera: «Por favor, ¿me la puedes poner para llevar?»

Y me extrañó que no respondiese: «¿Quiere que le empaquete también los trocitos que quedan de su corazón?»

## 8

### El longuis

Mientras esperaba a que me devolviesen mi comida envasada y me cobrasen (algo que, sinceramente, en el Vips suele tardar años y en esta ocasión me parecieron décadas) me dio tiempo a pensar mis posibilidades: ¿saludarlos o hacerme la loca?

Decidí que estaba demasiado harta de ese día de mierda: iba a hacerme la loca saludándolos. Ya bastaba de contentar a la gente también cuando las sorpresas eran desagradables. A tomar por culo todo.

Cogí mi bolso, también mi bolsa con comida y me acerqué. Juraría que a ella no le agradó mucho ver cómo me acercaba y que a Javi le cambió un poco la cara, de sonrisa a serio profundo, pero el maldito seguía estando guapísimo.

—¡Hola!

—¡Hombre, América!

Se levantó y todo, qué honor, ¡y me dio un abrazo! ¡Un abrazo! Como si fuese yo su prima americana y no supiese dar dos besos como toda la vida de Dios...

A continuación, mientras ambos forzábamos una sonrisa tipo *selfie*, tuvimos la conversación más extraña que se había registrado en ese Vips hasta la fecha:

—¿Qué tal estás? ¿Quieres sentarte con nosotros? Bueno, te presento a Marta. Marta, ella es la amiga que te he com...

—No, si ya nos han presentado.

—Ah, bueno, pues genial. Oye, ¿y qué tal el primer día?

—FENOMENAL. Fetén. Una cosa maravillosa. Oye, que no quiero que se os enfríe la... ¿Ensalada? Bueno, pues eso. Que yo me voy ya que tengo que volver a la agencia y eso.

—Bueno, pues nada, luego nos vemos allí... Y me cuentas qué tal.

—Ah sí. Claro. Una cosa, Javi. ¿Te importa que nos veamos a la salida?

—Ja, ja. ¡Claro! Ha sonado a amenaza.

—Tómatelo como quieras.

Y me fui. Superdigna. La dignidad hecha persona con falda de tubo y bailarinas del Blanco.

Tanta dignidad tenía y tan orgullosa de mi remate final estaba que me volvió el hambre. Porque el hambre es así, imprevisible. Acabé comiéndome mi hamburguesa frente al Congreso de los Diputados y dándole vueltas a todo, no me encajaba nada. Pero, sobre todo, ¿cómo había pasado esto? Era lo primero que pensaba preguntar cuando nos viésemos, horas más tarde.

—Javi, ¿qué cojones ha pasado? —Se lo dije, de nuevo, con una sonrisa que mostraba más fuerza de la que tenía.

Di un trago a mi cerveza, sin fijarme en lo bizarro que es pedirle explicaciones tan profundas a alguien frente a dos cañas y unos torreznos en una taberna hasta arriba de turistas. Pero era lo que había y bastante serena me estaba mostrando.

—No sé a qué te refieres... —Y él respondió también con una sonrisa, pero la de los embaucadores, la que pones cuando quieres ocultar que la has cagado pero bien.

—Bueno, no sé...

—No, de verdad, América, es que no sé a qué te refieres. ¿Es por Marta?

Lo mataba. Lo asesinaba allí mismo y me bajaban la pena por enajenación mental, seguro. Se estaba haciendo el longuis como si yo me fuese a olvidar así como así.

—Bueno, por ella entre otras cosas... ¿De verdad no tienes nada que decir?

—Es que no sé exactamente a qué te refieres.

Lección para todo el mundo: esta respuesta es la que da siempre alguien que no va a reconocer la verdad ni aunque le dé en la cara con un plato de torreznos. Ojalá estampárselo y que se le metiese por todos los orificios de la cara: boca, nariz, orejas y hasta ojo. Muerte por torrezno, un final poético para un cerdo como él.

—Mira, Javi, te lo voy a explicar yo porque tú no pareces dispuesto a reconocerlo: que tú y yo hasta donde yo sé nos estábamos liando y ahora sin previo aviso te descubro con otra.

—América, yo pensaba que tú y yo entendíamos que no éramos nada. Libertad de movimientos.

—No le poníamos etiquetas, pero reconoce que liarse durante varios meses... Algo es. —Boba, que soy boba. Como soy idiota, había entrado en su juego.

—Claro, y con Marta también, pero eso no quiere decir que...

—¿Cómo que con Marta también?

Dios mío, que se pare el mundo que me bajo. ¿Qué estaba escuchando? Con Marta también, ¿qué? ¿Acaso nos había solapado a las dos? Ay, Dios, pero qué asco.

—No, que con ella tampoco tengo nada serio, pero...

—¿Desde cuándo?

—¿Qué?

—Desde. Cuándo.

—Desde cuándo... ¿Qué?

—Con Marta.

—Pues...

—Javi, desde cuándo estás con ella.

—Pues unos meses... No sé.

—Javi. ¿Cuánto son unos meses?

—Ay, América, ¿qué más da? Que con ella tampoco tengo nada...

—Nada... ¿Desde cuándo?

—Ay, hija, qué pesada eres, pues yo qué sé, desde marzo, abril o así.

Alucina.

Alucina, vecina.

Alucina, vecina y tírate por el balcón.

Luego en un rato cuando le mandase a tomar por culo iba a asimilar determinadas cosas de contactos íntimos e intercambios de fluidos y me iba a dar un asco que no me iba a quitar ni una ducha con lejía.

—¿Y a ella... le has contado que le habías conseguido trabajo a una tía con la que te estabas liando?

—Bueno, es que es un poco más complicado que eso...

—Oh, por favor. Ilumíname.

Y pasaron unos segundos. Inmensos e interminables. Yo no dejaba de mirarlo intensamente esperando una explicación, la que merecía, la que hubiese comprendido como hice con Alberto y cualquiera de los que erróneamente llamé exnovios.

Él, en cambio, ganó tiempo pinchando un torrezno con el tenedor,

masticando lentamente y tragando su cerveza. No tenía excusa posible.

Pareció pensarlo mucho y a medida que avanzaba el tiempo se iba encendiendo lentamente. Empezaba a estar cabreado. ¡Lo que faltaba!

—Es que en el curro se piensan que es algo un poco más serio de lo que es pero yo te juro que...

—No me jures. NO ME JURES.

—Vale, pues yo te prometo que no iba con mala intención.

—¿Y entonces, Javi, por qué me recomiendas un trabajo en el que hay otra tía con la que a saber cuánto te llevas liando?

—¿La verdad? Porque no le di importancia a lo nuestro. Y sinceramente, América, me decepciona mucho que tú sí, te creía más madura.

—¿Perdona?

Mis aletas de la nariz se hincharon. Quizás era un buen momento para que ese chico echase el freno porque habitualmente ese gesto es un indicativo seguro de que voy a explotar en cualquier momento. Pero ni se había molestado en conocerme como para saberlo.

Ahora lo veía todo claro.

Pero el sinvergüenza decidió seguir:

—Que me habías vendido otra historia...

—¡¿PERDONA?! O sea, que me metes en un curro de mierda diciéndome que es maravilloso, pero luego llego allí y la gente es una puta borde, que me sientan en el sitio más apestoso de todo Madrid, te encuentro en el puto Vips morreándote con una tía que, por cierto, ni se ha levantado de la mesa para saludarme cuando me la han presentado, y encima, ¿la culpa es mía?

—Sí, tía...

—Escúchame, ¿sabes qué te digo? Que reces para que mañana mismo no le esté contando a tu novia lo que ha pasado o te quedas sin la una y sin la otra. Y mira, ¿sabes qué más, majo? Que esto te lo llevas de regalo.

Y le eché lo poco que quedaba de mi cerveza en la sudadera.

¿Por qué? Pues yo qué sé. Porque en las pelis al parecer descargaba mucha adrenalina, pero... Claro. Con el vaso lleno habría conseguido mejor efecto.



## 9

### **Pepi, Luci, Bom**

Y así, prácticamente sin haber empezado a trabajar en la agencia, ya estaba arrepentida. No había firmado el contrato y ya me perseguía esa sensación de estar atrapada. Una sensación que se colgó en mis hombros como una mochila y me acompañó mucho tiempo: algunas mañanas (cuando, como habréis notado, sufría el clímax de mi desesperación) se transformaba en un dolor real, físico, como si la mochila fuese de acero y estuviese enganchada en mis pulmones, impidiéndome respirar.

Crisis de ansiedad, lo llaman. Bronquitis espontánea, argumentaba yo. Otro día sin ir a trabajar y viendo Ana Rosa, pensaba en mi interior.

Aquel lunes de noviembre no iba a ser diferente la cosa: los lunes son lunes por más que te encante tu trabajo, es la despedida a esas vacaciones pequeñas que son el fin de semana, el campo al que te escapabas a respirar cuando los otros días, como a mí, no te dejan oxígeno. Imagínate si odias lo que haces. Vivía los fines de semana intensamente (gastando ese sueldo que tanto tenía que compensar) y los viernes salía de allí como los niños del colegio, arrasando: ¡dejadme escapar!

Así que aquel lunes, si acaso, solo pintaba mal: lluvia y estatus con el cliente. O sea, que íbamos a sus oficinas a que nos dijese todo lo que teníamos entre manos y, sobre todo, todo lo que hacíamos mal.

Cogí mis bártulos y con ellos me encaminé a la agencia, de donde esperaba irme antes de cenar porque era el cumpleaños de Bego, mi mejor amiga del mundo desde que comenzásemos la universidad, y tocaba cenita en un mexicano.

Ilusa.

Por supuesto, llegué a la cena tarde, y eso que trabajaba a diez minutos de Chueca, donde habíamos quedado, pero el estatus mañanero había sido tenso,

y de ahí a que el director de la cuenta, mi jefe, nos mandase trillonadas de trabajo había solo un pasito.

Iba a llegar justo a la segunda ronda de margaritas y todos me advirtieron de que me diese prisa o nunca los alcanzaría, así que ya por el camino pensé dos cosas: una, que ahogar las penas en alcohol no era un cliché si me iban a clavar 10 euros por vasito de ese lujurioso brebaje, porque en mi mente los alcohólicos solo beben en cartón, y dos, que mañana TENÍA que ir a trabajar. Nada de excusas. Aunque el guacamole suele soltarme la tripa y a lo mejor me sobrevénia la cuarta gastroenteritis...

En la mesa me esperaban Bego y los chicos, nuestra pandilla de amigos homosexuales, que no habíamos buscado pero que así se había formado y que de cara al mundo nos hacía parecer unas mujeres de ídem.

A mi madre le parecía que esto era muy de «Sexo en Nueva York» y creo que les dotaba de un *glamour* que no traían de serie, pero ella insistía en preguntarme dónde habíamos ido esta vez. El día que le relaté el pedo que cogimos probando los míticos yayos de Malasaña (una mezcla de vermú con cosas indefinidas) debió de notar la diferencia con las amigas de Carrie Bradshaw, pero no, ni mucho menos, le pareció superexótico y así lo habían corroborado sus amigas cuando se lo contó.

Mi madre siempre ha creído que yo era única (y no solo por ser su única hija), y la verdad es que en muchas ocasiones lo he llevado tan interiorizado que me lo he creído de verdad.

Pero puedo entenderlo, porque para mí incluso mis amigos son seres únicos también. Tony, Miki y Adri son los chicos. Bego y Amy (mi nombre, acortado para encajar), las chicas. Un grupito muy peculiar que bien podía haber sido «Pepi, Luci, Bom y dos chicas del montón».

El grupo se había formado casi espontáneamente, como las verdaderas amistades, y se había forjado en la plaza del Dos de mayo, donde empezamos yendo a beber en «yonkilatas» en el suelo y acabamos codeándonos con famosets y otras gentes sentados en sillas de metal en las terrazas. Los primeros sueldos fueron bien invertidos si se gastaron en subir así de categoría: en el suelo el culo se te queda frío.

Desde los primeros tiempos habíamos sido Bego y yo, que nos hicimos inseparables en el primer día de clase en la universidad. Ese día nos sentamos, fruto de la casualidad, una al lado de la otra en un aula para 500 personas y yo comenté que me parecía alucinante si era posible dar trabajo de

periodista a tanta gente. Ella estaba pensando lo mismo y respondió irónicamente. La quise desde que entre clase y clase me dijo que nada de ir a tomarnos un café, que fuésemos a comer unas bravas a la cafetería. No eran las mejores del mundo, porque esas están en mi ciudad, en el Mesón Burgos, pero bien hacían el apaño.

Ese mismo año añadimos a la unión a Miki, que estaba también en nuestra clase, y creemos que se juntó a nosotras para conseguir apuntes con buena letra (mi sino). El caso es que nos volvimos inseparables. Empezó a venirse con nosotras a comer, se juntó para hacer un par de trabajos y cuando nos quisimos dar cuenta éramos tres. Nos había salido un amigo.

Con él creció, aún más, el grupo. Él aportó a su mejor amigo Tony, y aunque no podían ser más diferentes siempre había que decir seguido *MikiyTony*. Ambos se conocían desde pequeños y, al ser los dos únicos homosexuales de su colegio (reconocidos, según ellos, «porque haber haber... había más»), eran inseparables. Venían en lote.

Eran Pili y Mili, pero no podían ser, como pasa con los amigos de toda la vida, que cada uno acaba por un derrotero, más opuestos. A veces solo les unía su propia amistad legendaria. Mientras uno (Miki) era más bien rellenito (descuidado, solía decir), el otro (Tony) era carne de gimnasio. Miki era un viva la virgen, fan de cualquier artista o grupo que pudiera triunfar en los 40 Principales, había pasado media vida en la puerta de la radio con la frente pintada con nombres de gente de la que a veces ni se acordaba. Sin embargo, su mejor amigo era todo lo contrario al arquetipo de homosexual: le encantaba el fútbol (era del Rayo, en concreto, cuestión de geolocalización), era el que siempre nos bajaba los pies al suelo cuando estábamos a punto de montar un drama y además era opositor. Quería ser notario. Perdón. Iba a ser notario, porque cualquier cosa que se le pusiera a tiro la conseguía y en su vida siempre se hacía lo que Tony mandaba. Tenía suerte de haber dado con un grupo que se dejaba mandar.

Pero eran divertidísimos, siempre juntos, siempre dándose la réplica. Más que Pili y Mili podríamos decir que eran dos personajes antagónicos que se completaban: uno bajito, con cara de niño, vestido con chándal, aunque jamás pisase un gimnasio y regordete (perdón, descuidado). El otro, alto, con hombros anchos, siempre con jersey, camisa y corbata elegante y barba esporádica.

La primera vez que quedamos Bego, Miki y yo fuera de la uni, fuimos a

beber en una maceta en Moncloa porque nos parecía lo máximo, y Miki se trajo, obvio, a su otra mitad. Tony nos cautivó con sus comentarios irónicos. Se quedó con nosotros para siempre y ya éramos cuatro... Pero he dicho que nuestro grupo se componía de cinco personas. Nos faltaba la pieza clave para equilibrar la bondad de Miki y la acidez de Tony.

Hacia un par de años habíamos sumado al grupo a Adri, estilista de pelo oxigenado (como todo buen estilista) y experto en cine español en sus ratos libres. Sí, todo eso. Bego lo conoció por internet y sintió que era tan irónico, ingenioso y desmedido que tenía que sumarlo a su vida real... Y a la nuestra. Porque lo cierto es que ella en la Red era, bueno, algo así como famosa. Luego os lo cuento.

El caso es que éramos divertidos, o eso creíamos, y sobre todo habíamos pasado mil pruebas que nos había dado la vida para demostrar que éramos buenas personas, algo muy importante. Especialmente si tu tónica habitual es poner a parir a otra gente.

Por mi parte, a quienes solía criticar era a Javi y a Gloria, mi compañera, pero el resto también tenía lo suyo: entre exnovios y examigos de cada uno había que haber hecho un «Quién es quién» para seguir el hilo.

Lo que los enemigos y Malasaña han unido, no se despega ni con disolvente.

## 10

### Margarita se llama mi amor

Nada más llegar al cumpleaños, fue Tony el que me llenó la copa al ver que estaba un poco agobiada.

—Oye, Amy, ¿tenemos que odiar a tu jefe por causarte esas ojeras ya en lunes?

Quizá le parecía lógico odiar a mi jefe por eso, pero no por hacerme trasnochar un domingo o un día cualquiera para ver un derbi. Del Rayo era el amigo, y en ese momento se le olvidaba cualquier refinamiento que pudiese tener en su vida cotidiana o su trabajo. Tocó techo el día que gritó «maricón» al árbitro... Menos mal que fue en la intimidad de su casa. En Chueca.

—Sí. Bueno, no. Tiene su parte de culpa, pero no es el único. Quizá deberíamos odiar a mi antiojeras, que me lo acabo de repasar y al parecer no se nota. O a esta luz verde, que no me favorece... Ni se os ocurra hacerme una foto para vuestras redes que tengo una reputación, ¿eh?

Ya les había visto sacar el móvil y quizás hasta habían hecho foto, vídeo y ya llevaban varios *likes*. Malditos bastardos, ¿cómo podían ser tan rápidos? ¿Dónde estaba yo cuando se repartieron esas habilidades?

Bebí el margarita de un trago.

Pero, señor juez, es que eran copitas de martini muy pequeñas y yo venía con sed. No me declare culpable todavía.

—No, no te preocupes, yo solo estaba viendo mis *likes*... —terció Miki, que como no sabía mentir descaradamente la cagó al guiñar un ojo al resto. Lo vi. Luego vi que, efectivamente, había foto, salía fatal, y que a la gente le había hecho mucha gracia. Malditos todos—. Entonces, ¿quién te ha hecho llegar tan tarde, el Javi ese?

—¿El Javi ese? —Se me hincharon los agujeros de la nariz—. Mira, ni me hables. Qué va, el curro... Joder, es que allí a todo el mundo le parece

supernormal echar más horas que un tonto y que luego llegue el cliente y te diga: «Esto está mal, esto es una mierda... Seguro que a la marca fulana le dedicas más tiempo», y tú te quedas con cara de idiota, con ganas de decir: «Solo trabajo para ti, gilipollas.» Y así es como empieza el bucle. Porque encima no tienes potestad para decir ni mu y tu jefe solo les pelotea rollo: «No te preocupes, pensaremos algo mejor.» Y te echan la bronca porque, como era de esperar, no tienes nada mejor y todo el rato piensas: «Por favor, no se acaba el mundo, que solo queréis vender ketchup.» Y a su vez, yo a esa idea suelo añadir algo que me mata por dentro: «En la radio mi trabajo servía para algo, la gente me necesitaba para informarse.»

—Oye, que ahora te necesitan para engordar y gastarse el dinero, eso también es importante. —Adri acompañó esto con una sonrisa. Yo no, no estaba a tono todavía.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo hoy he lanzado una nota de prensa para comunicar al mundo que la gente ya se informa más a través de Facebook que con los medios tradicionales, así que lo de la radio no tenía tanto futuro... — Miki, tan positivo como siempre, trabajaba en una agencia de noticias, con contrato fijo pero también el sueldo mínimo. Otro *pringao*.

—Oye, oye, oye, que es mi cumpleaños, vamos a hablar de otras cosas. Algo guay habrás hecho hoy, Amy, a ver... ¿Qué te tocaba en el tupper de tu madre?

Bego o, mejor dicho, «BegoCurvy», no solo era mi *best friend forever and ever*, sino una estrella de la Red. Era una chica de talla grande, así, tal cual: «Tengo pruebas, uso una talla 48 y así me llama el Ministerio de Sanidad, no como otras que van de gordas teniendo una 42.» Lo repitió tantas veces a sus seguidores y al que lo preguntaba que me extraña que no le hiciesen hasta camisetas con esa frase.

Si Kate Moss había hecho famosa su «nada sabe mejor que estar delgada», ella tenía la versión opuesta. A ver quién ganaba.

Y el trabajo de Bego era... Ella misma. Se había hecho famosa subiendo sus fotos a internet y desde que salimos de la universidad vivía de lo que le pagaban algunas marcas por sacarlas en su perfil.

Lo injusto es que además de todo tenía suerte: comía lo que le daba la gana y siempre se mantenía en su talla, con un cuerpo bien distribuido, así que ni engordaba ni adelgazaba. Comprobado. Solía bromear: «Fui gorda hasta que llegué a los 100 kilos, y ahí se me reseteó el cuerpo a delgada.» La típica que

no engorda por mucho que coma, aunque a la gente, que le gusta mucho hablar sin saber, opinase que debería perder peso.

Era la típica situación que, desde tu precaria talla 40, no sabías bien si envidiar porque comía hasta hartarse sin coger ni perder un gramo. Pero veías los obscenos comentarios que recibía y se te pasaban las ganas de pedir un cambio de vida.

Como Bego no tenía oficina a la que ir porque como mucho salía a la calle a hacerse fotos, siempre intentaba vivir a través de nosotros. Vivía con sus padres y echaba de menos historias divertidas de trabajo. A cualquiera le importaría poco lo que yo comiese, incluso a mi madre, autora de los tupperts, pero a ella no, con tal suerte que ese día se llevó premio.

—Ay, si casi se me olvida lo del tupper. ¡Menudo diíta!

—Sorpréndenos.

Tony siempre tenía un comentario para devolvernos al mundo real. Él pasaba los días en su academia, preparando una oposición para la que aún le quedaban mínimo dos años. Así que nuestros dramas a veces se le quedaban un poco lejanos... Pero no nos venía mal. Como era el ácido del grupo, siempre quise que fuese mi amigo íntimo casi en secreto, porque siempre he sido de las que quieren más a quienes menos interés demuestran.

Miki, ante la que se avecinaba, ya se mostró ilusionado.

—Ay, callad, callad, lo estoy viendo: se avecina una *americanada*.

En otro momento quizá me hubiese enfurruñado porque llevo toda la vida llamándome América y, bueno, me encanta mi nombre y parece que soy tan internacional que no sabría poner Burgos en el mapa, pero esta broma ya olía.

Por suerte para él, el espíritu en ese momento era otro:

—¡Punto para Miki! —Y brindamos, porque yo ya estaba en modo festivo y me daba igual ocho que ochenta, el tequila es mágico—. Pues... Nada. Yo he ido felizmente a la agencia (bueno, es un decir). El metro ha llegado a tiempo, no he pisado ninguna baldosa de esas traicioneras que parecen inofensivas y luego guardan en su interior la Laguna Negra...

—Un segundo —dijo Bego—. Antes de que sigas alargando esta historia para darle emoción... ¡¿Perdona?! —Y esto lo dijo gritando hacia el camarero, mientras los chicos se miraban entre ellos y asentían: claramente habían activado su *gaydar* y este había debido de determinar que era homosexual y eso les alegraba—. ¿Podrías tomarnos nota de la cena antes de que con tanta margarita no sepa decir cochinita «pilis»? ¡Ay, tarde! Ja, ja, ja, ja.

Vergonzoso. Unos dándose codazos y la otra haciendo caidita de pestañas (postizas, regaladas) y gastando una broma sin gracia porque no tenía *gaydar* y pensaba que se podía ligar al camarero.

Yo no tenía remilgos al reconocer que hubiese deseado un mejor amigo fisioterapeuta para ahorrarme los masajes y Bego confesaba a todo el que la quisiera escuchar que su sueño era echarse un novio en hostelería, que le hiciese descuento en el trabajo e incluso consiguiese cenas gratis. Así que siempre se encargaba ella de pedir, y nadie ponía pegas.

Normalmente se le iba de las manos lo que pedía y acabábamos llevándonos sobras para varios días, pero al ser su cumpleaños el tema tomó dimensiones épicas y decidió que sería una bacanal: ¿tenían cortezas? ¿Sí? Pues dos de guacamole con cortezas, su plato favorito, uno de nachos, una quesadilla, no, mejor dos, y luego, doble de cochinita pibil, tortillas, tacos al pastor, aguachile, por qué no un poquito de ensalada de cactus, que entraba fresquita y, por supuesto, dos jarras más de margaritas.

Intentamos comprobar que no había dejado ni un plato de la carta sin pedir y nos confirmó que sí, que faltaba el *brownie* de dulce de leche para soplar las velas.

Después pude seguir con mi historia.

—Bueno, como iba diciendo antes de que Madame Blogger se volviese loca y pidiese el menú jabalí asado al camarero, resumo: he ido a trabajar, sin incidentes, y hasta he llegado a mi sitio y he dicho: «Buenos días», aunque nadie conteste nunca porque son demasiado guais como para caer en rollos de educación y eso.

—Menudos gilipollas —suspiró Tony. Bien, hasta él estaba de mi lado.

—Pero el caso es que he dejado mi bolso sobre la mesa, he encendido el ordenador, y cuando me he dirigido con mi abrigo hacia el perchero me ha parecido ver en el suelo un caminito, como una serie de gotas marrones que terminaban en mi sitio y empezaban... A saber. El asunto, la verdad, es que ya en ese momento pintaba mal, pero como no quería llamar la atención porque ya solo me faltaba eso, de una forma muy pausada, sin levantar sospechas, me he asomado a mi bolso y, efectivamente: se me había abierto el tupper dentro.

—¡Nooooooooooooo! ¿Dentro del bolso? —Y Adri, amante de la moda, miró con pena hacia el mismo, que por suerte era un ejemplar en serie de Mango. Pero aun así...

La propia Bego extendió su mano para acariciarlo (al bolso), aunque con



cuidado por si aún manchaba:

—Pero ¿qué era? No. ¡No! ¡No me lo digas! ¿No será el plato ese que nos hizo tu madre cuando fuimos aquel verano? Ese con alubias, chorizo, morcilla y...

—Y mil cosas más, sí. Olla podrida se llama. Se me ha abierto un *fucking* tupper de olla podrida en el bolso por el camino. Un nombre perfecto para el olorcito que ha soltado durante todo el día.

Se rieron. Se rieron como hacen los amigos de verdad, sabiendo que esto no me dolía tanto como el resto de las cosas que me pasaban en el trabajo. Se rieron tanto que casi hay que reanimar a Miki por culpa de un nacho atragantado que se fue por donde no tocaba. Solo cuando se recuperó hizo la única pregunta sensata de todos: ¿se había dado cuenta alguien más del desastre en la oficina?

—No, o... Bueno, no lo sé, porque nadie habla conmigo nada más que de trabajo. No sé si es porque son imbéciles, porque ya tienen su grupito hecho o porque en ese grupito están Javi y su novia y ya saben que soy *persona non grata*.

En ese momento, Tony suspiró y se metió una (deliciosa) corteza con guacamole en la boca que engulló sin masticar. Los chicos a veces son muy brutos. Tal vez para desviar la atención o porque de verdad lo sentía sentenció:

—Madre mía... Odio a ese tío.

## 11

### La noche de las baldosas traicioneras

Como se trataba de un cumpleaños, pronto recuperamos el ambiente festivo y no le dedicamos mucho tiempo a las lamentaciones. Era mi sistema infalible, a lo avestruz: si no hablaba de ello ni pensaba en ello, es que no existía... Al menos hasta que se disipara el efecto del alcohol, y la mañana siguiente se repitiera la misma historia.

Estuvimos hasta la una intentando hacer hueco en el estómago para que entrase algo más de comida (sin éxito, otra vez cargamos con nuestros tupper de sobras). Eso sí, abrimos la compuerta del estómago para el postre y ese maravilloso, aunque poco mexicano, *brownie* de dulce de leche. A Bego le encantaron sus regalos: en mi caso, una sesión de spa juntas cerca de Sol. Al final, nos fuimos sin saber de qué bando era el camarero. De ninguno de los del grupo, desde luego.

Por fin, consiguieron echarnos del local tras lanzarnos el mensaje silencioso pero claro del resto de sillas subidas encima de las mesas, y cada uno nos dirigimos a nuestras casas. Yo vivía más o menos cerca, que en Madrid significa que estás a menos de 40 minutos andando, así que pasé de coger ningún metro/bus, que por la noche funcionaban fatal, y Miki, que también vivía en Chamberí, se apuntó.

Una de mis cosas favoritas era pasear por Madrid de noche, y si iba con Miki siempre solía ser algo pedo, como era el caso, divagando sobre la vida, el amor e, inevitablemente, el trabajo.

¿Somos gente a la que el alcohol pone filosófica? Sí. ¿Hemos desarrollado una teoría y es que dependiendo del tipo de bebida hablaremos de un tema u otro? Puede que también. A juzgar por lo que sucedió a continuación, esos margaritas llevaban un tequila que generaba reacciones explosivas. Qué peligro.

También es cierto que desconocía la cantidad final de alcohol ingerido, que había ido viniendo en jarras. Solo sé que mi copa nunca estuvo vacía por más que bebí de ella. Así que tampoco sabría decir cuántos temas tocamos aquella madrugada, pero cuando enfilábamos la calle Fuencarral hacia arriba, la explosión se produjo. A saber de qué íbamos hablando, qué desencadenó que acabase confesando:

—Miki, tengo el corazón roto.

Una frase que sorprende poco viniendo de una borracha, es verdad, pero a mí me gusta hacer las cosas a lo grande. Nada de soltar una bombita, razonar y seguir caminando. No, no, el drama venía con numerito de serie.

Me puse a llorar. Porque el tequila tiene estas cosas. Y porque se me había abierto el tupper por la mañana. Y porque había pasado trece horas sin contárselo a nadie porque nadie me hablaba. Porque la vida empezaba a ser demasiado grande para entrarme en el pecho. De pronto, todo era demasiado...

Y como todo era demasiado y me estaba ahogando, sentí que solo necesitaba una cosa, y así hice: me senté en el suelo.

Esto, en contra de todo pronóstico, quién lo iba a imaginar, no me calmó, así que no me conformé con llorar bajito, sino que lloré gritando, o algo así, y a medida que lloraba como cuando Leonardo DiCaprio se encontró muerta a Julieta, notaba que me ahogaba, que me faltaba más el aire, así que se convirtió en todo un arte de recuperar oxígeno y a la vez seguir gritando. Faltó que llegase un jurado y un grupito me cantase: «¡Tú sí que vales!»

Ojalá pudiese decir que todo esto lo hacía de una forma ebriamente irracional, pero en mi cabeza todo estaba despejado: me imaginé un plano de película, de esos que hacen con grúa, y me grabé a mí misma desde lo alto de una farola, con la lluvia alrededor, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas como si tuviese doce años, y la estampa fue dolorosa. Si fuese el cine, me habría encantado una imagen tan melancólica, pero la protagonista era yo y era triste. Dar tanta pena en ese momento solo inflaba un poco más ese globo que me ocupaba el pecho y me robaba el aire real.

La verdad es que era la primera vez que una de nuestras charlas filosóficas acababa así, y no sé si Miki se asustó o no (bueno, lo hizo, lo confesó después, pero disimuló para no preocuparme más), y se sentó junto a mí, y me abrazó con fuerza. Un acto heroico si tenemos en cuenta mi animadversión por el contacto físico. Mi burbuja y todo eso, ya sabéis.

Por suerte para él, no estaba yo como para marcar territorio.

Pasados veinte minutos, cuando conseguí recuperar un ritmo normal de respiración y sentí, por fin, como si en mi mochila de acero hubiesen puesto todo el peso del mundo y me la acabase de quitar, aparté ligeramente mi cara de su hombro para comprobar que lo había dejado lastimosamente pringado de lágrimas y mocos. Yo no sé llorar elegante.

Lo miré a los ojos, avergonzada, porque me daba mucho reparo haber montado ese espectáculo y él, que era uno de mis mejores amigos pero no Rappel, tanteó el terreno para averiguar qué había pasado:

—¿Es esto por Javi? ¿Te ha roto él el corazón?

Y como el terreno era pantanoso, a mí se me cayó una lágrima, gorda, gigante, arrasando una cara que ya había sufrido lo suyo esa noche.

No tenía fuerzas para explicarlo, ni palabras, aunque no era culpa del alcohol, que lo había llorado todo, sino porque de verdad no sabía qué decir. La mochila había dado paso a una pequeña nube negra que se había quedado rondando dentro de mí. Así que me limité a contestar:

—No tengo ni idea de dónde ha salido esto.

Y me levanté, y caminé apoyada sobre mi amigo, que era la versión incómoda de lo que realmente hubiese deseado, que me llevasen en carretilla.

Llegué a casa y me tiré en la cama vestida, junto a un bolso que olía a alubias, morcillas y cosas y volví a llorar, en silencio, regodeándome en mi pena, con la nube paseando por toda la habitación, pensando en mi mala suerte, mirando al gotelé del techo... Hasta que me quedé dormida.

El día siguiente no fui a trabajar. Gastroenteritis, otra vez.

## 12

### Yo... me lo merezco

La mañana siguiente la pasé entre la cocina y la cama, aunque a medio camino aproveché para ponerme el pijama y desechar mi vestido acartonado por los acontecimientos; a pesar de que mi estómago estaba sufriendo por el cóctel de comida y emociones de la noche anterior, tenía muchísima hambre. Y no me corté un pelo: porque estaba melancólica, desayuné unas tostadas con mantequilla y azúcar, como me hacía mi padre cuando era pequeña, pensando, además, que me las merecía, y que ese día comería pasta con trufa rallada porque me la merecía también: hidratos, siempre, pero ser una cocinillas dicen que es terapéutico, ¿no?

Además me hice un sándwich mixto a media mañana porque tenía más hambre y... También me lo merecía.

Como se puede apreciar, no soy una de esas personas a las que los disgustos les cierran el estómago a cal y canto. En esa época creía merecérme todo, menos mi mala suerte.

Merecía incluso que mis amigos estuviesen pendientes de mí porque, joder, estaba triste, y una tiene derecho a que la cuiden de vez en cuando, ¿no?

Pero la verdad es que estaban más que pendientes. Porque lo que yo no imaginaba ni quería saber es que estaban muy preocupados: es verdad que al principio se habían reído cuando Miki les contó en el chat que teníamos que me había dado un *jari* en plena calle y que tendría que tirar la cazadora que llevaba porque la dejé pringada de rímel y mocos. También les hacía gracia, al parecer, que a lo mejor tuviese que tirar también los pantalones porque creía haberse sentado sobre el lago Ness de las baldosas traicioneras de la calle.

Lo que pasa es que luego fueron pasando las horas, yo no contestaba a sus indirectas y directas, porque ni siquiera quise leer sus mensajes, ni tampoco cogerles el teléfono cuando llamaron repetidas veces cada uno, y creo que

empezaron a pensar, porque habían oído hablar de la Movida madrileña, que presentaba síntomas de ir a encontrarme con sobredosis o algo. Sobredosis de hidratos de carbono, si acaso, porque otra cosa...

Yo, por mi parte, la verdad es que sentía de corazón que no pasaba nada porque estuviesen así de preocupados, pensando incluso en maneras de forzar la cerradura de mi casa si no respondía de ninguna forma. Vale, sí, que se preocupasen, merecía ser el centro de atención por una vez.

Esto me convierte en una persona horrible, ya lo sé, era una actitud de lo más egoísta, pero mi excusa es que estaba muy triste y que ellos son muy dramáticos. Tengo una compañera de piso, ella podía haber abierto cuando oyese el timbre por encima de las intrigas de «Juego de Tronos».

Y como sé que son unos dramáticos y ya estaban pensando en resucitar televisivamente a Paco Lobatón con tal de resolver el misterio de mi paradero —lo sé porque en condiciones normales, cuando solo estaba simpáticamente desequilibrada, yo también me hubiese sumado al movimiento—, después de un ratito buscando formas indeterminadas en el gotelé del techo decidí dar señales de vida: les envié un emoticono de unicornio. Críptico. Alegre. El último que había usado, yo qué sé.

Y volví a mi cama, que en ese momento era el centro de mi universo, para intentar recuperar mi estado vegetativo anterior, pero resultó imposible: ya se habían metido en mi cabeza, y empecé a pensar que tarde o temprano tendría que volver a la escena social, mañana mismo debería volver al trabajo, y, al fin y al cabo, era tontería pensar que no tendría que dar explicaciones a mis amigos.

El problema es que seguía siendo incapaz de verbalizarlo, tal y como había mostrado la noche anterior.

Así que se me ocurrió recuperar una vieja costumbre, algo que no hacía desde los 15 años... Y no era echarle granadina al calimocho, aunque quizá también debería. Escribir. O sea, escribir había escrito alguna vez más, pero quería escribir sobre mis sentimientos. Siempre había sido más fácil así, sin dar la cara, y no tenía otra cosa que hacer.

Encendí el ordenador y me preparé la pasta que me había prometido, porque las promesas hay que cumplirlas: bien de tomate, bien de queso. Me lo merecía todo, salvo engordar por ese plato.

Queridos todos:

Ante todo, no os preocupéis por mí: estoy viva, comiéndome unos macarrones, y creo que sana. Al menos, físicamente. Espero que el unicornio haya sido lo suficientemente descriptivo.

Pero... La verdad es que mentalmente no estoy bien. Estoy triste. TRISTE. Y no me gusta estar triste porque entonces no me siento yo, y lo siento, porque no puedo evitarlo.

Como le dije ayer a Miki (holiii, te pago la tintorería, ¡lo prometo!), siento que tengo el corazón roto. Aviso: no es por Javi.

O sea, lo de Javi ha sido una putada con todas las letras y me ha parecido muy feo, sobre todo porque me gustaba bastante y eso, pero no había pensado en casarme con él, así que creo distinguir que no es el causante de mi desamor...

Creo que tengo el corazón roto... Por el trabajo. Sé que esto suena a las típicas palabras que le repetiréis al dueño del centro psiquiátrico para convencerlo de que necesito tratamiento urgente, pero a ver si consigo explicarme: siento que toda la vida he sabido a qué me quería dedicar, más o menos. Informar, contar historias, entretener a la gente es, para mí, la vida más apasionante posible. Y es verdad que en la radio tampoco estaba bien: no era la mejor, sabía que mi dicción no era perfecta, que no estoy muy al día en política como otros y sentía que era tan prescindible que vivía con el miedo a que me echasen o contratasen a cualquier recién llegado antes que a mí.

Por eso tuve que irme. Cuando surgió esta posibilidad, y dijeron que me pagarían el triple de lo que estaba ganando, todos estabais de acuerdo: sería estúpido no aceptar.

Lo que no sabía, porque no sabes lo mucho que quieres algo o a alguien hasta que lo pierdes, es que iba a dejar tirado a mi amor, mi pasión.

Y pensé que al final sería parecido, trabajando en los mismos medios (prensa, radio, tele, internet), pero no tiene nada que ver. Son dos caras muy distintas de una moneda, y esta no es para mí.

Por eso estoy triste... ¿He dicho ya que estoy triste? Y siento que me han roto el corazón, aunque lo haya hecho yo misma. Por sorpresa, siempre te pillas por sorpresa, y yo esto de verdad que no me lo esperaba.

Si a eso le sumas lo de Javi, el tupper, el tequila, que jamás volveré a beber, y la lluvia, que siempre me da bajón... Sí, parece que todo se juntó para que sufriese esa crisis.

En fin, solo quería decíroslo, contároslo a vosotros y también a mí misma para, por fin, ponerle nombre a esto que siento dentro.

Prometido: se me pasará, en cuando Bego me mande un lote de maquillaje de los suyos (guiño, guiño), se me pasa.

¡Gracias por estar ahí, petardos!

Añadí sus direcciones de correo, pulsé ENVIAR, apagué el ordenador, me tiré de cabeza a la cama y me dormí.

Ahora, sí que sí, me había quitado la mochila de encima.



## 13

### La noche en que Isabel Gemio casi viene a mi casa

Me desperté con el móvil vibrando.

Era de noche y no tenía muy claro qué hora era, sentía que había caído en un coma profundo, y a esas alturas del año bien podían ser las 11 o las 5 de la tarde.

Miré hacia el móvil, que ya había dejado de moverse, y comprobé que eran las 7.

Doscientos veintisiete mensajes en el grupo. Cinco llamadas de mi madre. Estuve a punto de llamar a Guinness y que vinieran a certificar el récord.

Me disponía a comprobar las reacciones a mi correo cuando el cacharro comenzó a vibrar de nuevo: llamada de Bego.

—¿Sí? —Mi voz estaba ronca, como si me hubiese tomado un carajillo. Mi intención había sido sonar dulce, inocente, pero hasta en eso me abandonaba la fortuna.

—Madre mía, América, te ha poseído Constantino Romero... Abre, que estoy abajo.

Y colgó.

Menuda mandona. Venía a darme la charla y a mí me apetecía cero, pero tampoco me apetecía enfrentarme a una lucha de «déjame entrar» y yo «que no, que me dejes». Y, además, aún quedaba tarde por delante y me aburría.

Así que fui hasta la cocina, descolgué el telefonillo, y sin mediar palabra abrí la puerta.

Cuatro pisos sin ascensor se iba a subir la tía loca. Si necesitaba una prueba de amistad, ahí tenía otra. Esa chica debía de quererme muchísimo.

Ni siquiera me molesté en cambiarme, el mayor acto de higiene que completé fue llevar mi plato vacío y sucio a la pila, a la montaña que empezaba a conseguir también su propio récord de altura.

Aproveché esos minutos para llamar a mi madre, que podría estar muriendo de un infarto si su hija, ¡su única hija!, no le daba un parte de su vida por la mañana, por la tarde y a veces también al mediodía. Pero cómo son las cosas, no lo cogió y mandó un SMS (los confundía a menudo con el WhatsApp), ¡que estaba ocupada! Que ya hablábamos mañana.

De verdad, ni mi madre me quería ya... ¿Se podía caer más bajo?

Sí. Porque recibí a Bego con mi pantalón corto y mi camiseta de tirantes de Winnie the Pooh (piso antiguo y calefacción central igual a temperatura tropical todo el año, la ecuación que nunca falla). Y he de decir que muy mal debía de estar yo para importarme también muy poco que me viese así, porque ni el láser, ni la cera, ni la cuchilla habían trabajado sobre mi cuerpo en los últimos tiempos.

Desde el 24 de septiembre, en concreto, un par de días antes al encuentro en el McDonald's con Javi. Eran otros tiempos, en los que había que estar preparada por si acaso, por las posibles relaciones casuales precedidas por McFlurries... Ahora eso ya no. Ni cenizas quedaban de aquello, porque donde no hubo ni fuego, ni rescoldos quedan.

Eso, y que me daba asco utilizar mi cuchilla desde que pillé a Gloria, mi compañera de piso, utilizándola. Su respuesta había sido: «Hay que aprender a compartir», y yo de veras me preguntaba si era cosa mía por ser hija única... Mis amigos me iluminaron: «Eso es de guarras», sentenció Adri, y tenía razón.

No me fijé en mis piernas sin cultivar, pero sí en que, a juzgar por el olor que subía por la escalera, esa noche iba a cenar curry.

Efectivamente, un flequillo rubio cruzó el umbral cargado con dos bolsas llenas de comida para llevar del Shapla, el mítico restaurante indio barato de Lavapiés. Dos bolsas. Era demasiado, aunque su menú de 8 euros fuese mi favorito. Demasiado, incluso para Bego: ¿se le estaba yendo de las manos el tema cantidades de comida? Cuando me recuperase, tendríamos que hablar de esto.

O no, espera, que ahora tenía el derecho adquirido para decir lo que pensase: me tenían que tratar todos con pies de plomo porque estaba ligeramente loca.

—Tía, ya sé que estoy triste y que tú al parecer no engordas ni un gramo, pero si cenamos eso tú y yo se nos va a abrir una úlcera. Y duele. Que lo decía Bustamante cuando estaba en la Academia y bastante tengo yo como para encima añadir eso. Aunque a lo mejor así me dan unos días más de baja...

Bego me miró desde el sofá en el que se había tirado a coger aire, el que siempre había que tener despejado porque era la tabla de salvación de todos los que subíamos ocho tramos de escaleras, y no sé si resopló porque precisamente era oxígeno lo que le faltaba o porque estaba alucinando con mis conocimientos basura.

Sabe perfectamente que seguí minuto a minuto la primera edición de «Operación Triunfo», así que no entendía que ahora se indignase por eso. Mi vida y la de los triunfitos siempre han estado entrelazadas, y me gusta contar anécdotas como si ellos mismos me las hubiesen contado. Como si yo fuese una más. Chenoa, Gisela, la Fergó y yo, uña y carne.

Que Bego no lo entendiese me sacaba de quicio, pero me hubiese sorprendido menos que su respuesta:

—A ver, idiota, que es para los demás.

A tomar por saco lo de tratarme con delicadeza por ser una enferma mental. Igual no había leído mi correo. Que estaba malita de la cabeza, ¿no se lo había dicho nadie?

—¿Para los demás?

Y miré a mi alrededor: mi salón medía unos diez metros cuadrados máximo, y no sé por qué (porque no había bebido ni nada), me imaginé mi casa llena de personas, *La barbacoa* sonando en un altavoz, gente con sombreros de cartón y collares de flores haciendo la conga sobre mis mesas modulares de Ikea. ¿Me había montado Bego una *rave* en el salón? ¿Con curry como cebo?

Pero no me dio tiempo a expresarle esta preocupación a mi amiga porque volvió a sonar el portero: ¡aaaaaah! ¡Las hordas de personas estaban aquí!

Mentira.

Eran Miki y Tony, que respondieron al unísono «nosotros» cuando pregunté, temerosa, quién era. Estaban tan unidos que ya hasta respondían así, en plan parejita cuqui que graba su mensaje de voz en el contestador.

Abrí y me volví hacia el despojo humano en el que se había convertido Bego tras subir los 400 metros de escaleras: la única desventaja de ser *blogger curvy* es que, sí, tienes cremas y ropa gratis, pero cuando hay que hacer un esfuerzo se te va la vida por los poros. Aproveché el momento para rehacerme el moño, intentando que quedase medio presentable, y le pregunté si iba a venir alguien más:

—No sé, tipo Isabel Gemio con las Spice Girls a cumplir el deseo que pedí hace veinte años, o el equipo de investigación de la tele, a ver si tengo algo

que ver con las panaderías que abren en cadena... Lo digo por saber si me cambio de ropa o subirá la audiencia verme en estado salvaje.

Bego aún no respondía. Quizás había gastado su último suspiro en llamarme idiota. Fui a la cocina a por un vaso de agua y se lo acerqué. Quizá lo cogió más temblorosa de lo normal, pero es que es verdad que subir a mi casa era una proeza.

Al parecer, con esto volvió a la vida. No sabía que mi amiga era un Gremlin... Y eso que en ese momento de nuestras vidas la peluda era yo.

—No vuelvo a venir a tu casa: el primer y el segundo piso, vale, pero el tercero empieza a ser intolerable y encima sabiendo que aún te queda uno por subir...

No mencionó nada sobre la Gemio, y yo solo deseaba que no viniese más gente de verdad porque, para empezar, no cabían, y para seguir no quería cambiarme de ropa porque seguía estando triste y el pijama me acompañaba en ese estado de ánimo.

Al fin se apiadó o se dio cuenta de que yo empezaba a desarrollar una mirada de loca importante pensando que me traía una conga de Jalisco a casa:

—No, solo vienen ellos dos. Adri ha tenido que quedarse en la pelu haciendo una prueba para una novia. Y ya sabes que eso puede durar entre horas y días. Pero luego nos llama y ponemos el altavoz.

—El altavoz, ¿para qué? Si nos vimos ayer...

Y, de nuevo, a Bego la salvó la campana, que en este caso eran Miki y Tony apareciendo por la puerta con varias bolsas de plástico en sus manos.

—Virgen santa —dijo Tony, dejando las suyas en el suelo y tirándose junto a Bego en el sofá. Estaba rojo, pero al parecer sus frecuentes visitas al gimnasio para encontrar marido daban sus frutos físicos y pudo recuperar el aliento pronto. El marido ya si eso, en otra vida... O no—. No vuelvo a venir a esta casa. Lo peor es el tercer piso, te lo juro. A ver, Bego, hemos traído humus, huevos rotos, salchipapas porque alguien no dejaba de cantar su canción... —Miró a Miki—. Perritos calientes, un poco de sushi, unos tallarines y... ¿Se me olvida algo?

—¡Oceanía! —Al parecer, Bego había recuperado las energías, y levantó los brazos y todo para darle énfasis.

Yo los miraba alucinando. A los tres. A las bolsas. Como en el tenis.

Cuanta. Gente. Iban. A. Meter. En. Mi. Casa.

Había comida para muchas personas, por lo menos veinte, y con hambre.

Estaba alucinando. Me estaba dando igual su conversación porque me había quedado en «salchipapas», y me sonaba que habían mencionado más platos después. Ay, madre, ¿qué mosca les había picado a estos pirados?

Ellos no parecían estar en mi cabeza, y seguían con su tema. Tras dos segundos en silencio, Tony, el rey de la ironía, decidió vacilar a Bego:

—Ay, claro, ¡Oceanía! Cómo no se me habrá ocurrido...

Pero Miki, que es de las típicas personas que se suele describir como más buenas que el pan, no quería causar un conflicto internacional, y más sabiendo cómo se las gastaba Bego:

—Mira, tía, la verdad. Estábamos hasta las narices de ir a un lado y a otro, y para cuando nos hemos acordado, hemos mirado en internet y NO SABEMOS QUÉ COMEN EN OCEANÍA. No teníamos canguros a mano, así que hemos comprado unos chicles porque... SUPONGO QUE COMERÁN CHICLES.

Efectivamente, Bego no tenía con qué rebatir un pensamiento tan lógico, así que cogió el paquete que había sacado Miki de su bolsillo como muestra y lo guardó en su bolso (de marca, precioso, perfecto para sustituir al mío si le lloraba un poco... Total, se lo habían regalado, que lo había visto en su blog).

La que no tenía forma de entrar en la conversación era yo, que estaba perdidísima. En la vida, y en ese momento en concreto.

—Oye, no me estoy enterando de nada. Y es mi casa. Y no habléis en clave, que sabéis perfectamente que me pongo MUYNERVIOSA.

Quizá porque en ese momento se percataron de mis pintas, quizá porque se acordaron de la carta que les había enviado y les había llevado hasta mi casa o quizá porque el día anterior me había dado un síncope en plena calle, pero decidieron dejar su teatrillo y explicarme a mí, la protagonista del momento, qué estaba pasando.

Como siempre, le tocó al pobre Miki ser el *pringao* que explicase la broma.

—Pues, verás... Bueno, no sé si lo habrás leído en el chat, pero por lo que dices deduzco que no.

El chat. ¿El chat? Ese sitio en el que habían escrito *Los Pilares de la Tierra* en versión extendida y con emojis. Solo de verlo me había cansado. ¿Quién podía leer todo eso en un momento, en una vida siquiera?

Ante tal idea, se me levantó una ceja, acto involuntario, y se me hincharon los agujeros de la nariz. No, no lo había leído. Y sé que no era su intención, pero me estaba cabreando muchísimo. Habían asaltado mi intimidad, llenando mi casa de olores de todo tipo, y de pronto estaba allí sin entender nada y

acordándome de que estaba triste y enfadada con el mundo.

Entre todas las decisiones que podía haber tomado en ese momento, entre las que apuntaba fuerte explotar, decidí suspirar, oxigenar el cerebro. Y, menos mal, así le dejé continuar y explicarme su rocambolesco plan.

## 14

### **Pena, penita, pena y tikka masala**

Al parecer, según me contaron entre unos y otros, todo había funcionado como una tormenta de ideas: se pusieron a decir paridas en el grupo y esta fue la que más les había gustado. Así son ellos, y por eso los quiero.

Todo esto lo fueron explicando mientras iban llenando mis dos mesitas de las de a cinco euros del Ikea de platos de todo tipo: aquello era un festín, y yo de pronto no lo merecía, no merecía tanta comida, solo morirme.

El magnífico plan se basaba en el principio universal enunciado por Paulina Rubio: la vida es causa y efecto. Que ella sea mexicana les venía al pelo porque pensaban que había sido la cena anterior la encargada de desatar mis emociones... Los cinco litros de margarita se ve que no tenían nada que ver.

Así que si una comida exótica había despertado en parte mis emociones y por fin les había explicado qué me pasaba, por qué odiaba un trabajo que hasta entonces les había parecido un chollo, quizá si me hinchaban a comida de todo el mundo podría sacar de dentro todo lo que llevaba, en plan exorcismo. El pijama y los pelos de poseída ya los llevaba, solo faltaba que un poco de tikka masala me hiciese librarme de mi pena, penita, pena.

A grandes problemas, grandes soluciones. O a problemas de loca, soluciones de MacGyver. Elige tu propia versión.

De ahí que hubiese comida española, india, japonesa... Pero Oceanía no, tendrían que verse representados con un chicle, lo cual indica que deberían venderse un poco mejor.

Pero yo no era una coplera y lo que sentía era que ya había hablado de más de mí misma, y que bastante espectáculo había sido el de la lluvia y hasta ese e-mail, que ahora lo pensaba y podía pasar hasta por una carta de despedida. Adiós, mundo, mi trabajo no me gusta.

La verdad es que visto así me estaba pasando de dramática, pero era ver el

bote de ketchup encima de la mesa y se me revolvía el estómago...

Era un poco difícil desconectar de un trabajo horrible si te regalaban una caja del producto al que le dedicabas toda tu jornada laboral. Estaba bueno, el condenado, pero qué de vueltas le daba cada minuto para encontrar la mejor forma de venderlo.

Total, que simplemente les expliqué que realmente había poco más que decir y que esperaba que ahora entendiesen, como había entendido yo repentinamente, que un trabajo puede parecer genial, especialmente si te regalan botes de ketchup, pero que acababa de descubrir que no tenía ni media naranja amorosa ni laboral. El problema es que cuando había un contrato de por medio era complicado romper, buscar otro pez en el mar o quitar la mancha de mora con mora verde. Dejar un trabajo era mucho más difícil que a una persona.

Estuvieron de acuerdo y por fin, antes de que se enfriase todo muchísimo, empezamos a cenar mientras sacaban temas aleatorios: que si debería alejarme de las redes sociales para olvidar también a Javi durante un tiempo (tenía gracia que los tecnoadictos me dijese a mí que abandonase), me relataron también lo que habían dicho durante las horas que había estado desaparecida y cómo se habían reído planificando esta noche, intentando sacarme una sonrisa, pero yo no estaba para fiestas. Para un nigiri, sí; para hablar, no tanto.

A mitad de la cena apareció Gloria, que se quedó bastante sorprendida de que alguien ocupase su maravilloso salón, y desapareció después de haber rondado por allí un rato, no sé si esperando que nos fuésemos, intentando averiguar si faltaba gente por llegar para comerse toda esa comida o quizás anhelando que la invitásemos a unirse. Nada de eso pasó y la ignoramos tan bien que acabó encerrada en su habitación. Vaya, por una vez... ¡Victoria para América!

Cuando ya no podíamos más y habíamos ingerido una quinta parte de los platos que había sobre las mesas (hasta en el suelo había montañas de envases llenos, en las minimesas no cabía), hicimos un Skype con Adri, como si trabajase en Fráncfort y no en Moncloa.

—Bego, ¿cómo está Raquel Mosquera?

Mosqueada. Porque aún podía captar la ironía y porque hablaba de mí como si no estuviese delante.

—Estoy bien, gracias por preguntar, Adrián.

—Checheché. Susceptible, ya lo veo... No me toquéis las palmas, que



menudo día llevo con la *localamadredelanovia*. Por cierto, nenes, ya he hablado con Rocío.

En serio. Seguía hablando con todos como si yo no estuviese. Lo había visto hacerse el profesional con una clienta y girarse para ponerla a parir sutilmente en su propia cara mientras solo yo escuchaba... En fin, luego la loca era yo.

Miré al resto, que ni siquiera me miraban a mí, sino a la pantalla. Juraría que precisamente evitaban mirarme. Tenían un objetivo en mente y al parecer yo no entraba en sus planes. O, más bien, lo que yo opinase de nada.

—Perfecto, pues dile que vale, y que la cachearemos antes de ir por si lleva navajas encima y que no la asalte. Oye, ¿te da tiempo a venir? Queda cena. — Tony a veces era como una madre, le faltaba un tris para ofrecer freír un huevo si te habías quedado con hambre.

—No, tío, me he venido un momento al cuartito de la pelu a llamaros mientras la madre de la novia ha salido a fumar. Vamos a estar aquí un buen rato, por lo menos una hora más, que ahora quiere probar a que le ponga perlas en el moño... ¡Sorpresa! —Hizo un gesto de ir a vomitar—. Pasadlo bien. Luego me contáis, ¿vale?

Respondieron un «valeeeeeee» los tres al unísono. Yo no, porque los odiaba. Y seguía sin enterarme de nada. ¿Me iban a llevar a una peluquera o qué? ¡Pero si mi pelo me gustaba!

## 15

### Paso total de este rollo

No se trataba de cortarme el pelo. Ni tinte. Y es una pena porque un poco me había imaginado ya que quería el pelo de Sara Carbonero. Tope arriesgado, lo sé.

En mi defensa diré que es que yo tengo el pelo muy muy negro, y media melena, que lo mantengo así desde los 19, cuando mi pelo se había igualado desde los trasquilones en el flequillo: ¿sabes la típica época de exámenes en la que te aburres de verte con el moño de estudiar, ese que no es más que una forma de domar tu pelo sucio porque pasas semanas en casa y para qué vas a lavártelo? Yo solo aguanté una. La segunda acabé en la pelu a la que va mi madre, de esas que aún usan albal y casco para que te coja el tinte, y les pedí un cambio radical.

La Sole, o sea, la dueña e íntima de mi madre después de tantos años contándose las cosas mirándose a los ojos en el espejo, casi infarta. Vamos, que llamó a mi casa para pedir permiso, porque yo había ido con una foto de Uma Thurman en *Pulp Fiction* y le parecía muy loco todo. Mi madre dijo que ya era mayorcita y que el pelo crece. Es una mujer muy resolutiva.

Así que me lo cortaron y, por suerte, yo tenía razón, me quedaba superguay.

Con el tiempo lo fui dejando un poco más largo, básicamente porque confié en la Sole para que siempre fuese ella la que lo mantuviese. A saber lo que me iban a hacer si me iba a una cadena de esas con pinta de nave espacial. Así que era la típica excéntrica que solo confía en una estilista de Castilla. Si pasaba por la Sole tenía pelo corto, y si no, medio.

Mira que llevaba años así y, de pronto, como estaba en esa época que sí que no con mi crisis espiritual, me hubiese apetecido que mis amigos me hiciesen como en los programas de la TDT y me patrocinasen un cambio radical: unas extensiones, un tinte, un algo. Y, bueno, si ya añadían los ojos verdes de la

Carbonero y sus labios de melocotón, redondo.

Pero al parecer me iba a tener que quedar con mis ojos, verdes también, pero por algún motivo mucho menos bonitos que los suyos, qué sé yo, y con mi boquita de piñoncito que si la ponía muy en plan morritos desaparecía de mi cara.

Lo que mis amigos habían pensado para mí era que fuese a una *coach*, una mujer que al parecer me iba a hacer encontrar una versión mejor de mí misma, pero por dentro, sin albal, sin extensiones y sin marido futbolista. Yo creo que para el caso lo otro luce más pero, oye, a ver quién sacaba de su error a los locos que me habían traído comidas de todo el mundo para que me sincerase. Qué detalle más mono, por cierto.

Se lo había agradecido haciéndoles caso: había borrado todas mis redes sociales. Ahora era una friki de esas no conectadas, pero me había sentado bien. Hasta me sobraba tiempo.

Lo aproveché para investigar: la *coach* lo que hacía, al parecer y según san Google que todo lo sabe, era ayudarte a hacer una introspección y sacar moralejas para que las utilices a tu antojo. O algo así. Lo ideal del todo es que hubiese sacado una mejor versión de mi trabajo, sin Javi, sin el imbécil del cliente, nadie en la oficina y kilos de billetes al cobrar mi salario, pero se ve que eso no lo hacen.

Empezaba a sospechar que esto no me iba a cambiar la vida, sino a mí. Y como eso no era lo que yo creía necesitar, llamé a Tony, esperando que fuese el más sensato, y le dije claramente: «Paso total de este rollo.»

Y Tony, que sabía que ahora iba de espléndida porque ganaba un poco más, pero en el fondo era una rata que no toleraba el gasto a lo loco si no era con un motivo bien justificado, me dio en el corazón: «Ya está pagado y no devuelven el dinero, no puedes pasar total.»

Estaba casi segura de que mentía, aunque me había dejado sin argumentos.

Tendría que aprender a sobrevivir en esa oficina como pudiese porque, de momento, nadie me iba a sacar de allí.

## 16

### Equipo Tomatito en acción

Y la supervivencia no iba a ser fácil: el cliente estaba a punto de lanzar un producto nuevo, un ketchup de color rosa que creían que iba a encantar a las mujeres más chics, y estaba de los nervios.

Lógico.

Yo era mujer, era considerablemente chic y la idea no me convencía nada... Y eso era un problema. Porque me habían dado instrucciones específicas: éramos los encargados de encontrar argumentos para engañar a esas mujeres y que nos comprasen.

Aún faltaba para el lanzamiento, pero esa semana nos juntamos el Equipo Tomatito —que era el nombre jocoso que nos ponían en la agencia y que yo solo había oído de refilón porque nadie me gastaba bromas directamente— y fuimos a la oficina de nuestro cliente para presentarle las primeras ideas.

Mi jefe no vino porque estaba ocupado en una reunión o tirándose a su mujer en horas laborables (lo juro: ese hombre ponía la misma pasión en su matrimonio que como si fuese una amante, era una cosa insólita... Luego me enteré de que antes que mujer, su señora había sido «la otra», y esa historia me encajaba más, pero, oye, bien por esa pasión, mal por dejarnos tirados). Así que la lideresa ese día era yo. Yupi, por si fuese poco.

Y no, no os sorprendáis tanto. En las agencias de publicidad hay tanto movimiento de personal que siempre hay alguien en el equipo que es el recién llegado. En este caso era yo, que llevaba un mes y, efectivamente, me dejaban al cargo de una reunión.

Sin experiencia, sin ganas, pero a mis jefes solo les importaban dos cosas: mantener al cliente en su cartera hasta el próximo año y renegociar la pasta que le iban a sacar entonces. Sangrarlo lo máximo posible.

Así que esa mañana me sorprendí siendo la jefa durante unas horas porque

nadie más quería o podía ir, y ya había ido a unas cuantas reuniones para observar que esta era la tónica general, también con mis compañeras, por lo que lo asumí como normal.

De los tres creativos que trabajaban conmigo, dos me caían bien y uno era insoportable. Coincidió que era, además, el que menos talento tenía, así que yo no entendía esos aires que se daba. A veces, incluso, se imponía sobre los otros dos, que para mí tenían unas ideas geniales que no podían ocurrírsele a nadie.

Con ellos tres y con su batería de ideas, nos presentamos en una oficina en la que lo mismo podían estar tratando salsas que filtros para el aire acondicionado.

Qué aburrido todo, qué silencio, qué gente. Era entrar allí y se me caía el alma a los pies, por mucho que me hubiese fijado el objetivo de sobrevivir a cada hora del día dignamente y sin lagrimeos.

Al director de marketing y su equipo, a pesar de estar acostumbrados, no les hizo ninguna gracia que nos presentásemos sin mi jefe: en este tipo de reuniones y sector, un cargo hace mucho, y verme a mí, tan joven y con una experiencia de un mes, llevando las riendas de la presentación, les daba todo lo contrario a la risa. Era, más bien, una falta de respeto.

Mi madre habría suspirado de orgullo, aunque no entendiese de qué iba el tema, pero allí nadie suspiraba, ni las moscas se atrevían a zumbar.

Y comenzamos la reunión.

Si habíamos empezado regular por la ausencia de una figura importante, la cosa fue a peor: los chicos presentaron sus ideas principales, tres, que habíamos revisado junto con el director creativo la noche anterior. Sí, noche, once de la ídem, en concreto.

Eran tres ideas que a mí me fascinaban y no comprendía cómo podían salir de una cabeza humana, para mí era la verdadera parte mágica que encontraba en este trabajo y por desgracia yo era mera espectadora.

En una de ellas, habían organizado cambiar de color totalmente diferentes lugares: una estación de metro, que sería toda rosa, un supermercado, donde todo pasaría a ser rosa (el ketchup, por supuesto), hasta habían pensado convertir un parque en un punto totalmente rosa. Porque la vida, con nuestro ketchup, se vería de este color.

Otra idea era llegar a un acuerdo con algunas hamburgueserías de esas cuquis y que cada vez que alguien pidiese ketchup le cayese una botellita con

su miniparacaidas del techo. Según su explicación, no estaba muy unido a dar a conocer el ketchup, pero era impactante.

Y la última consistía en realizar una acción en supermercados con diferentes magos, que cuando una mujer fuese a pasar con su carro por caja, el mago lo convirtiese todo en rosa, toda la compra... Salvo su ketchup. Y en un segundo acto, la compra volvería a su color, salvo el ketchup, que sería rosa. Maravilloso, porque me encantaban los trucos de magia.

A los integrantes del equipo del cliente... Les espantaron. Les odiaron. Todas. Nos destrozaron. Se iban de concepto, de dinero, les parecían lo peor de lo peor.

El ambiente en el taxi de vuelta estaba cargado de gris. Yo aún no sabía cómo manejar interiormente esa frustración que te produce preparar algo con ilusión (hasta yo me contagiaba de ese espíritu de emoción), incluso hasta altas horas de la noche, y que lo tirasen como un pañuelo con mocos. De esos que te encuentras dentro de un bolsillo del abrigo y dices: «¿Esto qué hace aquí?»

Así nos sentíamos todos, y supuse que los creativos, por mucho aire de guais que se diesen, tampoco sabían cómo trabajarlo... En el fondo me gustaría ver a Javi así, saber que no todo le va siempre fenomenal y que a veces alguien le pega un buen corte. Por suerte para él no estaba en este equipo, pero seguro que en sus cuentas de coches, telefonías y gominolas no era muy diferente.

A su vez, sentía que esto me unía un poco más a los tres chicos, que ahora éramos de verdad un equipo. Derrotado, pero equipo. Unido ante la adversidad. Por lo que no se me ocurrió otra cosa que hacerme la líder: nos habían cerrado una puerta, pero se abría una ventana.

—Bueno, chicos... Vaya reunión, ¿eh? —obtuve una mirada de asentimiento y otras dos mirando al frente, suponía yo que perdidos en sus pensamientos—. La verdad es que se han pasado mogollón, yo creo que luego lo pensarán y se darán cuenta de que en realidad les encantaba, pero tienen miedo. Lo que tenemos que hacer es...

—Lo que tendrías que hacer tú es callarte.

Me quedé loca, como diría Adri. Eché la cabeza ligeramente hacia atrás, como un pájaro, un movimiento reflejo que me sale cuando no he entendido bien la situación y que suelo acompañar de unos ojos entornados. Pude ver que hasta el taxista miraba de reojo a Pablo, que ocupaba el puesto de copiloto y que era el que había soltado esa lindeza. El borde de los tres, claro.

Yo no entendía nada, y quizá por ese desconocimiento o porque no soy de las que se quedan con la duda, le pregunté:

—¿Cómo?

—Lo que quiere decir... —intervino el que estaba a mi lado, Nacho, intentando suavizar la cosa.

—Lo que quiero decir es que si te hubieses callado y me hubieses dejado presentar a mí, habrían entendido las propuestas y seguramente las habrían aprobado.

Ahora estaba más perdida todavía.

Pero... Problema. No soy de reflejos rápidos.

Me gustaría decir que le dije todo lo que pensé media hora después, mientras lloraba en el baño de la empresa, el que está junto a mi sitio. Que si es que me habían pedido específicamente que fuese yo quien liderase y que no dejase bajo ningún concepto que los creativos contasen sus ideas a su libre albedrío. Que todas sus propuestas se pasaban en 50.000 euros o más del presupuesto acordado. Que hasta le habían cambiado el nombre al producto porque ellos consideraban que se iba a vender mejor así. Que odiaba este trabajo, que llevaba un mes y que era novata y a nadie parecía importarle...

Y, sin embargo, zanjé así de valiente la cuestión:

—Flipante.

## 17

### Magia

Después de este encuentro en la tercera fase estaba decidido: no pensaba ir a una *coach*.

Lo que tenía que hacer era conseguir irme de allí cuanto antes. Pero mi padre siempre me ha inculcado que no hay que dejar un trabajo sin tener uno nuevo y lo llevaba grabado a fuego: tenía que actualizar mi currículum.

Y así hice. Y además el día que me tocaba reunión con la tal *coach* elegí la excusa más pobre de la historia: escribí a Adri para decirle que cancelase, que tenía cagalera.

Respondió que eso podía colar en mi trabajo porque eran imbéciles, pero que él me había visto en repetidas ocasiones merendar patatas de bolsa con caldo de berenjenas de almagro con postre de Oreos rebozadas en leche condensada y que sabía que tenía el estómago a prueba de bombas.

El muy listillo me llamó en la hora de la comida, sabiendo perfectamente que estaba deseosa de hablar con alguien mientras engullía frente a la pantalla de mi ordenador por no pasar vergüenza y soledad en el comedor. Me hubiese gustado tararear «naces y comes solo, naces y comes solo, oooh» con melodía de El Canto del Loco si la situación me hubiese hecho algo de gracia.

Esa tarde fui a mi encuentro con la *coach* porque tengo un amigo convincente.

Y fui porque aunque me había puesto muy chulita y dije que antes iba a una pitonisa, que más me iba a ayudar, al final me achanto si hay amenazas de por medio. Y esta era fuerte: dijo que o iba o él mismo le contaba todo mi drama, lloros en la acera incluidos, a mi madre.

Eso era jugar sucio, pero le había funcionado.

No es que yo no le cuente nada a mis padres, más bien al contrario, si tenemos en cuenta que me llamaban tres veces al día de media, pero es que



desde el principio les estaba costando entender a qué me dedicaba ahora y a mí me resultaba complicado explicar todo lo que conllevaba mi nuevo trabajo.

Ellos solo sabían que ya no podían escucharme en la radio y sufrir conmigo cada vez que una palabra se me atascaba. Lo de vender ketchup, o ayudar a que otros lo vendiesen, con todo el respeto, parecía poco heroico si lo comparabas con aquella vez en la que conté un incendio en directo.

Fue porque se produjo frente a la radio y yo fui la primera en salir corriendo con la unidad móvil, pero en mi casa aún se recordaban mis palabras con pelos y señales: «Matías, no sé exactamente si hay gente dentro, pero los bomberos ya han conseguido rescatar a un gatito y sus dueños respiran tranquilos.» Se ve que aplaudieron, incluso.

La unidad móvil, ¡qué recuerdos! Una mochila con antenas capaz de conectar en directo con el estudio. Como el primer móvil de tu padre, pero en el siglo XXI. Muy glamuroso también.

Así que ahora entendían que ya no estaba tan contenta, ni ellos, por contagio, pero desde los 12 años, mes arriba mes abajo, tenía siempre encendido un chip que me impedía darles más detalles de mis sentimientos más íntimos: si era por la información que yo les daba, se podría decir que jamás me había enamorado, nunca había llorado al discutir con mi amiga de toda la vida y mi traslado a Madrid y la universidad había transcurrido sin incidentes, como si me hubiese mudado a Ciudad Arcoíris y Piruleta. Mi vida, de cara a mis padres, había sido siempre una balsita de aceite, vaya.

Y a todo esto sumamos que, aunque tenga por costumbre darle conversación a las hojas de los árboles y hasta a los posters de mi habitación, siempre me quedo en la superficie, no me gusta contar mis cosas. De ahí el hito gigantesco del drama de la baldosa y el e-mail posterior. Nunca me había explotado tanto.

Me resultaba, por tanto, difícil, sentarme con una desconocida y abrirme en canal. Pero era eso o que los chicos se chivasen a mis padres.

Puse todo en una balanza y entre contar lo que pensaba a una desconocida o hacerlo con dos personas que me tenían totalmente idealizada, pensé que mejor dejar de lado a los de mi sangre... Por suerte, porque después de eso cambié mi vida, aunque empezase conmigo llorando. A mares.

La *coach*, que tenía el nombre de Rocío y no era peluquera ni me iba a tocar las mechas aunque yo hubiese mantenido la esperanza en secreto, me citó en el Retiro. En la estatua del ángel caído, qué simbólico: podría haber sido yo si

hubiese tenido desde dónde caerme.

Solo yo lo vi así de simbólico, la verdad; ella lo había elegido porque le pillaba cerca del trabajo, el otro, con el que pagaba las facturas. Porque La Coach (nunca más la llamé por su nombre en su ausencia) era informática de profesión y *coach* de vocación. Me lo contó según nos sentamos en una zona despejada entre pinos en la que no había nadie, y me hizo sentir confianza: si ella se dedicaba a algo pero deseaba otra cosa, ¡iba a entenderme perfectamente!

O no.

Error.

Os aviso desde ya: su rollo no es entenderte. O sí. No lo sé. Quizá sea parte de su magia, pero el caso es que no te lo cuenta. Si te comprende o no lo escribirá en su diario, lo contará en cenas con amigos o a saber, pero contigo es un ser neutral.

Su método era aparentemente sencillo: ella preguntaba y yo respondía. Tal cual.

Así que una vez que me lo explicó y obvié deliberadamente la parte en la que añadía que esto no funcionaba si yo no me involucraba, fijé mi objetivo: contar por encima mi vida, que me dijese «curada» e irme a decirles a mis amigos que ya estaba, que todo bien.

Cuando la comparé con una pitonisa, no mentía, he visto tantas veces «Cuarto Milenio» que me apetecía que me hiciera algo de brujería. O al menos que me leyese las manos y me dijese cuántos hijos voy a tener, que debe de ser algo que le preocupa mucho a la gente porque es lo primero que se pregunta.

Pero nada de eso: tendría que aceptarle el romero a una de las gitanas que lo venden en la puerta del parque si buscaba algo de ese estilo.

Lo dicho: quería pasar de puntillas e irme. Pero... No sé qué pasó.

¿Me drogó? No me di cuenta.

¿Me hipnotizó? No le vi sacar un péndulo.

El caso es que cuando había hecho un resumen somero sobre mi vida y pensaba que podría terminar ya mismo la sesión, me miró y preguntó:

—¿Por qué te desagrada tanto hablar de tu trabajo?

En cualquier otro momento habría mirado a esa mujer y con toda mi cara dura de persona bajo su coraza le habría dicho que estaba totalmente equivocada y que sentía haberle dado esa imagen, que para nada, que esa sería una impresión suya, que yo bla, bla, bla. Pero me había despistado y esa

señora había lanzado mi caparazón como Super Mario a otra esquina de la pantalla, me había tocado la patata sin avisar y se me inundaron los ojos de lágrimas.

Literal: litros de líquido se agolparon en las cuencas de mis ojos y desbordaron. Cayendo sin prisa pero sin pausa por mi cara. Las nuevas Cataratas del Retiro, atracción gratuita.

Y mi sospecha sobre las drogas o un conjuro o algo viene porque yo, que había necesitado tirarme al suelo y comer techo durante horas antes de decirles a mis amigos queridos lo que sentía mi corazón, cogí todo el dolor que tenía acumulado en el pecho y respondí tranquilamente:

—Porque lo odio.

Y ella, cuyo trabajo es sonsacar cosas para intentar arreglarte, tiró del hilo:

—Y, ¿para qué lo haces?

Decidí seguir en trance y seguirle el juego.

—Porque no es...

—No —me interrumpió, pero amablemente, tocándome el brazo suavemente para darme a entender que no iba a escabullirme—. No te he preguntado por qué, sino para qué lo haces.

La verdad es que ahí me salí un poco del rollo. Lo siento, es que no podía pedirme que respondiese a una pregunta mal formulada, por mucho que entendiese el sentido que le quería dar. Comprendo. Quieres que te diga qué consigo odiando mi trabajo, pero lo de usar «para qué» y no «por qué» creo que es un error gramatical insalvable, y me complica mucho la manera de contestar.

De pronto, me quería ir. Olvidarme de aquello. Sacar el móvil y mirarlo como quien mira al vacío, buscando en la vida de otros la alegría propia. Quería, sinceramente, huir.

Pero La Coach seguía mirándome. Ojillos traicioneros, dejad de insistirme. Había que acabar con aquello.

—No lo sé.

—Vale. Es tu primera sesión y esto te puede costar, pero vamos a hacer un juego. Siéntate frente a mí, así. OK. Ahora, imagina que yo soy tu jefe y dime todo lo que piensas de mí.

—Es que yo no tengo un problema en concreto con mi jefe, de verdad.

—Vale. Entonces, ¿qué es lo que más te molesta?

—Puf, son tantas cosas...

—Vale, pues imagina que yo soy tu trabajo, todo al completo. Quiero que me digas todo lo que odias. Hola, América, cuéntame, ¿qué te he hecho yo?

Ilógico, lo sé. No puedes ponerle cara y voz a algo que es, en realidad, algo intangible, pero si no entraba al juego empezaría a bajar la temperatura y moriríamos de hipotermia en el Retiro. Vaya cuadro.

Me justifico así y diré que fue eso lo que me hizo continuar, pero, a decir verdad, lo hice porque tampoco perdía nada por intentarlo.

—Bueno, si te soy sincera, creo que la culpa no es tuya, sino mía.

—Ajá, ¿y por qué es eso? —seguía siendo La Coach, pero yo ya no la veía, veía al trabajo, por muy abstracto que pueda sonar.

—Porque elegí mal. Pensé que era lo que debía hacer, pero una vez que te conocí, me di cuenta de que había cometido un error.

—¿Y por qué me odias? ¿Es por tu jefe?

—No. Sí. Es porque la gente es muy antipática, nadie me habla, hacen grupitos, se ríen y no sé si es de mí.

—¿Y qué más?

—Creo... Bueno, es también porque me mandan a hacer trabajos que aún no controlo bien y tengo que encargarme de ellos yo sola. Me mandaron a una reunión como jefa y fue fatal, y me siento culpable porque un compañero me hizo sentir así. Y porque quería hacerlo bien y no funcionó. Además, el trabajo es muy aburrido. Es un trabajo de oficina y me aburro, me aburro muchísimo... En la radio podía ser diferente cada día y me acostumbé a esa emoción.

Me dio un poco de corte esta revelación. Pensaba que La Coach cambiaría su opinión sobre mí por pensar que el trabajo tenía que ser divertido, como si eso fuese algo normal. Todo el mundo tenía trabajos aburridos, ¿no?

Pero ella me miró y asintió y me dio pie a continuar.

—Y además siento que engaño a la gente. Antes lo que hacía era contarles la verdad, lo que pasaba, y ahora tengo que ocultarla, o hacerla bonita. ¿Crees que mis padres se sentirán orgullosos de eso? Es imposible, les he defraudado. Yo no quiero vender ketchup y, sinceramente, cuando hablan de un lanzamiento que se hará dentro de unos meses solo pienso: «Por suerte, yo ya no estaré aquí.» Pero luego llego a casa y me desmorono, porque no sé cómo no voy a estar, si he contestado a decenas de ofertas de trabajo y no me llaman.

—Antes has hablado de un chico con el que salías. ¿Cómo te sientes al ir cada mañana y encontrártelo en la misma empresa?

—Mal, muy mal.

—¿Y eso?

—Le digo a la gente que no me importa, que es verdad que nunca tuvimos nada serio, pero yo no sé no encariñarme y la verdad es que me gustaba mucho, aunque solo fuese porque me gusta que un chico de los guais se fije en mí.

—¿Y cómo te sientes ahora hacia él?

—Pues cada vez que lo veo, siento que se me rompe el corazón, y no por él, sino por todo. Porque verlo es recordar que hice una mala elección, el chico y el trabajo equivocados, y cada vez que me lo cruzo en un pasillo y ni siquiera nos saludamos se me sube el estómago a la garganta.

Por supuesto, desde el momento en el que había hablado de mis padres había vuelto a llorar de nuevo, a lo bestia, moqueando de cuando en cuando y limpiándome para que no se me helasen las mejillas. No sé cómo esa mujer pudo entenderme con tal congoja.

La Coach había tomado muchas notas durante la charla y yo estaba entre triste y alucinando: había verbalizado cosas que ni siquiera había pensado y me daba cuenta de que había muchas razones por las que odiar ese trabajo que ni siquiera me había planteado. ¡Era evidente!

Tras dejarme unos segundos para darme cuenta de esto y que me limpiase, apurada, las lágrimas, La Coach cambió el gesto serio que había mantenido durante toda la conversación en la que representaba a mi trabajo y se relajó.

—Lo has hecho muy bien. Has sido capaz de decir todo lo que piensas y ten por seguro que te va a ayudar muchísimo de ahora en adelante. —Asentí, aún no me creía lo en paz que me sentía de repente. Yo no quería ir y, ¿qué me había hecho?—. Quiero que en los próximos días pienses en una cosa. Has dicho, entre otras cosas, que no valías, que eras un fraude, que tus padres no están orgullosos y que no merecías que ese chico se fijase en ti. ¿Qué opinión te da, desde fuera, eso sobre ti?

—Mmm, no muy buena, la verdad.

—Al margen de eso, ¿tú crees en ti?

—Pues... No sabría qué decirte.

—Vale. Trabajaremos sobre ello, y sobre todo lo demás. Quiero que los próximos días apuntes en un cuaderno todas las cosas buenas que hayas hecho en el día. Que llegas a tu hora al trabajo, lo anotas, que te cocinas unas lentejas riquísimas, lo anotas, que entregas una tarea a tiempo, lo apuntas, y así. Y piensa en lo que has vivido hoy... Llévalo contigo, guárdalo en tu pecho

y utilízalo para construir sobre ello.

—Seguro, lo haré.

Y nos despedimos para irnos cada una a nuestra casa, yo a meditar sobre ese momento tan mágico que había vivido sin esperarlo y supongo que ella a preparar una pócima, me había hecho magia de la verdadera.

## 18

### La revelación

«Quien vale para salir, vale para trabajar.»

Ay, Dios, lo único que me faltaba era mi madre taladrando mi cabeza a las 8 de la mañana de un lunes.

Entiendo que se indignase, porque quizás el día anterior me fui de la lengua diciendo: «Estoy tomando algo con estos» y tal vez se sorprendiese cuando el día después le dije que tenía una gripe infernal y no había ido a trabajar. A otro, por ejemplo mi jefe, se la cueles, pero a mi madre no.

Si me hubiese tenido que firmar un justificante para el trabajo habría escrito, concretamente, esa frase. Y no me habría escupido en la cara porque mi madre no sabe hacerlo (ni mucho menos por teléfono), pero supongo que pensaba que me lo merecía. Me escabullí como pude (con promesas de no volver a faltar al trabajo sin motivo) y volví a meterme en la cama.

Me dolía mucho la cabeza. Maldito vermú. Maldita cerveza. Y maldito ron. Y tequila. Y malditas mezclas que mira adónde me habían llevado. El mundo había dado vueltas hasta bien entrada la madrugada y ahora estaba quieto, era mi interior el que se revolvía.

El móvil volvió a vibrar y pensé que era mi madre mandando un SMS amenazador, pero se trataba de Bego, que tampoco debía de estar muy preparada para hablar y decidió comunicarse por escrito:

—Madre mía lo de anoche.

—*Is this real life?*

—Lo es, tía.

—Qué fuerte.

Y debió de caer grogui porque no volvió a contestar.

Vaya noche y vaya día.

La cosa iba a ser un plan de tranquis, cultural si me apuras. Habíamos

planeado ir a probar algunas de las tapas más típicas de Madrid por aquello de hacernos los hipsters malasañeros. Y cumplimos el plan a rajatabla, pero ¿qué pasa cuando se acaba el plan? Que o te vas a casa o improvisas, y... Pues que estábamos, ese día después, preguntándonos si nuestro grupo se iba a disolver.

Yo no podía decir a ciencia cierta ni que sí ni que no, porque no soy muy de ver venir las rupturas, como bien he dejado patente: ni de amor, ni de grupos. Nunca superé lo de las Spice, que se veía a leguas desde que Geri Halliwell se fue a buscar a su chico latino. Yo pensaba que hasta Victoria era feliz, ¡yo qué sé!

Nuestra primera parada fue en Casa Labra para comer un bacalao rebozado con unas cervecitas. Como estaba muy bueno y nos habíamos abierto paso a codazos hasta la barra, repetimos de todo: comida y botellines. Después nos fuimos dando un paseíto hasta terreno conocido y nos hicimos hueco en una de las cotizadas mesas de la ventana de La Ardosa: con un pincho de tortilla y un vermucito parecía que se iba entonando el cuerpo. Y, finalmente, nuestro último plan era irnos a Casa Julio para probar las croquetas de U2. De ahí, ya veríamos adónde nos llevarían Madrid y el alcohol.

Ese fue el error. EL ERROR, con mayúsculas. No dejes que Malasaña te lleve a ningún sitio y mucho menos unida con alcohol porque acabarás, o bien en el Palentino, o bien en el Café Manuela jugando a un Trivial del 72 mientras te cascás varios cubatas que te saben a gloria, hasta que te traen la cuenta y dices que les dejas el hígado a cuenta que total ya para qué lo quieres, que prefieres no dejar tu cuenta en números rojos.

Y así fue. O sea, todo menos lo del hígado, claro, que luego todo se magnifica.

Ojalá la maravillosa idea de regar alcohol con más alcohol se nos hubiese pasado subiendo una de las cuestas (cualquiera) que te sacan de Casa Julio para llevarte a cualquier otra parte, pero no fue así.

—¿Cómo pudo llegar Bono, que es un señor bastante mayor, a este sitio perdido de la mano de Dios, en una calle que no tiene ni nombre? — Claramente, Tony no estaba por la labor de ser la voz de la cordura esa tarde.

—Y sobre todo, ¿cómo salió de aquí? La Virgen, ¡cómo cuesta la cuesta, ji, ji! —Y aquí se aprecia que yo tampoco podía ser la conductora responsable de esa conversación.

Como no había nadie a los mandos de esa nave que era nuestro pedo, nos



fuimos al Manuela a jugar y... Seguir bebiendo. Claro, por qué no.

Allí, como bien he dicho, me dio tiempo a ganar al Trivial y cascarme tres rones con Coca-Cola. Pero el juego se acabó y, no sabemos cómo, una nube negra se instaló sobre nuestra mesa... Metafóricamente hablando, aunque igual por el nivel de alcohol en sangre igual yo podía haberla visto claramente. Ver cosas que no existen cuando voy pedo es también una costumbre local.

Pero no, la nube llegó cuando a Adri se le ocurrió comentar: «Ay, y mañana lunes.»

Bajón. Bajonazo de domingo activado. Enciendan todas las alertas.

A todos nos daba una pereza máxima que se acabase el fin de semana otra vez, o ese día en el que estábamos siendo tan felices, riendo, comiendo y bebiendo. Ay, almas de cántaro, lo que nos esperaba.

Hasta Bego, que no tenía trabajo al uso, se puso mohína, porque a ella los lunes, los martes y el resto de los días entre semana le privaban de ver a sus amigos y tener contacto con el exterior. Trabajar en casa tenía esa parte mala.

Así que tuvo una idea feliz:

—Chicos, chicos, ¿por qué no vamos a casa de alguno y hacemos tarde de chicas como en las pelis?

—Eeeeh... Bego, creo que te has equivocado. —Tony también se había vuelto un seco, todo por culpa del maldito domingo—. Aquí somos tres hombres y dos mujeres, pierdes por minoría.

—Ya, listo, pero ¿eso te impide ver una peli y comer helado como en una auténtica y mítica tarde de chicas?

—No, desde luego que no se lo impide. Voto supersí. —Adri, siempre dispuesto a alargar los planes todo lo que hiciese falta. Seguro que iba a intentar que viésemos la última de Almodóvar... Otra vez. Ese chico estaba obsesionado con Pe y la *troupe*.

—Hombre, visto así, estoy dentro. Solo si no es en casa de América, que no tengo fuerzas para subir. —Ganarnos a Tony era casi un reto siempre que salíamos.

—Ay, el musculitos... Ofrezco mi casa. —Y acto seguido, con una sonrisa, Miki le pellizó el pezón a Tony, como queriendo congraciarse con él por reírse de su afición al gimnasio, y pensé que ojalá nunca me hiciesen eso a mí porque a las chicas nos dolía mucho...

Y a su vez, ¿cuánto tiempo hacía que nadie me tocaba un pezón? No era cuestión de pedirlo por ahí, pero echaba de menos el contacto físico con un

tío, sobre todo para borrar el recuerdo del odioso de Javi.

Pagamos la cuenta, nos quejamos de lo caro que era y sí, acabamos en casa de Miki. Allí, por suerte, no vimos a Pe en pantalla, pero vivimos un momento que cambiaría de nuevo nuestras vidas: la prueba definitiva.

## 19

### La prueba definitiva

Miki vivía en la calle Hartzenbusch, algo que nos hizo mucha gracia, aunque habíamos ido mil veces, porque con la lengua de trapo nos costaba un poco pronunciar.

Compartía piso con una fotógrafa de viajes a la que no habíamos conocido nunca porque nunca estaba. La casa era suya y, mira, así tenía un guardián que encima le pagaba por cuidarle el chiringuito.

Ese día Natalia, la fotógrafa, tampoco estaba, y, sin embargo, hay que ver en qué cosas se fija una, me di cuenta de que en la mesa sin recoger del desayuno había dos platos y dos tazones. Y hasta un jarroncito con unas ramitas de lavanda. Uy, pero qué cuqui... Esto olía a chamusquina (con aroma floral).

Miki recogió rápidamente el salón y volvió de la cocina con una botella y cinco vasos:

—Ha llegado la hora de gastar el tequila que trajo Nata de México. Me tiene prohibido que lo tomemos con limón y sal, que dice que es de *cuñaos*, pero os he traído unos Boca Bits para limpiar la boca si os arde. Vamos a jugar a... ¡«Yo nunca he...»!

—Bieeeeeeen. —Bego mataba por un juego de adolescentes. Como la chica gordita del instituto, nunca tuvo mucha popularidad y jamás vivió esa mezcla ética de chicos y chicas que jugaban a hacer preguntas para emborracharse rápido. Le flipaba el concepto de negar lo que sí habías hecho para acabar bebiendo si era cierto.

A Tony le cambió la cara. Tenía asumido su papel de padre del grupo y no estaba muy a favor de que nos contásemos todo, ni mucho menos con la sangre alterada: «Si lo sé todo sobre ti de un golpe, ¿qué vas a contarme a lo largo de la vida?», me dijo una vez.

Razón no le faltaba, pero tampoco había que ser aguafiestas. Por suerte

habíamos aprendido a pasar de él y arrastrarlo a nuestros juegos. Yo, por apoyar la diversión, posé mi mano sobre mi chupito esperando la primera pregunta.

Como dueño de la casa y la botella, empezó Miki:

—Yo nunca he... Meado en la calle.

Bebimos todos.

Turno para Bego:

—¡Yo nunca he dicho que no volvía a beber y aquí me tienes!

Todos otra vez.

Tony:

—Yo nunca he cantado una canción de Alborán en el baño.

Bebimos Bego, Adri y yo. Maldito Tony, daba donde dolía.

Y llegó el turno de Adri.

Todo iba bien.

Nos habíamos reído, llevábamos un cuarto de botella y, bueno, no hay mal que por bien no venga: para cuando resolvimos su turno dejamos de beber.

—Yo nunca me he enamorado con un amigo.

Traducción, porque esta palabra le encantaba: «enamorarse», para él, era enrollarse mucho o poco, daba igual.

Y bebió él, bebió Tony, y bebí yo porque supongo que con mi largo historial alguno debió de ser amigo mío antes que novio y príncipe azul. Bego se libraba porque sus únicos amigos hombres eran los tres presentes.

Pero Adri se puso en plan digno:

—Miguel, bebe.

Y colocó secamente el chupito en la mesa frente a Miki.

—No pienso.

—Sí piensas, sí. Que el juego ha sido idea tuya.

Miradas tensas. Adri a Miki. Miki a Adri. Tony a Miki. Bego y yo entre nosotras.

¿Qué estaba pasando?

—Vaaaaale, bebo. —Y se tragó el tequila resignado.

—No, ahora no se vale. Ahora tienes que decir con quién... Por haberlo dicho tarde.

El maldito de Adri parecía estar disfrutándolo. Y lo peor es que hasta Miki se reía, digo yo que nerviosamente.

—Hacemos una cosa: si me asomo por la ventana y pasa una moto, y he

dicho una moto, no un coche o una persona, o incluso una bici de esas alquiladas, lo cuento.

—Trato hecho.

Y nos agolpamos todos en la ventana. Todos menos Tony, que se quedó sentado en el sofá mirándonos y sacudiendo la cabeza. Estaba en modo superpadre, era el bajón en persona.

Nosotros, en cambio, nos pusimos a corear bajito: «Moto, moto, moto» hasta que, ¡tomaaaaa! Pasó una moto.

Por fin Miki nos iba a contar eso que, sinceramente, yo pensaba que no iba a ser para tanto, porque total, anda que no habían tenido ligues estos. ¡Más que yo!

Pero si algo era mi amigo, era cobarde. Y juguetón.

—Vale, vale, vale. Pido el comodín del público. Os lo cuento si... ¡Pongo Telecinco y no está ningún colaborador de «Sálvame»!

—O «Gran Hermano» —añadió Tony. De pronto había decidido cooperar, vete tú a saber por qué.

Esto era difícil... O no. Porque era domingo por la tarde, quizá tuviésemos posibilidades, a no ser que hubiesen hecho una edición especial de estos programas. Todo podía ser.

Encendimos la tele, esperamos unos larguísima segundos, esos en los que el puntito rojo parpadea y tú puedes hasta morderte las uñas de los nervios. Y en pantalla apareció... ¡María Teresa Campos!

Estrictamente María Teresa no era un personaje de «Sálvame», era un ente propio. Venía al pelo porque habíamos tenido una acalorada discusión por la mañana en La Ardosa, cuando debatíamos si Terelu merecía, como su madre, un espacio a su medida, a la altura de «Con T de Tarde», programa mítico de Telemadrid que la convirtió en musa, y que yo conocía porque varias noches me habían obligado a ver vídeos en YouTube.

Por suerte, todos habíamos coincidido en que María Teresa no era de «Sálvame» aunque de vez en cuando participase, y seguro que Miguel Ángel Jiménez, Miki para los amigos, se estaba arrepintiendo de eso. Había vuelto a perder.

—Ahora sí, desembucha. —Mi táctica de amenazas había que pulirla, eso era cierto, pero me acerqué a él mucho para forzarlo a responder. El alcohol, el cine y estar loca me habían convertido, de repente, en un agente del FBI.

Miki apartó mi carita de su carita con la mano y mirando al resto dijo

animadamente, a ver si así nos convencía:

—¡A la tercera va la vencida! Venga, decid vosotros la última prueba y ahora sí que sí, de verdad, lo juro, si pierdo confieso.

En lugar de enfadarme por haber sido apartada tan drásticamente, en ese momento sentí que desde el pecho me nacía un calor especial, unos nervios anticipatorios... ¡Tenía el juego definitivo!

—¡Yo tengo una idea!

—No, ella nooo. Por favor, Adri, acepto cualquier reto, pero ella no, ¡que es muy mala!

—Uuuh, ¡lo que me ha dicho!

Miré a Adri, que asintió. Bego se frotaba las manos en plan maligna porque nada le gustaba más que meter miedo cuando sabía que iba a ganar. Tony miraba a la tele, como si, ahora que había acabado María Teresa, las noticias sin sonido le interesaran muchísimo.

—Ahora sí que vas a flipar, chaval. —Me creía una versión moderna de *El Padrino*.

—La que has liado, pollito. —Bego era mi *ayudanta*.

—Pensaba ser benévola, pero pienso ponértelo muy difícil.

—La has liado parda.

—Y la prueba elegida es...

—*Las cagao*, bacalao.

—Bego, por favor, si me dejas terminar alguna frase...

La miré de reojo e hizo el gesto de cerrar la cremallera y tirar la llave. Me hizo mucha gracia porque solo ella y mi madre van de mimos en la vida real.

—Como iba diciendo, Miguel. Esta es la prueba definitiva: todo o nada. Si pierdes, confiesas. Si ganas, bebes de la botella a morro: un segundo por cada acierto que hayas tenido porque algún peaje tienes que pagar por haber sido tan sibli... Silib...

—¿Silicio?

—¿Silicona?

—¿Sili hibli kin li i?

—¿Bsss, bssss, bsss, gatito?

— ¡¿Visillo?!

—¿Bisolvón antitusivo?



Y acto seguido la loca de Bego se echó atrás en el sofá partiéndose de risa. Menuda pirada.

—Bien. Veamos. —Me erguí en el sitio y puse un tono de voz algo más grave, quería parecerme a Silvia Jato, mi presentadora favorita y a la que secretamente quería parecerme. Bueno, secretamente... Hasta ese momento en el que creí que la estaba imitando fenomenal y aclaré a los demás:

—Que sepáis que estoy haciendo de Silvia Jato. Miguel, vamos allá. Tu primera canción será...

Conecté los auriculares para escuchar yo sola lo que quería, hice una búsqueda rápida en el móvil, lo coloqué en el segundo perfecto, desconecté los auriculares y:

*Quiero dar las gracias  
por lo que me hacen sentir, debo admitir  
que con la música vale vivir.*

Pulsé el *pause*.

Miki no dudó. Parecía hasta concentrado.

—Nuria Fergó y Rosa López. *Gracias por la música*, y añadido para que valore el jurado el esfuerzo: interpretando una canción original de ABBA.

Volvimos a levantarnos para aplaudir. Es verdad que no queríamos que ganara, pero lo había hecho muy bien.

—Correcto. Prosigamos.

*Te extraño  
porque vive en mí tu recuerdo.  
Te olvido,  
a cada minuto lo intento.  
Te amo,  
es que ya no tengo remedio  
Te extraño, te olvido y te amo de nuevo.*

De nuevo, solo lo pensó un segundo.

—*Te extraño, te olvido, te amo*: Álex y Natalia.

—Álex, ¿qué Álex? —Adri era el típico que te preguntaba hasta el último detalle antes de darte un quesito.



—Casademunt, capullo, ¿no va a ser Parreño!

Esta vez no aplaudimos. Llevaba 2 de 5 y, aunque aún teníamos tres posibilidades de ganar, no estaba dudando nada, ni un poquito: había que ponérselo más difícil.

Todos se congregaron a mi alrededor para soplarne opciones al oído.

Salió la propuesta de Tony:

*Busca lo más vital, no más  
lo que es necesidad, no más  
olvídate de la preocupación.*

Miki se rio en plan yendo de sobrado. En serio, era el concursante más insoportable que había tenido en todos mis minutos de experiencia como presentadora.

—Ay, por favor. Pero si el disco de Disney es mi favorito... *Busca lo más vital*, de nuevo Álex, pero con Javián.

¿En serio? ¿Si nadie podía acordarse de esa canción! ¡Las había mucho mejores! ¿Y su mejor amigo Tony no sabía que era ese su disco favorito? No pensaba volver a dejar que me propusiese opciones. Marginado por equivocarse... Quería ganar aunque tuviese que dejar amigos por el camino.

Ya solo nos quedaban dos opciones. Sacando artillería pesada en tres, dos, uno...

*Átame a tu piel,  
anuda fuerte amor  
o arráncame de ti  
si puedes hoy,*

¡Sí! ¡Por fin lo veíamos dudar! ¡Ya era hora!

Miki pareció repasar la letra por lo bajini, intentando recordar y Adri, que como ya hemos dicho era experto en desconcentrar al adversario, le metió prisa:

—No vale estar más de veinte segundos pensando la respuesta, ¿eh?

—¿Ah, sí? ¿Y eso en qué normas lo pone?

—En las que me salen a mí del...

—Bueno, bueno, chicos. Basta. Miguel, por favor, tienes que dar una

respuesta.

—Me la juego. Hemos venido a jugar, Mayka. *Átame a tu piel*, de Geno Machado.

El resto me miró. ¿Había acertado?

Yo miré al resto. Era imposible acordarse de esta canción, se cantó para la repesca... Era Geno... Por favor, ¡seguro que ni ella misma se acordaba!

Ya no quería aplaudir: miré a Bego con incredulidad.

—¡Ha acertado!

Y Miki saltó de su sitio para celebrarlo con un bailecito. Esto se estaba poniendo muy negro.

Ahora ya solo quería ganar o iba a ser insoportable aguantarlo regodearse para siempre con esta victoria.

Pero el jurado, o sea, Bego, Adri, Tony y yo, estábamos algo alicaídos. Iba a ser muy complicado remontar si había superado hasta la prueba más difícil...

Última oportunidad. Encendí de nuevo el móvil y Bego señaló una canción. Los otros tres la miramos extrañados, era una canción muy conocida, era imposible no acordarse de ella. Sin embargo, es cierto que se parecía a otras, y no iba a ser fácil identificar a los componentes del grupo que la interpretaron.

Había que arriesgarse, y esta iba a ser nuestra última baza.

Nos cogimos de las manos (bueno, yo una, porque tenía que coger el móvil con algo) y le di al *play*:

*Me apasionas, me transformas,  
me diluyes, me disuelves.  
Me acaloras, me enloqueces,  
me desbordas, me diviertes.  
Me transformas y no tengo escapatoria,  
tienes el control.*

Respiramos hondo.

Miki también respiró hondo y se decidió a contestar muy solemne.

—*Qué me has hecho, Mariana*, de Chayanne. Interpretada por: David Bustamante, Álex y... David Bisbal.

Los demás nos miramos y entendimos lo que acababa de pasar. En esa misma mirada coincidimos los cuatro y nos transmitimos lo que íbamos a

hacer a continuación.

Dejé el móvil sobre el sofá y grité:

—¡Nooooooooooooo!

Y los cuatro nos pusimos de pie e hicimos la coreografía:

*Qué me has hecho, Mariana, no sé,  
qué me has hecho, Mariana, mi amor.  
Me tienes por las cuerdas, lo sé,  
volando por las nubes estoy.*

*Qué me has hecho, Mariana, di qué,  
qué me has hecho, Mariana, mi amor.  
Será que es realidad o es alucinación.*

Mientras tanto, Miki sacó su móvil para comprobar que había errado doblemente: la canción se llamaba *Mariana Mambo* y la habían cantado David Bustamante, Álex y Javián.

Era el mejor día de mi vida.

## 20

### Novios anónimos

Le obligamos a beber a morro igualmente porque la humillación de haber perdido no nos parecía suficiente. Estábamos pletóricos. Ganar nos había subido el pedo de nuevo.

A pesar de ello, nos guardamos una emoción contenida y volvimos a sentarnos todos en círculo, mirando a Miki. Había llegado la hora de la verdad.

En ese momento, la tensión se podía cortar con un cuchillo y hacerte un sándwich con ella. Me vino a la mente este símil gastronómico porque oí que a Bego le sonaban las tripas. Llevábamos horas sin comer nada.

Pero ya pensaría en ello después, era el momento de resolver el enigma, si es que era tan importante como parecía.

—Bueno, pues... A ver. Un día pasó una cosa.

—Ajá, sí, podemos imaginar que un día pasó una cosa, aunque resulte extraño. —Soy muy irónica cuando quiero. Con mis palabras vuelvo agrios los limones.

—A ver, un día no. En concreto el sábado de la semana pasada, que nos fuimos de fiesta y una cosa llevó a la otra y...

Miki miró hacia otro lado. No sé qué esperaba que pasase, pero nadie emitía palabra, ni siquiera él. Pues sí que se iba a complicar la cosa.

Adri golpeó la mesa dejando su vaso sobre ella con énfasis, se levantó y dijo señalando:

—Que Miki y Tony están liados.

Y juro que casi me atraganto sin estar bebiendo ni nada. Bego y yo gritamos a la vez:

—*WHAAAT?*

Y lo fuerte es que nadie satisfizo nuestra curiosidad. Se quedaron callados,

los malditos. ¡Con la de vueltas que habían dado para contarlos o no contarlos y ahora se quedaban en silencio!

Miki se quedó mudo, Tony solo asintió confirmando que era real, casi casi como resignado (porque evidentemente no quería haberlo contado), y Adri simplemente se sentó de nuevo y volvió a beber muy concentrado.

Bego y yo no dejábamos de mirarnos y mirarlos a ellos, nos volvíamos a mirar flipando y los volvíamos a mirar, hasta que finalmente ella preguntó:

—Estáis de coña, ¿no?

—No están de coña, Bego. Había dos platitos y dos tacitas en la mesa cuando hemos llegado. Este —y lo dije señalando entre enfadada por no saber nada y flipando— ha dormido aquí.

—Pero...

—¡Y tu móvil se había conectado automáticamente al wifi! —Yo estaba en modo Angela Channing, pero al revés, cuando ya me lo habían dado todo hecho.

—¿Y cómo...?

—¡Y nos has dicho la canción de Disney, haciendo que era muy difícil pero sabías... SABÍAS que la iba a acertar!

Esto, como era de esperar, enfadó muchísimo a Adrián I, *el Estricto*:

—Qué hijo de perra, ¡tú querías que ganara! —Y se abalanzó sobre él a clavarle un dedito por el costado. Un dedito de los que duelen y hasta hacen moretones.

—¡Juro que no! —dijo Tony entre risas—. ¡Que yo no me acordaba de eso!

Mientras, Bego parecía seguir atando los cabos que al resto nos había costado un poquito menos atar. Parecía estar haciendo cálculos con las manos incluso. Si cojo uno y me llevo dos...

—Pero... ¿Y cómo ha pasado? —Lo dijo mirándome a mí, que de pronto debía de ser la experta en Miki&Tony, novios anónimos.

—Pues, hija, se darían unos besos, una cosa llevaría a la otra y...

—No me digas más...

—La pregunta es ahora a ver qué pasa.

—Pues sí. Imagínate que se dejan, a ver de qué lado tiramos. O peor, que sigan y pasen de nosotras.

Supongo que tendríamos que habernos guardado esta conversación para cuando estuviésemos solas, pero recordemos que, uno, alucinábamos, y dos, alucinábamos con bastante alcohol de por medio.

Debieron de sentirse incómodos porque Miki carraspeó y dijo:

—No os vamos a contar nada de momento, nos estamos conociendo.

—¡Ja! ¿Conociendo? ¡Pero si os conocéis desde hace quince años! De verdad que yo flipo.

—Chicas, Miki tiene razón. No vamos a contaros nada. Bastante que ha confesado antes de tiempo...

Yo no era capaz de emitir palabra alguna, pero Bego... Bego se estaba poniendo nerviosa. Se sopló el flequillo hacia arriba, se puso de pie para imponerse y les dijo:

—Alucino con que ni siquiera pensaseis contárnoslo. Sois unos egoístas, y unos niñatos, y teníais que haberlo dicho desde el minuto uno, o al menos esta mañana y no un puto domingo, a las diez de la noche, cuando encima estamos sin cenar ni nada. ¿Sabéis qué? Se me ha cortado el rollo y me voy a mi casa.

Se levantó, cogió su bolso y salió por la puerta. Yo me apresuré a recoger mis cosas, y les dije: «Yo también estoy flipando, pero no os odio, que conste», y salí corriendo detrás de ella.

Juntas nos pasamos por el Taco Bell, le dimos vueltas al tema varias veces y no llegamos a ninguna conclusión porque nos habían dado cero datos. Con el estómago bien lleno nos fuimos a nuestras casas.

La mañana siguiente, ya lo sabemos: pellas del trabajo, mi madre al teléfono y Bego, que cuando recuperó la consciencia, mandó un mensaje al grupo: «Sigo flipando, pero ya no os odio. Contad detalles. Nos debéis una cena.»

Todo estaba en orden.

## 21

### Elegir bien

A todo esto, volvía a tener cita con La Coach. Con tanta emoción casi se me había pasado pensar en lo que me dijo. Con la ilusión que había puesto al principio, se me olvidó completamente pensar en las cosas buenas que había hecho en mi día a día.

Pensé en rellenar el cuaderno de camino a la sesión, pero se iba a notar mucho. Aunque lo había llevado en el bolso todo el rato, estaba nuevo.

Y allí me presenté, frente al ángel caído, con mi cuaderno sin estrenar. Gastadito, manoseadito, con una manchita de Coca-Cola que se me cayó una noche sobre él, pero sin una palabra escrita en sus hojas.

Cuando llegó La Coach, me sorprendí: la recordaba mayor de lo que luego era, pero como solo había pasado una semana, no tenía pinta de haberse pinchado bótox por litros. Así que supongo que había sido mi imaginación la que la había pintado como una hechicera con muchas arrugas, dentro de una toquilla negra y ofreciéndome una manzana. Estaba más cerca de ser Angelina Jolie en *Maléfica*, to buena, que de ir a envenenarme.

Volvimos a sentarnos exactamente en el mismo sitio en el que nos habíamos visto la semana anterior y empezaba a preguntarme si de verdad no sería bruja y controlaba el tiempo, porque que yo sepa, en noviembre no deberíamos poder estar en la calle tranquilamente charlando. Si llegaba el frío se acabarían nuestras sesiones, ya está.

Ella debía de estar pensando algo similar, salvo la parte en la que la imaginaba gritando «¡Dibidibabidibú!», porque me comentó:

—Se me pasó decirte cuál era mi metodología. Haremos cuatro sesiones, no más. A no ser que sienta que lo necesites de verdad, en cuyo caso haremos cinco o quizá seis. Pero en principio deberíamos haber terminado en cuatro sesiones y después seguir caminos separados.

—Jo, eso que dices es un poco duro. ¿Si te he visto no me acuerdo?

—¿No te gusta desprenderte de cosas?

¿Esa mujer estaba en mi cabeza o qué? O sea, nueve meses con el odioso de Javi y no se daba cuenta de que no me podía dejar ir así como así porque yo no era capaz de desengancharme, y quedo dos veces en el Retiro con una señora y ya sabe todo de mí, como que me encariño hasta con las plantas.

Luego que si no vale generalizar y decir que los hombres no se fijaban en los detalles... Él era el estandarte del movimiento contrario, de los chicos que sí eran la norma, de los que hacían su vida sin reparar en la tuya y además un día, zas, resulta que no les importabas de verdad porque habían encontrado una chica que era lo contrario a ti y un clon suyo.

Castaña. Por favor, su novia era castaña como él. ¿Los habían sacado del mismo proyecto genético? ¿Iban a participar algún día en *Los juegos del hambre*? Bueno, ella a lo mejor sí, con su talla 34, comentando en el comedor de la empresa con su mejor amiga lo horrible-horrible-horrible que es ir a las tiendas y no encontrar tu talla porque todas son, y cito textualmente, «[suspiro] muy grandes». Y yo mientras calentando unas sobras de huevos rotos para comerlos viendo «Friends» en mi sitio. Qué asco de vida y de metabolismo.

Joder, pero ¿qué hacía yo pensando en Javi y la otra ahora? Odiosos, asquerosos, fuera de mi cabeza cuando me están haciendo cura psicológica.

Retomé el hilo, porque por suerte los pensamientos de la cabeza van mucho más deprisa que la luz, los parpadeos o la sensibilidad de una *coach*, que solo pensó que me tomaba mi tiempo para responder sobre encariñarme de las cosas, lo cual debía de ser un buen síntoma, que empezaba a tomármelo en serio.

—Bueno, no es eso...

—¿Y para qué te encariñas de lo que tienes que dejar ir?

Ya estábamos otra vez. La preguntita de marras.

Había consultado la RAE, había mandado una consulta por internet y, bueno, os diré que las cosas de palacio van despacio y este palacio es España y «estos españoles son mucho españoles», porque se estaban tomando su tiempo en contestar.

No sabemos si la pregunta está bien formulada, ahora mismo hay un intensísimo debate de horas y horas entre las diferentes letras que ocupan sus sillones en esta honorable institución en la que se han creado dos bandos, con camisetas incluidas en las que se puede leer TEAM PARA QUÉ y TEAM POR QUÉ.



No tiene mucha lógica, pero es lo que les hizo el tío de la tienda de serigrafía, no culpes a sus señorías... O letrados, como quiera que se llamen.

De nuevo, me hice la pensativa, pero la verdad es que no quería contestar, así que, como si mi táctica del avestruz no fuese conocida en el mundo entero (porque, de hecho, es que la hacen los avestruces de verdad), intenté una poderosa maniobra de distracción:

—¡Eh, he traído el cuaderno!

La Coach me miró de reojo, lo cual debía de tener bien estudiado también, porque hasta se pintaba el *eyeliner* a lo Amy Winehouse, un truco de maquillaje perfecto para enmarcar esa mirada concreta:

—Hummm. Te la voy a pasar por esta vez, pero luego trataremos también ese tema, que me interesa... Bueno, enséñame ese cuaderno.

Mierda.

Mi fantástica estrategia iba a salir regular: el cuaderno, si nadie me había pegado el cambiazo en plan peli de acción, seguía vacío.

No me quedó más remedio: probar suerte con mi plan C, el único que me quedaba: desear que pasasen cosas.

Desde bien pequeña había descubierto que si pensaba algo muchas veces ocurría: si jugaba al parchís y en mi cabeza repetía «seis-seis-seis-seis», a veces salía, si deseaba que mi madre hubiese hecho espaguetis carbonara y los había hecho, ¡buah, es que el destino me escuchaba! Quizá la casualidad tenía algo que ver pero, eh, yo no me meto con vuestras creencias.

Así que nada, a pensar: «Que me suene el móvil, que me suene el móvil, que me suene el móvil, que me suene el móvil, que me suene el móvil, que me suene el móvil, que me suene el móvil», y el móvil no sonaba. Mi don a veces tiene estas cosas, que falla. Y ese día debía de estar de descanso...

Para ayudar al destino y un poco también para ganar tiempo dije: «Ay, un segundo, que creo que me está vibrando el móvil y espero una llamada importante.»

Con mis dotes de actuación, si yo fuera La Coach, no solo me habría olido raro, sino que hubiese vigilado si no iba a sacarlo de donde estuviese escondido para inmolarme.

Por supuesto, siguiendo con mi dignísima actuación, busqué el teléfono en el bolso sabiendo perfectamente varias cosas: una, que jamás en mi vida me han dicho que espere una llamada importante, que si me han llamado y lo ha sido, pues sorpresa, pero nadie me ha avisado. Y dos, que además era plenamente

consciente de que mi móvil estaba en el bolsillo de mi abrigo, así que jamás lo iba a encontrar por más que moviese llaves, libro, támpax, pañuelos, monedero, caramelos de menta, mechero por si alguien me pide fuego, abono transportes, migas de pan, botella de agua, cupones descuento para el Burger King (como si fuese a ir alguna vez si no tienen patatas *deluxe*), guantes, y ah, oh, vaya, el cuaderno. Ji, ji, qué risa, mira lo que ha aparecido.

Al final tuve que sacarlo y como ya intuía que no iba a salir de esa, atajé siendo sincera. Es verdad que todos los caminos llevan a Roma y con esta *coach* más me valía no dar un rodeíto por el Coliseo.

—Aquí está el cuaderno. Pero... Tengo que decirte algo. —Hice una pausa dramática, también un poco forzada, pero que no se diga que tantos años viendo las pruebas del polígrafo no sirvieron para nada—. Está en blanco. No he podido rellenarlo.

—¿Y por qué no has podido rellenarlo? —Dios mío, empezábamos a entendernos. Por fin empezaba a hablar castellano. Un por qué en su vocabulario. ¡Sabía usarlo!

—Pues porque no estoy segura de hacer muchas cosas buenas. Especialmente cuando voy al trabajo. O, al menos, cosas que me hagan sentir bien, orgullosa. De hecho, es que ni siquiera tengo ningún compañero con el que ser amable.

—¿No haces cosas buenas o no te gusta hablar de ellas?

—No las hago. No me gusta hablar de ellas. Las dos cosas.

—Entonces, ¿solo haces cosas malas?

—No es eso...

—¿Qué es, entonces?

—Pues... —Ya estaba otra vez entre la espada y la pared. Y no iba a dejar de mirarme hasta que acabase la frase con algo convincente. Busqué en mi interior, a ver si las palabras se formaban solas, y lo hicieron—. Supongo que tienes razón, no me gusta presumir de lo que hago bien. Bueno, es que creo que muchas veces se trata de casualidad y otras de rutina. Las cosas salen bien porque estaban destinadas a ello, así que no presumo ni creo que tenga derecho a adjudicarme el mérito.

—¿Supones?

—No, lo pienso de verdad.

—¿Y tú no influyes en tu destino?

—No mucho, en realidad.

—Entonces, ¿quién te obligó a cambiar de trabajo?

—Las circunstancias. El dinero. Javi.

—¿Y tú no tuviste nada que ver?

—Bueno, eso es lo peor... Que sí. Que tomé yo la mala decisión.

—Entonces, ¿fue el destino o fuiste tú? —Me tomé unos segundos para pensar, lo vi en sus ojos, que eran un reflejo de los míos.

—Ya, ya sé lo que me quieres decir...

—Yo no he dicho nada, corazón.

—Ya, ya...

—¿Quién tomó la decisión, América: el destino, Javi o tú?

—Yo.

—¿Y si lo sabes por qué te lo niegas?

—Porque es muy duro.

—Pero si tú tienes poder para tomar decisiones, ¿para qué no tomas ahora una buena?

—Porque...

—Para que...

—Para... Hummm... No fallar otra vez.

De nuevo, La Coach me dejó con mis pensamientos y sacó de su carpeta una lectura para mí, que me explicó que iba sobre diferentes creencias en la humanidad que habían achacado al Sol o a diferentes dioses la culpa de sus males, y si bien la pérdida de una cosecha iba unida al clima adverso, el ser humano había desarrollado técnicas para que esto no le afectase tanto. Entendí que quería darme herramientas y grabarme a fuego una idea: si yo podía elegir mal, también podía elegir bien. Yo podía controlar el Sol, el clima y, desde luego, un trabajo que me amargaba.

El problema era saber qué elegir para cambiar mi rumbo. Y sobre eso prometió ayudarme en nuestra siguiente sesión, ya en un mes, a la vuelta de las Navidades.

## Bego y América rumbo a...

Esa misma noche, y aún perdida en mis pensamientos, porque lo que conseguían esas sesiones era poner a mi cerebro a trabajar sin descanso, me fui a Huertas; había quedado con mi mejor amiga del mundo para cenar.

Esto va así: si abres un local nuevo, somos tus chicas.

Bego y yo intentamos probar todos los sitios de moda, cuidando siempre que no se nos vaya mucho el presupuesto de 20 euros por cabeza. A veces, con suerte, a ella la invitan por su condición de persona influyente en internet, y ahí sí que no ponemos pegas, sea como sea la carta. Es más, ponme langosta.

En este caso, en realidad, se trataba de un sitio que llevaba siglos abierto, una pizzería en la calle Cervantes que por las fotos de internet intuíamos pequeña, pero no tanto como el reducido local de 10 metros cuadrados que nos encontramos. En fin, ya podía merecer la pena (lo hizo).

Y allí, en sus incómodas sillas, mientras nos comíamos unas empanadas argentinas y una pizza con chorizo, queso manchego y aceitunas, Bego me dio la mejor noticia EVER.

Inesperada, porque después de mi sensación rara tras estar con La Coach la cosa había empeorado.

Me había quemado el paladar con el queso de la pizza, así que entre unas cosas y otras la alegría por lo que me dijo Bego estuvo levemente empañada por lo muy desagradable del incidente, al que por otro lado estoy bastante acostumbrada. Siempre acabo pasándome la lengua por la zona afectada todo el rato, como valorando los daños y reconociendo mi propia boca. Eso no hace que luego aprenda y sople antes de comerme la sopa, las lentejas o la pizza, por supuesto.

En esas estaba, notando mi paladar rasposo y picoteando las aceitunas de mi pizza con los dedos por miedo a volver a meter ese magma a mil grados

centígrados en mi boca, cuando Bego dijo:

—Bueno.

Y me miró.

Y le devolví la mirada.

Dice mi tía que dos mujeres no necesitan más para entenderse que una mirada, así que imaginad el nivel de compenetración de dos mujeres que llevaban seis años juntas: hablando cada día, compartiendo ciclos menstruales y contándose todo tipo de intimidades como que una de ellas, en su primer beso, sintió muchas ganas de estornudar y no consiguió apartarse de la otra persona, un pobre damnificado, un desgraciado daño colateral.

Yo sabía, desde que dijo ese «bueno», que tenía algo que contarme.

Deseé con todas mis fuerzas que fuese algún regalo por su blog y que me involucrase a mí. Pero también podía haber encontrado por fin al hombre de sus sueños, su deseo más fuerte hasta la fecha.

La verdad es que me gustaba más lo primero. Qué pereza que tu mejor amiga se eche novio y tú te quedes descolgada. Mucho mejor si me decía que le habían regalado unos Louboutines y que como no eran su número me los iba a dar.

Por suerte, esta vez mi don de desear cosas muy fuerte funcionó. O algo así.

—Bueno —contesté yo.

—Bueno —volvió a decir ella. Esto iba a ser largo.

—Bueno —me vi en la obligación de seguir.

—Tengo algo que decirte. —Esperaba que no fuese una cosa tan fuerte como Miki&Tony, a los que veíamos menos ahora porque les daba palo ser novios delante de los demás.

—Dímelo.

—No sé si puedo.

—Podrás.

—Es que es muy fuerte.

—Estoy preparada.

—Voy a hacerte una pregunta.

—Y yo te daré una respuesta.

—¿Sabrás elegir bien?

—¿Es esta la pregunta?

—No. Que si serás capaz.

—Lo seré, seguro.

—Tienes que estar muy segura de que lo serás porque no habrá segundas oportunidades.

—Correré el riesgo.

—O sí o no.

—Correcto.

—No valen medias tintas.

—Ni blanco ni negro, sino todo lo contrario.

—Ni rosa.

—Ni rosa.

—Promete que si fallas, no me odiarás por elegir a otro.

—Otro de qué.

—Promételo.

—Prometo que si fallo te odiaré por no haber hecho bien la pregunta.

—Sin trampas.

—Ni cartón.

—¿Crees que podrás soportar la presión?

—Creo que podría llegar a la final de «Gran Hermano» sin confesar que yo soy el topo.

—Ni aunque te torturasen.

—Ni aunque me hiciesen rajitas en todos y cada uno de mis dedos con folios.

—Pero no lo voy a hacer.

—Pero no lo vas a hacer.

—Porque te quiero.

—Porque me quieres.

—¿Estás preparada?

—Te repites.

—Que si estás preparada.

—Soy de la generación más preparada de la Historia.

—¿Estás lista?

—Estoy más que lista, Begoña.

—Voy a hacerte una pregunta, América.

—Hazla.

—Recuerda que solo habrá dos respuestas posibles y solo una será la correcta.

Ahí ya casi la cago. Me estaba sometiendo a muchísimo estrés con esta

conversación infinita. Nunca debimos dejarla ver «Homeland», lo aprendió todo sobre interrogatorios... Porque el caso es que con la tontería todavía no había preguntado nada.

Y encima yo jugaba con desventaja, con todo el paladar quemado.

—Creo que asumiré el riesgo.

—Está bien. Voy a ello.

—Ve a ello —¿Qué? Ya sé que yo misma estaba alargando el juego, pero ya me había metido en faena y me estaba gustando.

—¿Quieres...

Pausa dramática.

—... venir...

Bocado a la pizza. Masticando las 33 veces reglamentarias.

—... conmigo...

Sorbo a la pajita.

Más sorbo a la pajita.

Se estaba acabando un vaso de Coca-Cola lleno la muy p... Astuta.

—... a Nueva York?

WHAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAT?

—¿Quéee?

Los italoargentinos de la pizzería nos miraron. Quizás había golpeado de más la mesa con la palma de mi mano y se habían caído nuestros cubiertos al suelo, con el ruido que eso hace en un espacio de diez metros cuadrados. Y quizá, solo quizá, ese «qué» mío había subido unos cuantos decibelios. Lo había dicho al volumen en el que los extranjeros creen que hablamos normalmente los españoles. Nivel: borrachos en Torremolinos.

Bego, maestra de la tensión, se había mantenido unos buenos segundos que parecieron minutos haciéndose la digna, como si, ¡ja!, esto le pasase todos los días. Ella, que sabía perfectamente que yo sabía que hasta que no salió de su instituto, en el que simplemente era la gorda friki de la moda, jamás hubiese imaginado que iba a ser famosa en cierto modo.

Que jamás hubiese siquiera osado soñar con que la iban a invitar a la Pasarela de Murcia ni mucho menos a *Nuevafuckingyork*.

Pero la pose duró poco.

—¡Muy fuerteeeee! Me han mandado un e-mail esta mañana: «Que mira, que somos la agencia Fulana, que llevamos la cuenta de un hotel blablablá y que estábamos pensando que encajarías en un proyecto que tenemos para

promocionarlo. No podemos pagarte.» Y te juro que ahí casi desconecto porque yo vivo de esto y si no me pagas ya te vas despidiendo, pero, mira, yo qué sé, he pensado que me lo leía todo y luego les contestaba amablemente que no podía ser y que mis tarifas eran tal y pascual y sigo bajando, sigo leyendo, América, y me dice que es que el hotel Pitiflú está en Times Square en el puto Nueva York y que si quiero ir que correrían con mis gastos y los de un acompañante porque EVIDENTEMENTE no voy a ir sola. ¡EVIDENTEMENTE, DICE LAMUYLOCA, AMÉRICA!

—Pero ¿qué dices? Estoy flipando.

—Y yo. Pero te diré que no has respondido y todavía puedo acogerme a nuestro contrato verbal anterior y ofrecérselo a Miki.

—¿Qué? ¿A Miki? ¿Y qué pintará Miki en Nueva York? ¿No ves que tendría que llevarse a su novio? ¿Cuándo sería?

—Pues me han dicho que cuando quiera, y yo he pensado que molaría irse a pasar la Nochevieja porque, total, la alternativa que te queda es ir al cotillón de tus padres con sus amigos y a mí los míos me quieren llevar otra vez con mis tíos de casa rural y la verdad es que: puente de Brooklyn, ¿hola? ¿Mis primos haciéndome jugar al Party otra vez? O sea, no hay color.

Nueva York. Nos íbamos a Nueva York en Nochevieja. Y gratis. Dos españolas cumpliendo el sueño americano: ir a la Gran Manzana sin pagar un duro. Joder, esto tenían que sacarlo en las noticias. Porque, claro, yo iba a ir.

—Me superapunto. Obvio.

—¿Sí? ¡Bieeeeeen! ¿Y no te pondrán pegas en el trabajo?

—Mira, lo que me faltaba ya. Pero no, me dijeron que tenía que coger una semana de vacaciones obligatoria en Navidad, así que... Que sea esa. Y al puto ketchup rosa que le den.



## Levanta la vista, hola, Nueva York

Al principio solo era un pequeño núcleo de luces amarillitas, pero a medida que me fui acercando... Fue un mar de luces de colores. Porque, ¿qué es si no Nueva York? La ciudad de las luces, un enjambre maravilloso que hemos visto en las películas cientos de veces. Eso, de lejos.

Y luego es el lugar que te suena pero que es difícil de reconocer a veces, porque todo lo que conoces está casi en el cielo, y es tan grande, tan de verdad, que cuesta verlo.

Bego quería que nuestra primera vez («lo suyo sería volver unas cuantas veces», decía) fuese la de los iconos, la de buscar la ciudad que ya conocíamos por la pantalla y hacerla realidad. Así que lo primero que hizo según aterrizamos fue ponerme un auricular, ella otro, y escuchamos a Frank Sinatra cantar *New York, New York* cuando esas luces empezaron a acercarse, minutos antes de aterrizar.

Después entramos en la ciudad en metro, porque nos habían pagado el hotel y el vuelo, pero el resto del tiempo éramos pobres de espíritu y de cuenta corriente. Allí, en silencio, no dejábamos de observar a todos los tipos de gente que allí se juntaban, mirando a la nada como si no estuviesen en el centro del Universo.

Lo mismo pensará alguien cuando me vea a mí, triste y cabizbaja, perdiéndome al pasar la belleza de mi Madrid querido, como la original estación secreta de Chamberí por la que paso todos los días. Si ya ni siquiera la veo, quizás a los neoyorkinos les pase igual con el puente de Brooklyn o incluso con la Estatua de la Libertad. La ves allí, de lejos, y ya parece espectacular, pero ellos quizá ni miren hacia ella. Somos la especie evolucionada que prefiere mirar a una pantalla microscópica que a una realidad emocionante.

Todo eso iba pensando en el metro, me había puesto filosófica, quizá por el *jet lag* o por apenas haber dormido en el avión, donde tuve a Bego recostada sobre mí, ella sí, roncando durante 7 horas a pierna suelta.

La sorpresa, sin embargo, nos esperaba al salir a la calle, cargadas con nuestras maletas, demasiado abrigadas para un clima fresco pero no siberiano, que era lo que habíamos esperado. Yo me quedé sin respiración, que al final exhalé como un vapor cálido que se condensaba en el aire: subimos las escaleras y aparecimos en medio de unas calles cubiertas de carteles y luces, esta vez millones de luces, todas cercanas y de colores, además de decenas de pantallas que veías solo con levantar un poco la mirada. De ese viaje iba a volver con una contractura, una maravillosa, porque sarna con gusto no pica y mirar todo eso me dejaba boquiabierto.

Doblamos una esquina, porque teníamos que encontrar el hotel en algún momento, y fuimos siguiendo las indicaciones que nos habíamos apuntado en un papel. Entonces lo descubrimos justo frente a nosotras: ¡estábamos en Times Square!

Un escalofrío me atravesó de los pies a la cabeza, erizándome los pelos de la nuca. Se podría decir que en ese momento no sentía nada, simplemente una tranquilidad desconocida que hacía que nada más importase. Ese era el corazón del mundo, era la magia del cine dándome una bofetada cariñosa en la cara, era mi vida entera parada en un instante. Creo que fui feliz, al menos durante los segundos en los que Bego y yo nos quedamos como dos estatuas compartiendo un sentimiento... Era, desde ya, mi lugar favorito, y era increíble. Era grandioso.

Pareció que ese momento duró mucho más de lo que la realidad certificaba. Pronto tuvimos que movernos porque, como es de esperar, en la ciudad que nunca duerme todo el mundo tiene mucha prisa: cómo me hubiese impactado llegar directa desde Burgos, donde las distancias son cortas y todo se hace a otro ritmo. Me pasó al llegar a Madrid y ver que nadie se detenía por nada, pero aquí eran ejércitos de personas en ambas direcciones, y nosotras éramos solo unas turistas más, otro obstáculo más en plena calle que esquivaban con maestría.

Sentíamos que molestábamos, allí paradas admirando la grandeza de esta mastodóntica obra humana, así que decidimos seguir en busca de nuestro hotel. Dos calles más y, junto a un teatro, lo encontramos. Era el momento de vivir la ciudad intensamente: ¿qué sorpresas más nos aguardarían?

## La vida irreal

—Toc, toc. Bego, abre.

—¿Y tu tarjeta?

—Yo qué sé, ni la encuentro ya.

—No jodas que la has perdido.

—Que no, que estará por ahí. Es que no sabes lo que me ha pasado.

—¿Que te has dejado la etiqueta de la tintorería puesta?

—No.

—Sí.

—¿Qué?

—Que te has dejado la etiqueta de la tintorería puesta, idiota.

—¡No!

—Venga, que te la corto. —No sé cuántas veces habíamos salido ya a la calle con las etiquetas colgando. Muy bien que nos regalasen tintorería en el hotel, supongo que después de ver cómo habíamos metido todo a presión en las maletas, pero no estábamos acostumbradas a ese lujo. En casa la ropa que lavas como mucho viene con la misma mancha con la que entró, no perfectamente identificada.

—Bueno, pues no sabes. No sabes.

—No sé.

—He ligado con un tío.

—¿Qué?

Mi plan había sido darle una sorpresa a ella... Y la sorpresa me la llevé yo. Vaya, vaya, con Nueva York.

Desde que habíamos llegado a la ciudad, Bego se había ido fijando en todos los puestos de fruta de la calle y no había parado de comentar lo escasos que eran y, sobre todo, que no tenían uvas. ¿Cómo íbamos a cambiar de año sin

ellas? «Con M&M's, que los venden a la vuelta de la esquina», apunté yo. Casi salgo dañada físicamente tras ese comentario, así que intuí que para mi amiga era tan importante cenar bien esa noche como conseguir uvas de la suerte. O sin suerte, pero casi con total seguridad traerían pepitas, qué asco.

El plan para nuestra Nochevieja neoyorkina era quedarnos en las inmediaciones del hotel, disfrutar del ambiente festivo, ver algo de los conciertos en la calle, cenar en nuestra habitación (habían prometido hacernos algo especial, aunque yo suponía que sería o una hamburguesa o pollo frito porque eran las especialidades locales) y a las 12 menos cinco salir a la calle para ver la bola de Times Square caer y cambiar de año.

Era una de las ventajas de tener el hotel tan céntrico, pues de otra forma habríamos tenido que esperar días y horas a la intemperie en las zonas valladas para poder participar algo de la celebración de Año Nuevo. Poca broma con los americanos, vaya organización.

El caso es que quise tener un detalle con mi amiga y después de comer bajé a la calle a buscar uvas con el modo festivo activado. Decidí ponerme el abrigo rojo de lentejuelas que me había comprado para la ocasión (había que cumplir la tradición, en mi casa éramos de detalles rojos para esa noche y anillos de oro en las copas de cava... Como a 10 bajo cero era mejor no apostar por vestiditos de fiesta y me había llevado un abrigo como de domadora de circo que me había costado ocho eurazos en el Primark).

A Bego le dije que iba a buscarle una sorpresa y la dejé en el hotel haciendo Skype con su familia. Y me puse a andar... Y a andar... Y a seguir andando... Porque en Nueva York yo era la chica que más andaba del mundo con tal de no meterme en el metro y encontrarme una rata tamaño gato. Llámame loca, pero me daban repelús y ya había visto tres. Cuanto más lo evitase, mejor.

Por fin llegué a mi destino, que me habían indicado amablemente en recepción como posible lugar con uvas fuera de temporada: estaba en Columbus Circle, y no voy a negar que perdí un buen rato paseando entre tiendas. No esperaba un centro comercial tan grande y en el que hubiese de todo. Sin embargo, recordé que tenía un objetivo y busqué el supermercado que me habían recomendado en el hotel: se llamaba Whole Foods, estaba en el sótano y desde lejos ya se veía precioso, todo ordenadito. Casi me emociono nada más entrar al ver una fila repleta de aceitunas, como si llevase una vida fuera de casa y de pronto hubiese encontrado un hogar... Pero ¿cuánto me iba a costar ese hogar? Porque empezaba a intuir que si había tenido que recorrerme

un cuarto de Manhattan para llegar es porque esta comida tan sanita y cuqui cotizaba al alza.

Me obligué a cambiar el chip, y me pasé al otro extremo, porque así soy yo, de contrastes. Me dije que ya nos había salido gratis el viaje, que nos iban a regalar la cena de Nochevieja cuando en España lo mínimo que pagas son 60 euros por una crema de boletus, un solomillo frío y una bolsa de cotillón del Mercadona, al menos nos merecíamos un dispendio extra.

Recordemos que estaba en la época de merecerme todo, especialmente comida.

Así que cargué con unos buenos racimos de uvas, claro, pero también con aceitunas porque me habían hecho ojitos. Y con una ensalada, que echaba de menos comerla. También con una pasta rellena, que sabía que le gustaría a Bego, una *baguette*, porque en el hotel fijo que no nos ponían y mi madre me enseñó que todos los días hay que comer con pan para mantener la cordura, y me hice también con unas manzanas, unos plátanos y unas naranjas, porque nuestro cuerpo seguro que agradecía un poco de vitaminas para variar.

Me lo pusieron todo en unas bolsas de papel de esas altas que te tapan hasta los ojos y me dirigí a la caja sintiéndome más americana que nunca. El nombre ya lo tenía, solo me faltaba estar allí y empaparme de costumbres, así que se podría decir que se había obrado el milagro.

Lo que no calculé es que a lo mejor no era tan experta en comida dentro de bolsas de papel y me había pasado metiendo fruta en una de ellas, que estas no aguantaban el peso como lo hacían las de plástico de toda la vida. Si es que cuando en Europa hacemos las cosas, por algo será...

La bolsa se rompió y toda mi fruta salió rodando en mitad de la tienda. Decir que dejé en el suelo todo lo demás y me dispuse a recogerlo, sería quedarme escasa. Más bien, tiré el resto de mis pertenencias y me lancé a buscar frutas rodantes por el suelo, seguramente con la cara tan roja por la vergüenza como los tomates que estaban por allí expuestos.

En ese momento, un chico muy amable se acercó y recogió del suelo un par de manzanas que habían decidido irse de excursión más lejos de la cuenta. Solo lo vi de espaldas porque bastante tenía yo con intentar contener toda la fruta entre mis pechos y mis brazos para que no se cayese de nuevo.

Pero cuando se dio la vuelta y me miró... Oh. Dios. Mío.

Era mi sueño hecho realidad. Era un hombre americano americano de verdad, con su mandíbula cuadrada, su carita rosada, sus ojos claros y su pelo

castaño. Si no fuese porque era imposible habría jurado que se trataba de alguien que había unido las facciones de Brad Pitt con un Backstreet Boy, un ser tan auténtico que parecía salido del mismísimo Wisconsin.

Y su sonrisa, cuando la sacó a relucir, era perfecta. Al principio me dejó en *shock*, pero luego pensé que quizá se estaba riendo de mi desgracia y ese pensamiento me obligó a actuar rápido. Estaba dispuesta a escabullirme de allí cuanto antes.

En cambio, con esa sonrisa tan sincera y abierta, me dio mis manzanas y me dijo:

—Estas bolsas no están hechas para que compremos tanta fruta. Las patatas fritas pesan mucho menos y por eso comemos más...

Aproveché ese momento para, como si acabase de recibir un óscar, darle las gracias mentalmente a mi profesora de inglés del cole, que puso mucho empeño en que aprendiese algo, a mi madre por las clases extraescolares en el instituto, a las series que durante años me habían enganchado y tuve que ver en versión original para calmar mi adicción rápidamente, e incluso le di las gracias silenciosas a Penélope Cruz por habernos abierto el camino a todas las españolas que quisimos hacernos entender en América. A Adri le haría mucha ilusión que pensase en su musa a tantos kilómetros de distancia. Gracias, gracias a todas, porque había podido entender a este ángel caído del Whole Foods.

En cambio, ni todos los cursos ni todas las Penélopes del mundo me podían dotar de gracia si no la tenía, mucho menos hablando en otra lengua:

—Ya, ya lo he visto, ji, ji.

Una frase inolvidable, desde luego. Con semejante ocurrencia, y tras la vergüenza anterior, había llegado la hora de desaparecer del mapa pasando por caja.

—¿Necesitas más ayuda? —Por favor, la amabilidad de este hombre era extrema. Y sus ojos, dos lagos infinitos, de los de bañarse en verano y patinar sobre ellos en invierno.

—Hummm, no, no, muchas gracias, ¡ya me has ayudado mucho!

—En realidad, creo que ha sido una señal para que me acercase a ti.

Esto... ¿Qué?

—Perdona, ¿qué?

—Te había visto desde que compraste las aceitunas y me pareces preciosa.

*Beautiful* había dicho. *BEAUTIFUL*. «*You're beautiful in every single way*»,

decía Christina Aguilera. «*You're beautiful*», como cantaba el moñas de James Blunt. Pero dicho por él quedaba así como con un rollo casual-masculino-mono que me flipaba.

—Eh... Bueno, gracias.

—¿Querrías tener una cita conmigo?

Un momento. UN MOMENTO. ¿Había entendido bien o de pronto estaba yo confundiendo cosas? ¿Estaba viviendo la típica comedia romántica americana simplemente porque estaba en América y a lo mejor, A LO MEJOR, un americano auténtico me estaba pidiendo una cita después de que se me cayese la comida de la bolsa de papel? ¿Acaso esto iba a acabar con un encuentro en el Empire State? ¿Patinando en el Rockefeller? ¿Significaba esto que iba a ser yo Meg Ryan de pronto y nadie me había avisado?

Quizás en mi escala de locura estaba tocando niveles desconocidos si llevaba 10 segundos hablando con este hombre y ya estaba pensando en una boda en la Biblioteca Nacional, pero si esto no era el sueño americano, ¡nada más podía serlo!

Me puse tan nerviosa que seguí andando en dirección a la caja. Mi mente estaba registrando demasiados estímulos a la vez y de momento se había quedado con que debíamos desaparecer de allí. Por suerte el Backstreet Boy me había seguido. Se puso en la caja de al lado, supongo que para no agobiarme porque, según mi intuición, mi cara debía de estar ahora de color granate y le daría apuro hasta a él, pero desde ahí me estaba mirando porque, claro, yo no había contestado.

Me vi en la obligación de decir algo. De balbucear algo.

—Eh... Pues...

—Quiero decirte que es la primera vez que hago esto. ¡Lo juro! Pero creo que eres guapísima y solo con verte ya sé que eres una mujer divertida, perfecta para una cita.

Los cajeros nos miraban. Supongo que estaban acostumbrados a estas cosas. Al fin y al cabo, esto era Nueva York, meca de los encuentros románticos en el súper.

—Pero es que yo...

—Hagamos una cosa. Mañana a las seis estaré esperando en la puerta de tu edificio, si no vienes lo entenderé. Pero si decides aceptar... —Me guiñó un ojo, pagó lo que sea que estuviese comprando, un humus o algo así, y se fue por las escaleras mecánicas sin mirar atrás. Tan pichi.

Yo estaba muda.

La cajera me miró sonriendo y yo esperaba que me dijese: «¡Ve a por tu hombre, chica!», o ese tipo de cosas que se dicen en las películas. Eso o que apareciese Juan y Medio y me informase de que saldría en la próxima gala de «Inocente, inocente» porque lo que no podía ser es que fuese la vida real.



## Campana sobre campana

—¡Tía! ¡Te han hecho un *serendipity*!

Bego estaba alucinando tanto o más que yo. Si yo no hubiese estado allí me costaría creer que eso era real: ¿hola? ¿Estaba en Manhattan y había vivido un momento de peli romántica a lo Hugh Grant y Julia Roberts? Y lo más fuerte de todo: ¿me habían ofrecido una cita?

Yo, que pensaba que las citas eran un invento del cine también, ahora comprobaba que la gente podía pedir las en la vida real. Bueno, la gente no, los americanos. Si a mí me hacen esa misma escena en las cajas del Simply salgo corriendo sin mirar atrás. Así que, de nuevo, me había dejado cautivar por su marketing. Lo que no conseguiesen ellos...

Habíamos invertido parte de la tarde en flipar con la historia. De vez en cuando pusimos la tele a ver si nos interesaba alguno de los conciertos que había en Times Square, pero nada nos llamaba lo suficiente la atención como para que nos empujase a movernos de la cama y seguir comentando la jugada. A las 6 nos vestimos con nuestras mejores galas y a las 7 subieron la cena a la habitación: sorpresa, pollo rebozado. Y unas lentejas cocidas porque, según el camarero, el chef había oído que en Italia daban buena suerte. Pero llegaron así, cocidas y en montañita, ni chorizo ni nada. Desde luego, lo de la gastronomía no era el fuerte de esa ciudad... ¡Pero las historias de amor sí!

Las lentejas no trajeron sabor, desde luego, pero sí una revelación: cuando estaba intentando extraerles algo de jugo, Bego cayó en la cuenta:

—Hummm, América. Una cosa.

—Esto sabe a ASCO.

—Sí. Pero... Otra cosa.

—Dime. —Ya me estaba preocupando, se había puesto tan seria...

—¿Y si nos vamos a vivir juntas?

—Perfecto.

Así de fácil había sido. Entre amigas todo tenía que ser así, fácil, porque para complicarnos la vida ya estaban otras personas.

También es cierto que en los días anteriores Bego me había dicho que había visto el momento de independizarse, que tenía dinero ahorrado y su vida como artista de variedades en internet le daba dinero suficiente como para mantenerse y había dejado caer, como si alguna vez me olvidase, de que odiaba a Gloria, mi compañera.

Esto era el culmen de esa estrategia a medio plazo que se había marcado.

—Vale, yo busco piso. Otra cosa.

—Sí, que ojalá tuviésemos ketchup para echarle a esto.

—También. Pero una cosita más.

—Ah, sí. Cuéntame.

—¿Cómo va a encontrarte ese chico para recogerte para la cita?

—Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—Sí, mierda. ¿No le diste la dirección del hotel, así como por casualidad, no?

—Hummm, no.

—¿Ni tu nombre?

—Tampoco.

—¿Ni... Le dejaste un chicle pegado en el pelo así como para dejar tu ADN?

—Nada. NADA.

También hay que señalar que en el estado de *shock* en el que estaba yo cuando me encontré con ese tal chico era como para haber dado algún tipo de dato. Si lo único que emití fueron gruñidos.

—De todas formas, Bego... Da igual.

—¿Cómo?

—Primero, que creo que lo hizo para dejarme flipada, quizás un poco para reírse de mí. Y segundo... Aunque fuese verdad, no iba a ir.

—¿Quéeeeeeeeeee?

—¡Tía, puede ser un loco, un psicópata!

—¡Pero que fue monísimo!

—Me da igual. No tiene cómo encontrarme.

—Mira, no puedes cerrarte así, América. El amor ha llamado a tu puerta.

—El amor ha llamado demasiadas veces a mi puerta, Bego, y no porque sea esto Nueva York va a salir mejor. De hecho, puede que salga incluso peor, que

aquí tienen armas.

—Hija, qué negativa eres. Lo que yo digo es que no pierdes nada por asomarte mañana a la ventana. Si está, bajas. Si no, nos vamos a cenar al Carmine's ese que nos flipó el otro día y nos pedimos la bandeja de tres kilos de lasaña.

—Bueno, ya veremos...

Pensaréis que con esta conversación yo ya estaba convencida y no era así. También que Bego iba a dejarlo estar, pero eso denota que no nos habéis visto en modo cabezota a ambas.

Aguantamos hasta las 12 viendo reposiciones de «Friends»: parece mentira que en mi casa las campanadas casi nos pillasen a mitad de la cena y que aquí tuviésemos que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenernos despiertas, cenar a las 7 nos llevó a picotear todo tipo de guarradas del minibar todo el rato. Por fin, llegaron las 12 menos cuarto, nos pusimos nuestros abrigos elegantes y bajamos a la recepción. Al poco nos dejaron salir a la calle y empaparnos del ambiente...

¿Por qué no lo habíamos hecho antes? ¡Qué jaleo! ¡Qué maravilla!

Había miles de personas, muchísimo ruido, luces, se te erizaba el vello solo con estar allí, como si el propio ambiente fuese una masa que recorriese el espacio, se colase entre los edificios y entrase en cada uno de nosotros.

Pronto empezó a prepararse todo el mundo: nosotras repartimos nuestras uvas con algunos de nuestros compañeros de hotel, a los que les pareció muy gracioso, acostumbrados como estaban a hacer una cuenta atrás sin avituallamientos, y casi sin darnos cuenta, comenzó todo.

*Ten... Nine... Eight... Seven... Six... Five... Four... Three... Two... One...  
Happy New Year!!*

Me metí las dos uvas sobrantes en la boca a toda prisa mientras abrazaba a Bego y pensaba: este año, a ser feliz.

## Tía, me han hecho un *serendipity*

Eran las 5.30 de la tarde y la astuta de Bego me había arrastrado de vuelta al hotel. También es cierto que habíamos visitado la Estatua de la Libertad, la City, la Zona Cero y hasta Chinatown y Little Italy y estábamos muertas, así que en el fondo lo agradecí. Pero no pensaba ir a la cita. Es más, para dejarlo claro, nada más llegar a nuestra habitación me había puesto el pijama: si ese chico quería algo conmigo tendría que ver más allá de los dibujos de Winnie the Pooh (tenía más pijamas, pero claramente este era mi preferido).

Sin embargo, la curiosidad me pudo. Y a las 6 me asomé a la ventana... ¿Quién sabía? Imagínate que me asomo y está ahí, con un ramo de flores y una caja roja de bombones. O, mejor, con un cochazo de lujo, con su propio conductor, como Mr. Big, el de «Sexo en Nueva York», que me ofreciese unos Ferrero Rocher mientras yo, que soy muy graciosa, lo llamo Ambrosio sin que él entienda bien por qué.

Eso, si fuese a aparecer. Y yo a bajar.

Nada. No había nadie esperando, solo turistas intentando disfrutar de una ciudad que vivía uno de sus escasos días de letargo, el día de Año Nuevo.

Sentí un poco de decepción, pero aun así la historia sería lo suficientemente divertida y bonita como para contarla a la vuelta: «Chicos, no sabéis lo que me pasó con un loco el día de Nochevieja...» Eso, si las cosas se arreglaban, porque en el último mes los chicos no habían tenido tiempo para vernos, según ellos por los muchos compromisos sociales que surgen cerca de Navidad, pero Bego y yo pensábamos que nos daban esquinazo para que Miki y Tony viviesen su amor sin presiones. Nos daba pena, pero a tanta distancia pensábamos que precisamente lo que necesitaban era eso, distancia, y que se la íbamos a dar mientras la pidiesen.

Una lástima, porque ni ellos ni, desde luego, mis compañeros de trabajo

podrían escuchar la historia del loco del Whole Foods.

Puse en el móvil mi lista de canciones neoyorkinas, la que nos acompañaba cada vez que visitábamos un lugar emblemático, tal y como habíamos prometido, y me encerré en el baño: tenía que desmaquillarme y lavarme el pelo, por mucho que la pereza y el cansancio hiciesen mella.

Estaba restregando mi cara con un algodón empapado en desmaquillante cuando... Sí. Quizá leerás esto y pensarás que lo que ocurrió era de esperar, aunque reconozcamos que parecía improbable, pero hemos visto tantas historias improbables que quizá yo fui la única que, como siempre, no lo vi venir.

—¿Américaaaaaaaaaa? ¿Cómo es ese chicoooooo? ¿Es rubiooo? —La voz chillona de Bego se coló entre el estribillo de *Walk on the Wild Side* de Lou Reed. Apagué la música.

—Hummm, algo así, no sé. ¿Poooooor? —Seguía encerrada en el baño porque, lo juro sobre la *Cuore*, yo no esperaba en absoluto que hubiese venido.

—¡Porque creo que está aquíiiii!

Abrí la puerta. Qué frío hacía: Bego había abierto la ventana y se había descolgado por ella para ver mejor.

La aparté y, exacto: ahí estaba. Eh... ¿Qué hacía ahora? Tenía que cambiarme, y medio maquillarme. Tan convencida había estado de que ya no tenía plan esa noche que ahora era el Ecce Homo a medio hacer porque jamás de los jamases hubiese pensado que nadie hubiese sido capaz de encontrarme en una ciudad tan gigantesca sin saber nada de mí. En un pueblo todavía puedes preguntar y tirar del hilo. Pero... ¿Nueva York? ¿Cómo lo había hecho?

Qué miedo de Era de la Información, en serio. A saber cómo me había encontrado. Yo pasaba de esta historia, que mi madre siempre me había dicho: «Ten cuidado, que a veces pasan cosas.» Y esas cosas acababan saliendo en las películas de Antena 3 por la tarde, y mi madre asustada y así era el ciclo sin fin que lo envolvía todo.

—Es un loco. No voy a bajar. —Me senté sobre la cama, esto era una locura. Yo ya no hacía locuras. Bastante tenía con lo que tenía en casa, con lo que había pasado con Javi, con haber cambiado de trabajo porque me dio un impulso vital como para meterme en otra movida. A ver cómo le contaba esto a La Coach luego.

—Mira, pringada. Vas a bajar como que me llamo Begoña Carolina. Porque

como no bajas te juro que voy yo y le digo que suba, y que te pille con el pijama ese que a ver si tiras ya que tiene hasta agujeros, guapa. Tú sabes que en el Primark los tienen tirados de precio, ¿verdad?

—Pero es que yo...

—América, que no hay discusión. —Y, en realidad, pensé que La Coach seguramente me regañase por no tomar buenas decisiones para mí. Por haber seguido con esa filosofía de dejar que la vida me llevase en lugar de volver a coger yo las riendas.

Venga, vale, iba a ir. Que me asesinase en un callejón del Bronx si así estaba escrito.

Ay, pero qué agobio, porque esta conversación nos había llevado diez minutos por lo menos y ahora iba a ser demasiado tarde.

¡Y tenía que arreglarme!

—¡Pero que se va a ir! ¡No me va a dar tiempo!

Y acto seguido Bego tiró de mí para ponerme de pie y me empujó al baño. Dijo que me preparaba la ropa mientras yo me volvía a maquillar y me hacía algo en el pelo. «Desenrédalo, al menos.»

Al poco, me dejó unos pantalones negros, un jersey de rayas y hasta unos botines sobre el váter y desapareció cerrando la puerta. Me pareció oír otra puerta fuera y, efectivamente, cuando a los cinco minutos salí vestida del baño, había desaparecido.

¿No estaría...? Me asomé a la ventana: sí. Estaba. En pijama, con el abrigo encima y hablando con el Backstreet Boy. Gesticulando a tope para entenderse, de hecho. Cogí mi bolso, me puse un plumas porque el frío ese día se había vuelto importante y bajé a la calle.

Llegué a tiempo para oírlos reír y que Bego le dijese poniendo acento inglés pijo porque le habría encantado ser de la pandilla de «Gossip Girl»: «Oh, no te preocupes, ella también está loca, seguro que os enamoráis rápido...»

Como siempre, estaba tonteando, pero es que era algo que le salía innato y, en realidad, todos lo considerábamos parte de su encanto.

Me acerqué, miré a Bego con lo que quería que fuese una mirada asesina, lo miré a él un poco menos *asesinamente* porque no había confianza y pregunté:

—¿Cómo me has encontrado?

Él sonrió al verme, quizás había dudado de que fuese a bajar. Yo dudaba de eso y de todo lo demás. Dudaba incluso de que esto fuese verdad.

—Magia.

—Ya, magia. Ahora en serio... ¿Cómo...?

—Ay, qué pesada. —Era Bego, hablando en español, porque para regañar le iba más su lengua oficial—. Deja de hacer preguntas y ve. Si hasta a mí me parece mono, que sabes que siempre le pongo pegas a todos tus novios. Vete, que voy a llamar a los chicos, a ver si hay alguno despierto, y les cuento esto que es superfuerte. *Bye!* —Movi6 la manita hacia 6l y se volvi6.

Y se fue. Dej6ndome sola con un desconocido. Un posible terrorista. El hijo secreto de Brad Pitt, que venía dispuesto a asesinarme, pero que antes de liarse a descuartizarme lo primero que hizo fue mirarme y decirme: «Bueno, ¿vamos?», y se acerc6 a un coche y abri6 la puerta trasera para que nos sent6semos.

¿Qu6 era esto? ¿Qui6n era? ¿Tenía chófer? ¿Qu6 cojones había pasado que había pedido un deseo y había dado un vuelco a mi vida?

**Destino: *Love station***

Subí al coche porque soy una inconsciente y porque que hubiese montado ese numerito por mí me parecía tan incomprensible que sentí que merecía la pena convertirme en la protagonista de esa peli para ver qué pasaba después.

Además, si me asesinaba, cosa que tenía toda la pinta que iba a suceder, ¿qué más daba? Ya había descubierto el amor, ese amor profundo, sincero y sin fronteras, al poner un pie en Times Square. Me había enamorado de Nueva York.

Por mi parte, ya podía morir tranquila, quizá porque no me acordaba de que cuando este Uber se convirtiese en calabaza tendría que alejarme de mi ciudad-amor, que no sabía cuándo ni si volvería alguna vez y que en Madrid me esperaba un trabajo que me amargaba. Me esperaba mi vida real, que ahora pintaba bastante fea, la verdad, vista desde estas mágicas luces. De hecho, me esperaba a unas horas de distancia, lo que tardase en coger un avión y volver a tope de *jet lag*.

Pero no era momento de pensar en eso: me dejé llevar de nuevo por los colores, los juegos de sombras de la Gran Manzana, que se colaban por la ventanilla. Como hasta ahora solo había montado en metro, por ahorrar, verlo todo desde un coche se me hacía raro y excitante, como cuando puedes cruzar la Gran Vía en taxi y sientes que es otra distinta a la de siempre.

Lo sentí de veras durante un segundo por el chico que iba a mi lado, porque competir en cariño con lo que había despertado dentro de mí por esa ciudad era una tarea imposible. Aunque no era eso por lo que evitaba mirarlo a la cara: antes de que muriese (de morir de verdad) en un callejón a punta de pistola, de lo que me moría era de vergüenza.

El silencio se acomodó en el asiento central, entre nosotros, y pensé que si lo dejaba estar acabaría siendo uno de esos silencios insalvables: decidí que



era un buen momento para romper el hielo. Eso, y que él había carraspeado levemente, símbolo internacional para marcar el inicio de una conversación...

Solo que el carraspeo se le fue de las manos, o algo, porque acabó tosiendo fuerte, casi atragantado y algo rojo, y yo, en lugar de ayudarlo porque no sabía si el contacto físico estaba bien visto en este país y muy especialmente la galleta voladora que hay que dar en la espalda para mostrar ganas de ayudar aunque no sirva de nada, me puse a pensar: «Ay, pobre, a lo mejor tiene la gripe, o anginas, y a pesar de todo se ha presentado aquí, en plan hiperromántico, porque ligamos en un súper. Claro, es que con el frío que hace en esta ciudad de pronto, ya se podía haber abrigado un poco más, que parece él más turista que yo. Aunque la verdad es que va mono, eso no lo puedes negar, parece un poco salido de un catálogo del H&M... Oye, ¡a ver si va a ser modelo! No, tía, América, relaja, que solo es que le ha fusilado el *look* a Jon Kortajarena, que lo lleva todo como en los anuncios: vaqueros estrechos, jersey de lana crema como para irse a Austin a pasar el finde a casa de la familia y cazadora de... ¿Cuero? ¿Plasticuero? Habría que tocar para saberlo y NO lo vamos a hacer. Pues la verdad es que el jersey a lo mejor se queda hecho un cisco cuando me mate, como le salpique a ver cómo le quita la sangre luego...» Y ahí sonreí, no porque se le hubiese pasado la tos, que podría, sino por loca, y él me devolvió la sonrisa, el pobre creía que yo iba a iniciar algún tipo de conversación.

Alguien tenía que hacer algo, actuar: mi deber era ser simpática, porque tenía cara de buena persona, porque me había buscado aún no sabía cómo y porque cada vez que lo veía me lo imaginaba conjuntado con otros cuatro miembros de su *boyband*.

—Bueno... ¿Dispuesta a cenar conmigo?

—Eh... ¿Sí? —Di que sí, bonita, tú siempre tan locuaz. Quizás era el momento de abrirme un poco antes de que el Backstreet Boy pensase que esto de llevarme a cenar sin conocerme era una idea terrible—. Oye, ¿cómo me has encontrado?

Vale. Quizás esta no era la mejor forma de caer bien a alguien, pero necesitaba que me lo contase porque me había dejado estupefacta.

Podía haber pensado que soy una antipática, que no me importaba nada, pero lo que hizo fue reírse, reírse en plan de verdad, con carcajada natural.

—*Holy shit!* No te andas con rodeos, ¿no? Prometo contártelo en algún momento... Pero venga, sepamos más el uno del otro, ¿cómo te llamas?

Respondí sin dudar. Sin pestañear. Casi sin respirar.

—Ana, ¿y tú?

¿Qué? ¿Qué pasa? Cuando sales mucho por los bares madrileños aprendes a decir un nombre falso sin pensarlo. Incluso tienes una vida paralela en la que naciste en el sur, en la que, además, estudias Derecho, que esa de ahí no es tu amiga, sino tu novia y no, no aceptamos tríos, y hasta puedes recitar un número de teléfono curiosamente muy similar al tuyo pero al que le bailan un par de números. Hay que tener siempre un plan B bien estudiado.

Esto fue, en realidad, un acto reflejo, no sabía si quería darle mi nombre verdadero aún.

—OK... Ana. Yo soy Jack.

Y me alargó la mano para que se la estrechara. Y la mano era... Pues una mano normal, siento no poder decir que parecía una mano acostumbrada a trabajar la leña o esas cosas, lo que sí noté es que con este gesto me puse roja (en España esto se disimula muy bien dando dos besos al aire que, aunque parezca al contrario, es mucho menos íntimo) y además me entró un escalofrío. Todo eso con un apretón de manos, si esto iba a más quizás acabara con taquicardias.

Por suerte, a los pocos segundos el coche se detuvo, habíamos llegado al destino.

**«The citest», o sea, la cita más cita nunca conocida**

Al salir del coche, me sorprendí. Este era otro Nueva York: una calle estrecha que poco tenía que ver con las grandes avenidas que había visto hasta ahora. Era más bien oscura y no había hordas de gente: ¿acaso seguíamos en la misma ciudad o me había llevado al estado de Nueva Jersey? Por favor, ojalá estuviésemos en el paseo de Jersey Shore. Aunque no tenía pinta.

El local frente al que nos depositó el coche era, ya desde fuera, lo que cualquiera imaginaría para una cita de peli americana (sí, seguía empeñada en que era eso lo que estaba viviendo): un diminuto local acristalado con vidriera de color rojo y toldos azules. Se veían mesitas pequeñas, para dos, con una velita cada una y una iluminación tenue en la barra, al fondo. El típico sitio para que te pidieran matrimonio, vaya. ¿Por qué nadie lo exportaba a España? ¿Por qué, es que nadie tenía visión de negocio?

Entramos y un camarero de unos veintitantos nos llevó a nuestra mesa... ¡Porque había reservado! No se podía decir que no hubiese preparado esto a conciencia. Otra vez me puse en modo tímido porque, en fin, nadie se iba a poder creer todo esto cuando lo contase. Ni Bego iba a ser capaz de asimilarlo y eso que era mi testigo ocular.

Por suerte, Jack estaba ya más dicharachero, sin el conductor ni nadie de testigo, y cuando nos trajeron las cartas cogió la suya, aún cerrada, y la depositó sobre el plato:

—OK, ¿quieres jugar a un juego?

«Ahora es cuando coge el cuchillo de la mantequilla y me mata.»

Lo miré inquisitivamente. Esto podía ir solo mal o regular, según mi instinto... Aunque, mira, a la mierda, pues anda que no me había fallado veces.

—Vale. —Y cerré mi carta, la dejé sobre la suya. Sonreí, ya estaba metida en el juego y no sabía de qué iba.

—¡Bien! Chica aventurera. —Hizo un gesto al camarero y este se acercó—. ¡Hola! Hemos pensado una cosa: nosotros no nos conocemos de mucho más que lo que nos conoces tú, pero supongo... Que la carta te la conoces bien, ¿me equivoco? —El camarero asintió sonriendo, sin comprender, pero entregado a la causa porque supongo que todo americano lleva un *showman* en su interior. Fue un asentir sincero, y no como lo harían en un restaurante cuqui de Malasaña, donde estar llenos siempre supone un inconveniente y te atienden deseando que te vayas a tu casa cuanto antes—. Perfecto. Entonces, este es el reto: ¿por qué no nos traes los platos que crees que pudiesen encajar con nosotros? Así, sin conocernos.

El camarero ensanchó la sonrisa.

Yo puse los ojos como platos.

Me iban a traer cilantro. Seguro. Debo de tener cara de gustarme a tope el cilantro porque me lo ponen siempre, incluso cuando especifico que soy alérgica (mentira, solo lo odio, pero una no sabe ya qué hacer para evitarlo).

Si Nueva York estaba también en su Etapa Cilantrista estaba perdida, porque su presencia convierte en jabón cualquier plato, que nadie venga a negarlo ahora. Más nos valía volver a la Era del Pedro Ximénez... Fue larga, pero desde luego fue mucho más dulce.

El chico pareció pensárselo bien: ¿aceptaría el reto de Jack? Se plantearía, seguramente, que si no lo hacía no le iba a tocar propina. Poca broma con las propinas en Estados Unidos, solo digo eso.

Bueno, no, añado que lo sé porque me llevé los improperios de una camarera mexicana en un sitio al que fuimos a desayunar. Pensé que haber dejado un riñón por unos *bagels* (una especie de donuts de pan rellenos de cosas saladas) ya era suficiente para mi bolsillo, pero acabamos yéndonos con los *bagels* fríos y el café sin azúcar porque se negó a ponérselo. Difícilmente se hubiese conformado con las monedas de cobre que a veces dejamos los españoles en los bares a modo de vaciar el monedero y a la vez tener un detalle. Ahí lo aprendí, la propina es a los americanos como el pagar a un gorrilla cuando ha decidido que tienes el coche aparcado en «su zona», inevitable.

En fin, que el camarero parecía dispuesto a participar en la locura que se le había propuesto, porque asintió e iba a decir algo cuando lo interrumpí:

—¡Espera! ¡No digas nada! Que cada plato sea sorpresa... —Y en plan confidencia le dije a Jack—. Y así tendremos que adivinar por qué ha pensado

que esos platos nos encajaban, ¿no te parece?

Jack se rio, de nuevo con la risa más sincera del mundo, y le dio las cartas al chico, que nos guiñó un ojo cómplice.

Pronto nos trajeron un vino blanco que nos sirvieron en las copas: se ve que, de primeras, cara de abstemios no teníamos.

—Ajá, así que... ¿Bebes alcohol? —Lo dije alzando mi copa para brindar. El juegucito había conseguido resquebrajar el iceberg que suele separarte en un primer contacto. Parecía que ya no era tímida y que además me había leído el *Manual del Flirteo, Tomo I*, antes de venir.

Jack entró al trapo:

—Hummm. Y tú, ¿no tienes problemas para brindar con desconocidos? — Chocamos nuestras copas y bebimos.

Yo no apoyé la copa en la mesa antes de beber porque no sabía si él sabía lo del dicho y me daba palo.

Ya sabéis.

El dicho.

El que suelta siempre un cuñado. «Quien no apoya no...»

Bueno, pues eso, que no lo hice por si acaso se lo sabía, qué palo.

Tragué el vino, que estaba bueno, sin más, porque yo vengo de tierra de vinos y, en fin, Nueva York podía tenerlo todo, pero ni en eso ni en morcillas iba a estar a la altura, y seguí con el tonto:

—Bueno, a decir verdad, aún creo que puedes asesinarme en un callejón luego, pero llevo días comiendo hamburguesas y voy a disfrutar de esta comida elaborada mientras pueda. Si ha de ser con un desconocido, que así sea.

En ese momento se le torció el gesto:

—¿Qué? ¿Qué tienes en contra de las hamburguesas, símbolo de la hegemonía americana, icono de su poder, extendido por todo el mundo?

Eh... ¿Y este pirado? ¿Hablabas en serio? Porque lo parecía. Y también que no se había escuchado decir semejante gilipollez.

Debió de notar mi desconcierto en la cara porque me sonrió de medio lado. Vale, me había vacilado. Se ve que todo estadounidense lleva dentro también un actor consumado porque me lo había creído mogollón.

—¡Ja! Ahora en serio, te entiendo. Perfectamente, de hecho. A veces parece que es la única opción: burger, perrito caliente o pizza... No es fácil, y además es caro, encontrar una comida deliciosa en esta ciudad. De hecho, por eso el

destino nos llevó a encontrarnos en el Whole Foods, el único sitio con verduras que no van entre carne o pan.

—Hablando de eso. ¿Cómo...?

—¡Uuups! No podré responder a eso todavía.

Y apartó sus manos de la mesa en plan inocente, porque llegaba el primer plato: una bandeja con minibocadillos rellenos con una albóndiga cada uno.

Jack cogió uno y lo examinó detenidamente, como si se enfrentase a una joya rara o algo así. Emitió su veredicto:

—OK. Mi apuesta es que el camarero, en esta ocasión, ha querido hacer una referencia a *La Dama y el Vagabundo*, y como no tenían espaguetis... Ha traído lo que ha podido.

Yo cogí otro bocatita y lo imité haciendo un escrutinio. Puse mi cara de Sherlock Holmes, que quizá no estaba muy lograda, pero que pretendía decir: «Estoy a punto de llegar al quid de la cuestión.»

—O... Quizás... Ha pensado por mi acento que soy una princesa italiana cenando con un joven americano que desconoce mi identidad, que se enterará cuando aparezca el primer ministro de mi país y ha traído albóndigas porque tal vez echaba de menos mi hogar.

—¡Ah! ¡Interesante! —Tragó su primer bocado—. O, tal vez, es la especialidad de la casa, sin más. —Y señaló con la cabeza un cartel colgado justo detrás de mí que así lo decía.

Nos reímos como dos tontos y nos terminamos los minibocatas.

Sonreí.

Sonrió.

Volví a sonreír. Tuve un pequeño ataque de pánico.

«Que no se me haya quedado un *paluego*, que no se me haya quedado un *paluego*.» Si alguna vez se iba a cumplir mi don para conseguir cosas deseándolas, era El Momento.

Decidí hablar para dejar de lucir dentadura, por si acaso.

—Muy buenos, pero como los de mi madre... —Dios, cómo echaba de menos la comida de mi madre. Nunca más me negaría a que me hiciese lentejas. Nunca más rechazaría un tupper, por poco que me gustase su contenido.

—¿Quién? ¿La reina?

—¿Perdona?

—Bueno, si tú eres una princesa italiana, tu madre tendrá que ser la reina, ¿o

no funcionáis así en Europa?

—¡Aaaaaah! Ja, ja. No. Ni soy princesa, ni italiana.

—Lo sé.

—¡Oye! ¡Me ofendes! ¡Podría tener mi tiara guardada en el bolso! —Lo saqué para mostrar que era un bolso bastante grande. No se me había ocurrido tener una cita en Nueva York, así que solo había llevado cosas prácticas, nada de bolsitos tamaño cita.

—Bueno, yo solo digo que con tu amiga hablabas en español...

—¡Mierda! ¿Lo has entendido todo? —Y recopilé mentalmente las burradas que podíamos haber soltado en escasos minutos Bego y yo.

—No, ni una palabra. Pero aquí hay muchos latinos, es fácil reconocerlo. Solo sé decir: «Piso mojado.»

Ay, ¡pero qué mono! Había sonado más bien a «mohado», pero me encantaba. Y eso que simplemente había repetido el mensaje de unos carteles que se ponen en el metro y en sitios que están fregados y así. Un invento que, por cierto, de tenerlo mi madre, nos ahorraría muchos gritos en casa.

—Soy española, de una ciudad pequeña pero muy bonita, Burgos, aunque vivo en Madrid...

—*I love Madrid.*

—Eso se lo dirás a todas... —Creo que él no captó el chiste, pero yo me había sentido muy locuaz.

—No, en serio. Me encantan sus calles, sus edificios, ¡el Edificio España!

—¿El... cuál?

—El Edificio España. —Lo había dicho en español las dos veces. Y me derretía. Pero no entendía que me hablase de un edificio y no de Cristiano Ronaldo, como nos había pasado ya un par de veces durante el viaje.

—¿El de plaza de España? —Asintió—. ¿Por? ¿Qué tiene?

—¿No te has fijado nunca? Es realmente bonito. Tiene un diseño increíble, con su distribución, que parece totalmente blablablá. —No es que no estuviese escuchando, lo juro, lo estaba mirando atentamente y hasta intentando leer sus labios, por cierto, qué carnosos, diosito mío, no al nivel de Angelina Jolie, pero... En fin, que no estaba entendiendo muy bien lo que me quería decir. Alerta: problemas de traducción al acecho. Capté al vuelo lo siguiente—: ¡Y piscina! Y las terrazas y... Bueno, es que soy arquitecto, te aviso antes de empezar a aburrirte.

Por primera vez lo vi perder algo de confianza en sí mismo. Como si le

diese vergüenza su profesión.

En cambio, yo...

—¡Hala! ¡Arquitecto! Entonces te pasarás el día mirando al cielo, con todo lo que hay aquí... ¡Esto sí que es increíble!

—Bueno, un poco sí. En realidad, no todo el mundo se fija en el entorno, pero... —Parecía cortado. Y me gustaba. Era un poco menos preparado que todo lo anterior.

Aunque también me había encantado la preparación y la cita de novela, la vida real también tiene su encanto.

—Pero... ¿Qué?

—Yo... Creo que una vez que aprendes a mirarlo desde otro punto de vista, no puedes dejar de verlo así. Es como... Este restaurante: es precioso —otra vez ese *beautiful* que sonaba perfecto en su boca—, pero es que además forma parte de una estampa. Es un elemento de esta calle, y luego te alejas un poco y es este barrio que es, sencillamente, increíble. Te alejas un poquito más y es esta ciudad de cine... Y el restaurante sigue ahí, pero es una pieza de ese algo más grande.

Yo, que me meto rápidamente en una historia si presto la suficiente atención, ya me había puesto en plan místico. Me había convencido.

—Y tan de cine. Es todo tan... No sé, de película.

Suerte que en ese momento llegaron nuestros platos, porque estaba a punto de confesar que desde que lo había conocido, Nueva York se había convertido, sin anunciarse, en el escenario real de nuestra película romántica.

Si me llegan a dejar un poco más, le confieso que estaba empezando a sentir una conexión entre nosotros. Porque yo, aprender, lo que se dice aprender de los errores, nunca lo he llevado muy bien...



## La Cenicienta del ketchup

Los platos estaban en la mesa. Qué cuadro. Miramos hacia ellos... Y ambos sonreímos a la vez. A mí me había tocado risotto.

—Me ha calado. Sabe que soy italiana... Está clarísimo ahora.

—Sí, a mí también me ha conocido al minuto. Por eso me ha tocado... ¡Hamburguesa! ¡Qué suerte! Y yo esperando comer sano y rico por una vez. Al menos no te ha tocado a ti...

—Pues sí. Especialmente porque te la hubiese cambiado. ¿Sabes qué? Conocí a un chico que me dijo una vez que nunca deberías pedirte una hamburguesa en una primera cita.

Cómo era la vida. Pensar en Javi estando en Nueva York y con Jack delante ni me dolía. No era nada. No era nadie.

—Nena, soy de Tejas: ahí aprendemos a comer esto antes de gatear. —Me guiñó un ojo, en plan divertido—. Entonces, por lo que decías antes, ¿te gusta el cine?

—¡Sí! Bueno, no pensaba que tanto hasta que llegué aquí. Mi amiga insistió en que deberíamos ver la ciudad como si fuésemos a vivir nuestra propia peli y ha sido muy divertido.

—Lo entiendo. Yo crecí viendo series de Nueva York y al llegar aquí no dejaba de mirarlo todo con la boca abierta.

—¡Ay, yo también! ¡Sabía que me gustaría mucho antes de llegar aquí! Bueno, de hecho, lo confieso: a veces he pensado que me hice periodista para ser como Carrie Bradshaw, pero...

Puso cara de sorpresa, aunque yo ya me había acostumbrado a que la gente no viese en mí a una reportera de guerra, porque no lo era.

—¿Eres periodista? —Podía ver en su cara que no le encajaban las historias trepidantes con mi pinta tan normal.

—Hummm, sí, algo así. Aunque... Ahora trabajo de otra cosa que es bastante aburrida y de la que preferiría no hablar porque esto iba fenomenal hasta ahora. ¿Qué tal está tu hamburguesa?

—Súper. —Y le dio un bocado como los que da Brad Pitt en sus películas. Un poco salvaje y sexy. Sí se deberían pedir hamburguesas en la primera cita si uno se pone así de guapo...

Antes de caer en un silencio que no quería, volví a retomar la conversación.

—Y, ¿qué series veías tú sobre Nueva York?

—Bueno, ya sabes, tampoco era nada muy realista: «Seinfeld», «Friends»...

—¡«Friends» es mi favorita!

—¿En serio? —Le hizo especial ilusión, lo noté en sus ojos, que acompañaban a su sonrisa.

No sé por qué, me pareció una buena idea cantar delante de un casi desconocido.

—*Smelly cat, smelly cat...*

Vale, América, deja el vino. Me estaba mirando medio restaurante, aunque muchos sonreían, quizá me notaban achispada, quizá les hacía gracia oírme desafinar.

A Jack, en cambio, le había encantado: no se le iba la sonrisa. Compartir serie une mucho...

—Oye, ¿y qué es lo que te separa de ser Carrie Bradshaw?

—¡Puf! Tantas cosas... Vive en una casa increíble, de la que ya se sale con *glamour*, es rica, trabaja poquísimo, se pone lo que le da la gana y encima le dicen que va divina... Por mucho que me comprase una falda con tutú y unos Manolos no iba a ser igual. Es una pena, pero ni «Friends» ni Carrie existen en la realidad. Hay que asumirlo.

Jack pareció pensárselo. En mi cabeza todo lo que había dicho tenía lógica, pero a saber cómo iba mi inglés a estas alturas. Había perdido la cuenta de los vinos que llevaba encima.

Malo. Peligro.

Alguien se acercó a la mesa. Era el camarero:

—¿Han sido acertadas las elecciones?

Ambos respondimos a la vez:

—Perfectas.

Decidimos no tomar postre. A mí, de pronto, se me había hecho un nudo en el estómago: esto se acababa.

Quizá pidiendo un tiramisú mi cena italiana hubiese sido redonda, e incluso hubiese alargado ese momento unos minutos más, pero empezaba a estar triste porque había sido perfecto y tenía una tendencia autodestructiva: siempre estropeaba el presente por anticiparme al futuro.

Pero es que, esta vez, cuando diesen las doce me iba a convertir en la Cenicienta del ketchup otra vez.

## Más sorpresas

Salimos del restaurante, que debía de estar caldeado porque el golpe de frío en la calle fue casi como una bofetada. Jack había insistido en pagar y yo me había negado, pero poco, porque desconocía si en Estados Unidos era de mala educación discutir por ser el que paga y sobre todo, y muy especialmente, la cena debía de haber costado una pasta.

Ya se la devolvería... ¿Cuándo? Uy, mejor no pensar en esto.

Nos paramos junto a un banquito de madera que había en la puerta del restaurante, quizás el plan acababa ahí.

Jack sacó su móvil y pensé que quizá quería un *selfie* de recuerdo o, peor, que ya iba a pedir un taxi. Se me encogió un poquito el estómago. No quería que se me notara la decepción, así que me obligué a no mirarlo: me fijé y anoté mentalmente el nombre del restaurante, The Little Owl para poder contárselo con detalles a Bego y también para poder localizarlo después en el mapa, porque esa zona no me sonaba de nada y era preciosa.

Nos íbamos en unas horas, pero, oye, tendríamos que visitarla seguro cuando volviésemos alguna vez...

Cuando pareció que había acabado con su móvil, Jack me miró sonriendo. Backstreet Boy achispado a la de tres, dos...

—Tengo dos sorpresas para ti.

¿Qué?

—Dos sorpresas... ¿Más?

—Exacto. Allá va la primera... —Me agarró del brazo y anduvimos unos cincuenta metros, dejando atrás el precioso restaurante. Adiós, pequeño búho —. Aquí es. Como te he dicho antes, creo que a veces no vemos una estampa, nos quedamos en lo pequeñito sin ver más allá, que formamos parte de un todo. Pero, y esta es mi teoría, una vez que lo sabes, caes en la cuenta, ya no

puedes verlo de otra forma. Date la vuelta. Ahí es donde hemos cenado...

Encendió una música en el móvil, una muy familiar. Até cabos.

—¡Es el edificio de «Friends»!

Lo miré con la boca abierta. Sonaba la banda sonora de la serie. Y el restaurante estaba en el bajo de lo que era, claramente, el edificio en el que vivían Monica, Rachel, Joey y Chandler. Parecía que estaba en un truco de magia, ¡no era posible!

—Pero ¿cómo podías saber...?

—Pues... No lo sabía. Quise venir porque el sitio me pareció perfecto para una bonita cena, pero no sabía que te gustarían los mismos programas que a mí. Es la verdad. A mí me hacía ilusión y te lo iba a enseñar sin ningún artificio ni nada al salir. Pero ha resultado que eras perfecta y que el destino quería que a ti también te gustase la serie. Yo también estoy alucinando... Y ahora, ¡vamos a por la segunda sorpresa!

Asentí con la cabeza. No sé si era el frío o los nervios, pero esto era demasiado. ¿Por qué me pasaba esto a mí? Esto, que era bueno. ¿A mí?

Volvimos a andar, esta vez sí que sí nos alejábamos. Sentía que no quería irme de allí, ahora que lo sabía, pero a la vez me aguardaba una sorpresa más. ¿Qué podía ser?

¿Y si era un beso? No, si fuese un beso habría sido ahí, no podía ser en otro sitio. Era, desde ya, mi lugar favorito del mundo. No quería enamorarme tan rápido, pero... Joder, otros se habían llevado mi cariño por mucho menos y en menos tiempo.

No dejé de comentar, a mi paso, lo chulo que me parecía todo, lo increíble que había sido ver el edificio de «Friends», lo real que me parecía ahora todo. No dejé de darle la brasa y Jack sonreía, supongo que dejándome explotar de emoción. Ay, pero ¿qué me aguardaba después?

¿Y si ahora era cuando me mataba? Pues mira, de perdidos al río. En ese momento me habría fiado ciegamente de él. Podría haber comido cilantro por él, incluso. Y eso no lo había conseguido ni mi amigo Adri, que había intentado colármela varias veces. Si se enteraba de que había pensado esto con un chico que hacía solo unas horas que conocía me dejaba de hablar una semana. Ay, cómo hubiesen disfrutado los chicos este viaje, todo esto... Ojalá hubiese sido una peli de verdad y alguien lo hubiese grabado para que lo

viésemos y comentásemos en casa de Miki todos juntos. Bueno, de Miki y Tony, que cada vez estaban más juntitos.

Ay, ahora me alegraba. Que se quisiera todo el mundo, ¡que viva el amor!

Estos pensamientos eran, en parte, borrachera de verdad y borrachera de Nueva York: ese barrio era precioso, precioso, precioso. Jack no dejaba de sonreír con mis incoherencias que creo que ahora empezaban a salir en *spanglish*.

Al volver una esquina, nos detuvimos.

Me miró muy serio.

Le miré muy seria, pero se me escapó una risa nerviosa.

Iba a ser ahora, ¿verdad? ¿Me iba a besar? ¿Podía, por favor, empezar a nevar para hacer de este el beso más increíble de la historia?

Pero no se acercó con los ojos cerrados, no iba a ir de ese palo esto. Pues vaya.

—Ana.

Estaba distraída, pensaba que se había equivocado. Tardé unos segundos en cambiar de cara, como si fuese mi nombre.

—Esto tampoco estaba planeado. Pero quiero que sepas que lo que te separa de Carrie Bradshaw es muy poco. De hecho... Ahí, ¿ves unas escaleras con una cadena impidiendo el paso? Puedes saltártela si quieres, no se lo diré a nadie. Puedes bajar como si fuese tu casa.

—Pero... No entiendo.

—Fíjate bien, ¿te imaginas bajando, con tus Manolos, yendo corriendo a trabajar de periodista y cobrando mucho dinero?

—Pero ¿es su casa?

—¡Sí!

—No.

—¡Sí!

—No...

—Sí.

—¿No?

—Sí...

—¡Nooo!

Y eché a correr, porque no podía creerlo. ¿Acaso estábamos en Disneyland? ¿Era esto un plató de televisión? ¿Desde cuándo las distancias eran tan cortas en Nueva York? Más tarde descubrí, gracias a internet, bendito wifi del hotel,

que en esa zona todo estaba más cerca que en el resto de la ciudad, y que incluso me podría haber comprado uno de los famosos *cupcakes* de Magnolia Bakery, que también salían en «Sexo en Nueva York», porque era otra de las muchas atracciones de la zona, el West Village, el lugar donde los sueños se hacen realidad.

Jack me hizo una foto bajando las escaleras, y realmente, lo juro, sentí que podía ser Carrie Bradshaw si quería. Allí, desde luego, parecía de lo más fácil.

¡Eso era! ¿Y si escribía columnas como ella? Lo haría en internet, seguro que Bego sabía cómo empezar sin gastarme pasta en una web, y quizás alguna persona me leyese, y yo le haría sonreír con mis ocurrencias, cumpliría con eso de hacer feliz a la gente y, quizá, con algo de suerte, mi nombre empezase a sonarle a alguien y ya no sería tan difícil encontrar trabajo... ¡Podía ser Carrie en mis ratos libres!

Es increíble cómo un pensamiento fugaz puede cambiarte la vida en un segundo. Y todo gracias a un casi desconocido...

Tan fugaz como esa felicidad, llegó la pena. Cuando bajé la escalera, suspiré. «Ahora sí que sí», pensé. Ahora se acaba el sueño.

Pero al sueño le esperaba otra sorpresa. Sin nieve. Sin ser, afortunadamente, Mr. Big, que no era para nada mi tipo (y más desde que lo vi en *The Good Wife*). Se acercó a mí y me besó. Primero con la descoordinación típica de un primer beso, pero luego como si sus labios y los míos se conociesen de toda la vida. Eran suaves y a mí no solo me entró un escalofrío, sino un temblor en la pierna.

Después de lo que fueron minutos, creo, paramos. Y nos miramos sonriendo, en plan: «¿Qué ha pasado aquí?»

Empecé a hablar porque me daba vergüenza seguir besándolo:

—Yo... Esto ha sido todo increíble. No sé de dónde sales, ni cómo me encontraste; que, por cierto, podrías contármelo ya, pero estoy alucinando. ¿Eres de verdad?

—Tan de verdad como tú. No quiero que pienses que esto lo hago con cualquiera: me gustaste, vi algo en ti, no lo sé, y no me equivocaba. Desde mi punto de vista, ha sido cuestión de magia que todo fuese perfecto.

Y se me acabaron las palabras, no sabía qué decir por si la cagaba. O por si, además de cagarla, me acababa enamorando. ¿De qué iba a ir esto? ¿Me había besado con un tío de Nueva York y mañana me iba a Madrid? ¿Y si no volvía a

casa y me quedaba con él viviendo en la casa de Carrie Bradshaw? Me reí ante mi ocurrencia, y Jack se rio también, digo yo que lo hizo porque estábamos en la misma onda aunque yo estuviese pensando en tonterías locas de las mías.

Me abrazó por el hombro, gesto que agradecí porque no nevaba, pero hacía un frío siberiano, y soy de Burgos, puedo aguantar mucho frío, pero este era especial.

—Creo, señora princesa italiana, que debería devolverla a su palacio.

—Sí... —contesté abatida. Me daba pena, pero yo no quería ir a más. Bueno, quería y no quería. Pero no debía, y no podíamos quedarnos eternamente en esta calle, aunque hubiese sido ideal.

Anduvimos unos metros más, agarrados como si fuésemos una pareja de verdad, y llegamos a una calle algo más ancha, donde pudimos parar un taxi. Jack se montó conmigo.

De nuevo, el silencio. Pero esta vez era especial. Él había puesto su mano calentita sobre la mía y yo sonreía como una imbécil mirando por la ventana. Qué fuerte. Qué fuerte, la vida.

Mi hotel estaba, de pronto, más cerca que en el camino de ida. ¡Pero si solo habían pasado unos microsegundos! Bueno, supongo que había pasado el mismo tiempo, pero mi manera de medirlo había variado en unas horas.

Me bajé del taxi y Jack, tras pagar la carrera (ojo lo que le estaba costando la noche, no podía evitar pensarlo porque hasta ahora solo había dado con hombres que disimuladamente miraban la pela), se bajó conmigo. Estábamos en la puerta, cogidos por las dos manos, mirándonos. Si Bego estaba asomada a la ventana me iba a morir de vergüenza. Pero ojalá estuviese mirando y flipando, la verdad.

Fue Jack el que inició la despedida.

—No quiero que esto acabe.

—Yo tampoco.

—Pero tengo que dejarte antes de que venga a buscarte el primer ministro.

—O la reina.

—O la reina.

—¿Esto acaba para siempre? —Estaba un poco en mi papel de princesa Disney, pero la inquietud era verdadera.

—¿Quieres tú que acabe para siempre?

—No quiero. Me cuesta creer que sea verdad. Me va a costar demostrar que



es verdad y si...

—No digas una palabra más. Yo quiero verte. Tú quieres verme. Pronto sabrás de mí.

Y entonces, como si fuese el Zorro, me puso una nota sobre la mano, me dio un beso fugaz en los labios y se marchó corriendo. Tanto, que no me dio tiempo a reaccionar. Ni a pensar. Entré sonriendo en el hotel, confiaba en él, ya me había encontrado una vez. Abrí la nota, estaba segura de que ahí pondría su teléfono, o algo. «Tenías colgando una etiqueta con el nombre de tu hotel.»

Así me había encontrado. Claro.

Idiota.

Me monté en el ascensor, seguía sonriendo... Pero menos. Me iba mañana. Y le había dado mi nombre falso. Salí al pasillo. Y no sabía ni su apellido. Mierda.

Toc, toc, toc.

—Begoña, abre.

## Amarga palmera de chocolate

Estaba lista para mi tercera sesión con La Coach y deseando contarle mi vida. Quería que sintiese lástima por mí y que se diese cuenta de que no había nada que me pudiese decir para animarme: mi vida era una mierda como una casa. Tamaño mansión, si precisamos un poquito. Seguro que se le quitaban las ganas de tratarme más.

Según me dirigía hacia la calle Barquillo, que es donde habíamos quedado ante la imposibilidad de vernos en el Retiro y por variar de sitio, me eché a reír, como si tuviese alguna gana. Lo que me hizo mucha gracia fue pensar que evitaría ir a contárselo si tuviese lugar una catástrofe natural.

Un tsunami, en Madrid, que me arrastrase hasta Biarritz. El Manzanares desbordado de pronto, anunciándole a su ciudad que está aquí para arruinar sus vidas después de haberlo tenido marginado tantos años. Yo pasando por mi casa subida en una ola diciéndole a mi madre que no se preocupase, que cuando pasase por Donostia compraría *pintxos*. Y acabando mi aventura en una playa, tirada cual náufraga, lamentándome de mi propia suerte.

Parecía improbable, pero con esa lluvia incesante, que llevaba instalada dos semanas, quién podía poner la mano en el fuego. El próximo que me hablase de sequía se iba a ir comiendo una a una las letritas: la s, la e, la q, que debe de ser complicadita de tragar, y así.

Tenía la imaginación desbordándome esos días. A falta de otra cosa...

Esta vez nos íbamos a ver en el Rocafría. Fue idea mía, porque me apetecía una palmera de chocolate. Fui directamente andando, sin paraguas, porque no tenía, porque no me gustan y porque llegar empapada me parecía un castigo que merecía, a saber por qué. Estaba en una etapa en la que me autoinfligía pequeños maltratitos como mojarme u obligarme a cenar coles de Bruselas aunque las odie porque, esto es una realidad, saben a tierra que te pasas.

Cualquier día me compraba cilantro para aderezar todos mis platos...

Ay, cilantro. Ahora le tenía algo de cariño porque me recordaba a la última vez que cené fuera y temí que me envenenasen la comida. Jack. Punzada.

Llegué antes que La Coach a la sesión, así que amenicé la espera con un té y mi ansiada palmera. Qué buena estaba. Me iba a sentar fatal al estómago, porque era gigante, pero la había deseado durante días. Así que una de cal y una de arena: mal trago con La Coach, celebración en formato hojaldre de que esto, por fin, se acababa. Porque ella no podía arreglarme.

Ella llegó seca: claro, tenía un paraguas elegante, de los grandes con mango redondeadito. De pronto pensé que se asemejaba a Mary Poppins.

Según entró al local y me sonrió tiernamente, lo supe: lo sabía todo. Iba a matar a Adrián por chivarse. Mejor, iba a rayar todos sus DVD de Almodóvar e iba a esparcirlos por su casa dejando una nota: «El cine español, otra vez por los suelos.»

La Coach se sentó a la mesa y dijo, con modo solemne, pero transmitiendo todo:

—Hola.

Tragué saliva. No funcionó. Se me inundaron los ojos. Con un bollo delicioso delante y sin poder saborearlo. La vida era injusta.

Por suerte estábamos cerca y pudo acariciarme el brazo. No sé qué tenían sus manos, pero me calmaban bastante. Las apartó para recoger el café que le traían a la mesa y rápidamente volvió a darme un apretoncito en el brazo.

—Sé por lo que estás pasando. Pero quiero que me lo cuentes tú. Esas lágrimas que te impiden hablar, ¿qué las provoca?

—Todo...

Joder. Era difícil explicarlo.

La vuelta de Nueva York había sido durísima. Sabía que la realidad era muy distinta, y de vacaciones todo parece mejor, pero esto había superado todos los niveles. Pensaba que volvería a un trabajo que odiaba, y estaba hasta dispuesta a asumirlo. Pero cuando llevaba tres días en la oficina, mi jefe me llevó a una sala (temprano, nada de hacerme esperar hasta media tarde) y me anunció que la agencia había perdido la cuenta del ketchup. Por tanto, sobraba.

Despedida.

De un trabajo que odiaba.

Era la primera vez que me echaban de un trabajo y, de nuevo, mi corazón se resquebrajó un poquito. Era un fracaso, aunque yo no tenía «nada que ver, no

es nada personal», se apresuró en explicarme. Al parecer, en publicidad se renegocia cada año el contrato entre cliente y agencia y no habían llegado a un acuerdo. Otro se lo había llevado y, bueno, yo prácticamente acababa de llegar y no llevaba más marcas, así que...

Salí, recogí mi bolso como quien se baja a por café y me fui. La idea era para no volver, pero tenía que pasar por Recursos Humanos para firmar mi finiquito. Así que me fui al bar de la esquina de la calle, me comí un pincho de tortilla, me bebí un vermú (eran las once de la mañana, casi mediodía, técnicamente, y me acababan de despedir), subí a Recursos Humanos, no puse ninguna pega y ya definitivamente me fui sin decir adiós a nadie.

Todos me odiaban y yo, en el fondo, lo que sentía era una pena muy grande por no haber encajado.

Me fui a casa y volví a sumirme en una pequeña etapa de oscuridad: dormí horas y horas, cené a base de carbohidratos, volví a dormir, y dormir, y dormir. Así aguanté tres días, contestando con emojis a mis amigos, dando a entender que seguía viva sin que se diesen cuenta de que estaba pasando por un infierno.

Al final, llamé a Begoña y se lo conté llorando. Me dijo que era lo mejor que me podía pasar y yo no me lo creí. Colgamos, y a los veinte minutos empecé a recibir mensajes de ánimo de los chicos. Por segunda vez en unos meses, se presentaron en casa con cena para todos: un cargamento de comida china, porque si un rollito de primavera no tiene el nombre más positivo de la Historia, ¿qué si no?

Se quejaron muchísimo de lo que costaba subir a mi casa e intentaron animarme, pero... ¿Quién puede recuperarse de esto? Mi corazón estaba hecho de trozos pequeñitos, como cuando se rompe la luna del cristal de un coche. Irrecuperable, mejor cambiarlo. ¿Harán trasplantes de corazones rotos? Si es así, ¿quién? ¿Una curandera?

De nuevo, no confiaba en que La Coach fuese a ser la solución, pero Toni no solo me obligó esa noche a cerrar mi siguiente sesión con ella, es que directamente escribió él el mensaje desde mi móvil. Dijo que peor fue cuando Casillas tuvo que currar durante mucho tiempo con Mourinho y que esto eran niñerías. Nadie pilló la similitud y, entretanto, La Coach confirmó una cita a la que yo no me había apuntado.

Y ahora, aquí estaba, con la palmera mirándome, La Coach mirándome y hasta el camarero mirándome porque menudo espectáculo estaba dando, otra

vez.

Se lo había contado todo así: desde mi punto de vista porque no conocía otro, y ella había tomado nota de algunas cosas. Por fin tomé aire para respirar, sentía que esto era el Día de la Marmota y que me iba a pasar la vida perdida en este bucle.

Ella parecía estar leyéndome el pensamiento porque me hizo la pregunta que nadie se había atrevido a hacerme hasta entonces (para eso le pagaban, supongo).

—Y, ¿qué piensas hacer ahora?

No tuve que pensarlo mucho:

—No lo sé.

Pero ¿creéis que me iba a librar con semejante respuesta?

Su trabajo, de nuevo, era insistir.

—Piénsalo.

—Es que no lo sé.

—No tengo prisa, tómate unos minutos para pensarlo.

—Pero es que...

Y alzó la ceja. Creo que no quería que replicase más.

Puse cara de pensar.

Pero yo no sabía exactamente qué quería de mí. No tenía un plan. Había intentado buscar trabajo de periodista y a nadie le importaba, nadie me conocía, ¿cómo iban a darme trabajo si mi nombre solo era famoso en mi casa?

Dejé pasar un tiempo prudencial que invertí en compadecerme y comencé:

—Es que es complicado. He intentado enviar currí...

—OK. Entiendo. Lo primero, ¿qué objetivo te marcaste en tu última sesión?

—Hummm.

—¿Algo de hacer feliz a los demás?

—Ya, pero...

—¿Era eso? —Menuda mandona la tía. Me estaba atosigando, qué agobio.

—Sí.

—¿Y especificaba eso cómo ibas a hacerlo?

—No.

—¿Has pensado sobre ello?

—La verdad es que no.

—Ajá.

Me había pillado. Pero es que habían pasado tantas cosas... Nueva York. Jack. JACK. Ay. *Jet lag*. Despido. No Jack. Nada Jack.

Intenté evitar a Jack por el momento de mis pensamientos. La realidad era esta: me habían despedido, estaba perdida, necesitaba ayuda de La Coach como el comer, para qué negarlo más. Y esto estaba yendo regular porque ella no conseguía sacarme de mi concha.

Inspiré profundo a ver si el oxígeno me daba la fuerza que necesitaba. No funcionó demasiado, he de decir.

La Coach seguía en modo operativo.

—Vamos a hacer una cosa: vas a tener en mente eso que hablamos. Tu objetivo. Y vas a pensar en ello a todas horas. Cuando te levantes. Cuando te estés duchando. Cuando vayas por la calle. Y cuando tengas algo, una idea, varias o simplemente algo parecido a un pensamiento... Cerramos nuestra siguiente cita. ¿Estamos?

Asentí. La gente me mangoneaba siempre, pero esta vez era por mi bien.

—OK. Y entretanto... Márcate un objetivo a corto plazo.

—Vale.

—¿Qué es lo primero que crees que deberías hacer?

—Algo. No sé. Algo. No quiero acostarme cada noche porque me voy a dormir sin tener nada que hacer la mañana siguiente.

—OK. ¿Y qué quieres hacer?

—Supongo...

—¿Supones?

—No. Lo sé. Tengo que contárselo a mis padres.

—Y ¿para qué no lo has hecho antes?

—Porque no quería...

—¿Para qué? —Nunca podría ser amiga de esta mujer. No nos entendíamos. Hola, no entiendo tu idioma.

—Para no darles otro disgusto.

—¿Y eso es sostenible?

—Hummm. La verdad es que no.

—¿Entonces?

—Pues entonces se lo voy a contar. Iré a casa y se lo diré.

—Bien, ¡eso es un objetivo!

Me preguntó si tenía alguna meta más que marcarme, pero no la había. Además, estaba agotada nuevamente de la sesión, que terminamos pronto.

Invité a la merienda, a cambio del espectáculo que había ofrecido.

Salí a la calle y di un rodeo por la calle Barquillo y Fernando VII, cotilleando escaparates de tiendas, pastelerías y demás, con tal de no encerrarme de nuevo en casa. Cuando ya subía por Tribunal, camino a casa, mi móvil vibró. Pensé que sería mi madre haciéndome la llamada de rigor y pensé que era un buen momento para contarles la verdad, porque además de todo, no tenía paro, e iba a necesitar su ayuda si quería seguir viviendo en Madrid (y quería).

Saqué el teléfono del bolsillo y vi que no era una llamada: eran unos mensajes... Javi. Sí, el odioso Javi.

## Del adonis al cerdo ibérico

En la montaña rusa en que se había convertido mi cabeza, pasaba por diferentes etapas.

A ratos, pensaba: «Ojalá volviese a agosto, cuando era feliz dentro de mi precariedad laboral. Todo era rutina y Javi no se había convertido en mi archienemigo.»

Pero también me rondaba por la cabeza la idea de que, entonces, nunca habría conocido a Jack. En la radio nunca me hubiesen dado vacaciones para irme a Nueva York (lo mío era cubrir las de los demás, no cogérmelas) y así nunca habría acabado tirando la compra por el Whole Foods y cenando en el edificio de «Friends».

Claro que, ahora, no tenía ni el trabajo que tanto había odiado y encima Jack, en la realidad, no existía.

Había desaparecido en pleno Times Square y nunca más volví a saber de él. Nada. Había prometido encontrarme, pero yo soy muy lista y le había dado un nombre falso... Creyendo, todo el rato, que a pesar de eso sería capaz de localizarme.

Lo había hecho una vez, ¿por qué no dos?

Pues porque no, América, porque por una vez te habías hecho la difícil y había salido mal. Jack, o no me había encontrado, o había desaparecido de forma voluntaria. Esta última opción intentaba no contemplarla, porque en mi estado era prácticamente hundirme en la miseria, pero estaba ahí.

Quizá todo había sido mentira, una de efectos especiales estilo americano, una cita que queda muy bien para contarla a los colegas, pero que no tenía por qué llevar a más. Mucho menos si ella (o sea, yo) vivía a miles de kilómetros.

Pero, a su vez... Había sido tan especial. No como en las comedias románticas donde, sin conocerte, un extraño te llena la casa de flores, te



compra un collar de Swarovski o le grita al mundo entero que te quiere. Al principio había sido un poco de todas esas pelis, es verdad, pero a medida que avanzaron las horas se había vuelto real.

No me había dicho que era guapa o maravillosa, pero me sentí eso y más. Por eso lo echaba de menos: porque con él todo lo que hice o dije me convertía en especial, sacaba al exterior lo que tanto tiempo había creído y que, en ese momento, tanto me costaba creer. Con Jack era única, y no una perdedora que había tomado decisiones cada vez más equivocadas.

Y él... Él era perfecto. Me había costado explicarlo a los chicos cuando volvimos, y Bego lo aderezó marcándole unos abdominales y músculos que ni ella ni yo habíamos visto. En nuestro grupo, Jack era un adonis, un sueño, así que me convencían para que lo guardase como un bonito recuerdo, pero irreal.

Pero lo cierto es que pensaba en él a menudo. Que no estuviese en mi vida, más lo del trabajo, era como la guinda de un pastel que no estaba bueno. Es más, era el cilantro de una montaña de coles de Bruselas. Todo estaba mal, y encima, él había desaparecido.

Por eso, y por todo lo demás, el mensaje de Javi me había pillado por sorpresa. Hacía meses que no hablábamos; desde el momento en el que le tiré una cerveza a su carita de bueno/malo, y habían pasado diez días desde que me había ido forzosamente del trabajo.

—Hola, Amy, ¿cómo estás? Ya me he enterado.

¿Amy? «Para ti no soy Amy, pequeño cerdo», pensé.

Y decidí que jamás iba a contestarle.

## Cualquier cosa podía pasar

Había llegado el momento y, como buena cobarde, me llevé a mi fiel escudera. Bego y yo hicimos las maletas y nos fuimos a pasar unos días a Burgos: yo a ver a mis padres y contarles lo que había pasado, y ella para comer las delicias de mi madre y de los bares locales.

Además, así entendían que ya me había comprometido con ella, que en febrero entrábamos a vivir en nuestro nuevo piso y que además de haber fracasado necesitaba dinero para mantenerme mientras encontraba algo.

Puntos a mi favor: ya me habían pagado todo cuando estaba en la universidad e incluso cuando solo trabajaba en la radio, donde mi sueldo era prácticamente una propina.

Puntos en mi contra: que a lo mejor ya se habían acostumbrado a ese dinero extra (el que ya no desaparecía de su cuenta cada mes porque en la agencia cobraba un poco más) y preferían no dármelo.

Cualquier cosa podía pasar.

Decidí que teníamos que aprovechar nuestra llegada, donde todo era alegría y alborozo, para contarles lo que había pasado. Estábamos en la cocina, metiéndonos entre pecho y espalda un cocido, una cosa ligerita para celebrar nuestra presencia:

—Tengo que contaros algo.

Se miraron. Creo que con preocupación. Quizá se habían imaginado algo o, peor, se temían que estuviese embarazada. En mi caso, hija única, nunca iba a ser un buen momento para tener un bebé, y a mis veintiséis años podía sentarles como si fuese un embarazo adolescente.

Fue mi madre la que recuperó primero la compostura y dijo:

—Dinos.

—Hummm... Me han despedido.

Mi padre resopló, creo que aliviado, su imaginación era tan desbordante como la mía. De tal palo... Mi madre removió su sopa para seguir enfriándola, como si nada, y Bego aprovechó para sorber un poco de su cuchara. Era un momento cumbre y ella lo sabía, pero con los nervios no podía parar de comer.

—¿Y eso? —preguntó mi padre.

Y les expliqué como buenamente pude lo que había ocurrido, intentando que mis sentimientos no me amargasen la comida. Si para mí era difícil de comprender, quizá para ellos, que no estaban en el mundillo, mucho menos...

Pero mis padres, como casi ninguno, no eran tontos: no sabían nada de publicidad, pero entendían de injusticias y de cómo mi corazoncito estaba roto, así que empezaron a despotricar sobre lo mal que se habían portado, después de hacerme enfrentarme a gente imbécil y todo eso.

Llamadme loca, pero el cocido me supo algo mejor. El cariño me había hecho de escudo protector en el estómago. Mi familia era mi omeprazol.

Sin embargo, en la cena (embutido de ese rico que a Madrid no llega, con torta de aceite que tampoco se estila) me esperaban sorpresas.

Se ve que se lo habían pensado y me habían notado en la carita que iba a pedir pasta. Y como quien golpea primero golpea dos veces, decidieron empezar ellos la conversación.

En concreto, mi madre, la más aventurera de los dos:

—Bueno, hija, ¿y qué piensas hacer? ¿Te vas a venir con nosotros?

Otra rajita más en mi corazón, porque noté que lo decía esperanzada. Volver a tenerme en casa es algo que siempre estaba ahí, y que a ellos les hacía considerable ilusión, pero...

—Pues, mami, es que es complicado. Porque aquí no voy a encontrar trabajo...

Y todos miramos al vacío, asimilando que, a pesar de que en Madrid no estaba encontrando nada (bueno, eso lo sabía yo y quizá Bego, pero mis padres, como en todo lo demás, habían estado al margen), era más improbable que alguien me contratase en una ciudad pequeña...

—Yo había pensado... Bueno, es que también tenía que contaros una cosa. ¡Begoña y yo nos mudamos juntas! —Y las dos sonreímos, bien de dientes, bien de felicidad, intentando contagiar a nuestros interlocutores. Pero ellos estaban un poco impasibles. ¿Qué pasaba?

—Pero, hija, ¿tienes paro? —Mi madre, de nuevo, con tacto pero directa.

—Hummm. Nop. De eso quería hablaros también... —Dejé un breve espacio de tiempo para que asimilasen, para que dijese algo, pero se quedaron mudos, por una vez, en una casa en la que nunca había silencio—. Es que necesitaría que me ayudaseis un poco mientras encuentro algo...

—¿Cuánto es un poco? —Mi padre era el de la pasta, de siempre. El que me había negociado las pagas y el que siempre me había vapuleado al Monopoly.

—Pues... ¿setecientos?

Silencio.

Tan grande, tan vacío, tan silencio.

Esto pintaba mal.

—A ver, tenemos que decirte algo nosotros también. A tu padre lo han prejubilado en la Pascual.

—¡Bien! Es lo que queríais, ¿no?

—Sí y no. Porque eso supone que cobra bastante menos que antes... —Ahora la que dejaba los silencios era mi madre, para que yo asimilase—. Así que, tenemos que echar cuentas, pero me parece que no podemos pagarte la vida en Madrid.

Como si se hubiese bajado al río, llenado una jarra y me la hubiese echado por encima. Así me había dejado. ¿Por qué nada podía salirme bien?

## El principio de una idea

Estaba triste. No solo me había quedado sin trabajo, sino que, sin saberlo, había puesto a mis padres en un compromiso. Sabía que ahora se sentirían fatal por no poder ayudarme y yo a la vez me sentía como la hija más egoísta del mundo.

Vale que ellos no me lo habían contado previamente (no podía culparlos, si casi me abro Facebook de nuevo para anunciarlo en mi muro antes que confesarles que me habían despedido), pero me sabía fatal.

En mi familia éramos tradicionales: queríamos querernos y no hacernos daño, pero, a veces, las buenas intenciones daban paso a dolores insalvables.

Y encima estaba sin salida.

La pobre Bego intentaba animarme, pero ella también tenía lo suyo: había tardado poquísimo en encontrar un minipiso para las dos, a buen precio, en Malasaña, y ya había dado incluso una señal. Ahora a lo mejor tenía que pagarlo sola y su economía no iba a dar para tanto. Lo peor es que la reserva la hizo, qué cosas, cuando ya me habían despedido, pero yo no se lo había contado.

Lo de guardarme las cosas me estaba trayendo muchas complicaciones... Lección aprendida. O casi, porque una es como es y cambiar de costumbres es complicado.

Pasamos los siguientes días hibernando en casa. Comiendo, viendo la tele, comiendo, durmiendo... Mi madre intentaba llenar el vacío que teníamos todos con comida: lasaña, lentejas, chuletitas de cordero y así.

Un día, harto de vernos deambular por la casa, mi padre se empeñó en darme 20 euros para que nos fuésemos de bares. Los rechacé tres veces, porque como soy una persona de extremos ya me sabía mal hasta ese pequeño desembolso: ¡que eran pobres! ¡Que no me merecía bares ni nada! Pero a

insistente, a mi padre no le ganaba nadie.

Así que Bego y yo nos fuimos de bares. Primero, parada obligatoria: bravas. *Of course*. Estaban tan buenas como siempre.

Después, una alpargata, que es la especialidad de otro bar en la calle Sombrerería y que es básicamente una tosta de pan con tomate y jamón aceitoso. Un clásico básico, vaya.

Y como ya habían pasado varias rondas de cervezas entre tapa y tapa, salimos a la calle a airearnos. Dimos una vuelta por la plaza Mayor y luego por el Espolón. Qué bonita es mi ciudad...

—¿Y si me mudo aquí?

Bego me miró preocupada, por si me había dado un ictus. Qué capacidad tenía yo para enamorarme: de hombres y de ciudades, en todas quería quedarme. Claro que lo de Madrid eran años ya, y lo de Nueva York no me lo había planteado como posibilidad real hasta que conocí a Jack. Ay.

Volver a Burgos podía ser volver a casa.

—Piénsalo: aquí la vida es más fácil. Todo va menos deprisa, las distancias son más cortas. Y me siento en casa.

—Ya, es fácil sentirse en casa con la comida de tu madre. Hasta yo me siento así, pero...

—Un momento, repite eso.

—Que hasta yo me siento así, digo.

—Que te he oído a la primera. Que repitas lo otro.

—Pues que es fácil sentirse en casa con la comida de tu madre.

—Desarróllamelo.

—Pues que sabes que me encanta probar restaurantes y eso. Pero para mí la comida de casa, como la que hace tu madre, es la que hace que el cuerpo se sienta cómodo... A mí me recuerda a mi abuela. Siempre me traía tupperes suyos del pueblo, y no solo porque mi madre solo cocine con la Thermomix y se le dé regular. Daría lo que fuera por volver a verla y porque nos cocinase siempre, me llena el alma, no solo el estómago.

—Hummm.

—Pero eso no tiene por qué significar que te mudes aquí, América. Sabes tan bien como yo que es muy difícil trabajar de periodista. A lo mejor deberías...

—¿Crees que si mi madre te cocinase todos los días, serías un poco más feliz?

Había tenido una idea. Un principio de pensamiento. Iba a tener que llamar a La Coach. De pronto, a dos grados bajo cero, había tenido una revelación.

## América cocina

Pasamos otros cuatro días en mi casa, aunque no volvimos a salir a la calle salvo para ir a hacer la compra. Obligué a mi madre a ayudarme y nos pusimos manos a la obra: apunté paso a paso cada uno de sus platos estrella, la olla podrida incluida, a pesar de que le había cogido manía desde aquella vez que me dejó el bolso hecho un cuadro.

Cada cosa que hacía, la anotaba, no quería perderme detalle y necesitaba empaparme y desgranar de qué trataba el ingrediente secreto: el amor de madre. No parecía estar por ninguna parte, así que tendría que ponerle mi propia versión: el amor de Amy, la que no quería marcharse de Madrid, la que quería hacer felices a los demás y ganarse un poquito la vida. El amor puede venir en muchas formas, eso lo había aprendido yo ya cuando un trabajo me rompió el corazón.

En cuatro días hicimos más de treinta platos y, cuando Bego y yo cogimos el autobús de vuelta nos llevamos de todo: una maleta llena de comida y varios pactos en el bolsillo.

Con mis padres, que habían prometido ayudarme con 300 euros al mes, que era lo que iba a pagar por el alquiler, y el resto me lo pagaría yo con mi idea, si salía bien. Se la había explicado y de nuevo les había costado ver la viabilidad, pero confiaban en mí y en mis renovadas energías. «Si no sale bien, lo prometo, en verano desmonto todo y me vuelvo a casa.» Creo que eso les había hecho más ilusión que nada. Anoté mentalmente visitarlos más a menudo.

Con Bego había hecho otro pacto: de momento, ella costearía la comida. La nuestra, y la del negocio, siempre y cuando pudiese comer de mis platos y yo admitiese críticas.

En dos semanas nos mudaríamos juntas y yo pondría en marcha mi idea:



serviría platos de cocina casera a estudiantes de la Complutense. Estaba segura de que muchos echaban de menos su casa y, si lo hacía bien y no cobraba demasiado, sería cuestión del boca a boca. Ya tenía hasta nombre, Mamá Cocina, porque había que ser directos y tras mi paso por el mundo de la publicidad no había aprendido nada de nada.

De hecho, era pensar en un *claim* y se me ponían los pelos de punta. Hacer como que aquello nunca había existido era, de todas, la mejor de las ideas...

## Robin Hood con cuchara

En un mes todo cambió mucho: primero, había abandonado mi piso, ese cuarto sin ascensor en Chamberí, para mudarme al corazón de Malasaña, a la calle La Palma, una calle diferente, con su mezcla de comercios nuevos y viejos, sus aceras estrechas, su tranquilidad a pesar del bullicio de alrededor todas las noches de la semana... Me iba a vivir a un segundo (también sin ascensor) con mi mejor amiga de todos los tiempos.

La despedida de Gloria, mi compañera, había sido tan agria como la convivencia: según le anuncié que me marchaba empezó a llevar a gente para que realquilase mi cuarto. Intentó que me marchase antes de tiempo (cuando no tenía adónde) porque había encontrado a la persona perfecta. Me negué, por primera vez, a que me manejase a su antojo y en pleno enfado me dijo: «Perfecto, hasta el final haciendo lo que te da la real gana. Te voy a decir una cosa que llevo mucho tiempo queriendo decirte... Hay que ser más generosa y aprender a compartir.»

Qué apoteósico final de fiesta, viniendo de la loca que acaparaba la tele constantemente y que había utilizado todos y cada uno de mis utensilios personales. La parte buena que me llevaba es que me devolvía mis 500 euros de fianza, que en ese delicado momento no me venían nada mal.

Así que acogí con energía mi comienzo de vida con Bego, quien no había compartido piso jamás, pero con la que encajé perfectamente. Juntas hicimos cuentas para ajustar los precios de Mamá Cocina y con ella me fui a repartir publicidad en la puerta del metro de Ciudad Universitaria. Incluso hizo bastante publi subliminal subiendo a sus redes sociales los platos que comía cada día.

Era muy divertido vivir con alguien con quien tenías tanta confianza... Ella estaba encantada de poder compartir su vida con alguien de su edad. A veces

me obligaba a hacerle las fotos para sus redes sociales y algunos días la veías salir de su cuarto a las 12 de la noche maquillada como una puerta porque había estado haciendo un vídeo para sus fans. También, a todas horas la veías abrir con emoción paquetes de regalos y muestras que le enviaban las marcas; aunque recibiese una pegatina se volvía como loca.

Bueno, como loca no es un decir. Porque luego tenía sus cosas, como cuando me iba a mi habitación con una interrogación a lo dibujo manga dibujada en la cara porque le decía, qué sé yo: «Tía, me llora un ojo muchísimo», y ella respondía tranquilamente: «Creo que es porque esa parte de tu cuerpo está triste.»

O como cuando la veías sacando por la ventana del salón el brazo con el móvil agarrado en un puño y te decía que estábamos fatal de cobertura y por eso Marcos, el camarero de un bar de nuestra calle con el que se mensajaba y esperaba llegar a más en algún momento, no contestaba a pesar de estar en línea y haber leído su afectuoso pero a la vez poco comprometido: «¡Hola, bebé!»

Podía estar pirada, pero era MI pirada. Y nunca me había robado la cuchilla, lo cual venía a demostrar que yo tenía los estándares muy bajos, pero que además había salido ganando con el cambio.

Los chicos llevaban fenomenal que viviésemos juntas: ya no tenían que subir cuatro pisos si se volvía a dar el caso de tener que consolarme, que esperábamos que no, y además les encantaba mi nuevo negocio. Siempre había tupperes de sobra cuando venían a casa.

Insistieron en que debería abrir aunque fuese un perfil de Facebook de la empresa (vamos a llamarlo así y que quede entre nosotros porque era tan pequeña que de momento no pagaba impuestos... Aunque me había sacado el carné de manipuladora de alimentos en una mañana, para que nadie pudiese ponerme pegas en ese aspecto).

Sin embargo, preferí seguir pasando de las redes sociales, como si fuese una madre al uso, y enviaba por WhatsApp el menú del día siguiente a mis clientes potenciales.

La publi había funcionado. No recibía una avalancha de pedidos, pero me daba para sacarme un sueldecito con el que compensaba lo que mis padres no podían darme. Cada mañana me presentaba en la Complu y repartía tupperes a diestro y siniestro. A veces me sentía como una buena samaritana y otras, cuando creía que alguien de la secreta estaba siguiéndome para empapelarme

por no pagar a Hacienda, me sentía como la Robin Hood de los platos de cuchara.

Cocinaba de todo: fabada, carrillada, champiñones rellenos, flamenquines, calditos de pollo, cremas de verduras y hasta menestra de verduras. No todo era perfecto: algunas veces decidí hacer tortilla de patatas y, a mitad de la receta, ups, se convirtió en revuelto con patatas.

Las lentejas no eran mi fuerte y unos pollos asados que estaba haciendo un día al horno se quedaron crujientes de más. «Pollo negro» pasamos a llamarlos en casa. Para vuestra información, no todos los hornos se paran cuando hacen «clin». Ese día perdí dinero porque tuve que bajar a un asador a por la comida de mis clientes, que de hecho me dijeron que no estaban tan ricos como siempre (ja, punto para mí). Lo cuento ahora que ya no se acordarán de aquello. Ji, ji, qué risa, ¿eh?

Lo poco que rescaté bajo la chamusquina se convirtió en comidas y cenas en diferentes formatos para Bego y para mí esa semana. Dijo que le estaban empezando a salir alitas en la espalda.

A pesar de algún desastre, ¿era yo una aventurera que se atrevía con todo en la cocina? Se podría decir, sí. Porque aceptaba sugerencias de la clientela, quería que se sintiesen como yo cuando era pequeña y deseaba muy fuerte: «Espaguetis carbonara, espaguetis carbonara, espaguetis carbonara», y al llegar a casa había funcionado porque había, sorpresa, espaguetis carbonara. Era su madre de sustitución y me sentía feliz de poder ayudarlos.

Gracias a Mamá Cocina había descubierto muchas cosas: que era capaz de hacer algo y sentirme valorada por ello, que había conseguido montar un pequeño negocio de la nada y en el fondo me sentía bien porque era capaz de arreglarle el día a otros simplemente poniéndole cariño a mis platos. Era una madre de verdad... O casi.

Decidí que, ahora que había salido bien, me sentía con fuerzas para reunirme con La Coach y contarle lo mucho que me había ayudado.

Un miércoles cogí el móvil para, precisamente, mandarle un mensaje y quedar con ella para tener nuestra última sesión, y encontré varios mensajes: Javi, de nuevo, volviendo a intentar entablar conversación. Me había escrito cada semana sin excepción y nunca le había contestado.

El recuerdo de Jack y sus labios provocándome temblores hacían que las comparaciones fuesen odiosas, pero cada vez me costaba más recordar su cara y... ¿Y si...?

## Puñales y tiritas de Hello Kitty

A mi modo, era feliz.

A mi modo, he dicho.

Porque había empezado a entender que la felicidad no era una cosa completa. Por fin empezaba a interiorizar todos esos mensajes de buscarla en las pequeñas cosas. Cada vez que no hacía algo que me desagradaba (madrugar para ir a la agencia, lo que más) era algo más feliz.

La ausencia de cosas negativas, en definitiva, puede considerarse también un lugar para los felices.

Aunque la realidad a veces se empeñe en darnos una galleta en la cara. Galletita, si hace falta, para recordarnos que tu mundo no es el equilibrio zen que te vendieron por internet.

Me faltaba pasta, porque el mininegocio daba para vivir ajustada.

Trabajaba muchas horas haciendo tupperes, que estaba bien y me gustaba, pero también me sobraba el tiempo. Una vez que entregaba la comida al mediodía, el día era muy largo. No exactamente como los días después de despedirme en los que estuve sin hacer nada, sin un rumbo fijo, pero tenía excedente de horas en mi vida y ganas de hacer algo con ellas... Pero ¿qué?

Qué odioso era hacerse mayor: había incertidumbre y, sinceramente, era muy aburrido.

En los últimos meses había crecido personalmente y a base de golpetazos. Basta ya, un respeto por la gente, vida.

Y ahora, tan aburrida que hasta había pensado apuntarme al gimnasio. Tony me animó a hacerlo, pero se me pasó al ver los precios.

Así que, para matar el tiempo, leía muchísimo. Poesía, novela y todo lo que se me pusiera a tiro. Un día me encontré leyendo los prospectos de todos los medicamentos que había en casa porque me dio por pensar que algo se podría

aprender de ellos. Ahí es cuando me di cuenta de que, a pesar de que había salvado la crisis, algo estaba faltando en mi vida.

Después de tanto tiempo intentándolo, luchando con todas mis fuerzas para arrancarle al mundo un guiño, un trabajo para mí, ahora echaba de menos esa guerra continua.

Tenía ganas de ver a La Coach y contarle todo lo que había mejorado gracias a ella. Así que, además, me pareció importante que volviésemos a quedar en el ángel caído. Estaba claro, clarísimo: había sido yo todo el rato. Totalmente.

En una de esas tardes infinitas, había leído la historia de esta fuente, que estaba en el Retiro desde 1885 y al parecer estaba inspirada en los versos de *El paraíso perdido*, de John Milton:

Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes para no volver a él jamás.

Agita en derredor sus miradas, y blasfemo las fija en el empíreo, reflejándose en ellas el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado.

Quizá me estaba pasando de profunda, pero aquel día sentí una revelación: había odiado a todo y todos cuando nadie tenía la culpa de mi suerte, ni siquiera yo.

La Coach me condujo hacia nuestro sitio de las otras veces. Estábamos a mediados de marzo, pero como era pronto y aún había sol, podía intuirse que pronto llegaría la primavera. «Lo peor ha pasado», pensé. Y se me ocurrió que si seguía por este camino acabaría comprándome tazas de Mr. Wonderful para motivarme cada día.

A mis amigos les iba a hacer mucha gracia, porque ellos eran más bien de acidez, no de tostadas y mermeladas. Como mucho, si hacíamos referencia a Ricky Martin... No, era inviable esta nueva vida, tenía que volver a ser yo.

Fue ella la que comenzó a hablar:

—Quiero que te pares un segundo a pensar en lo que has conseguido...

Yo, como estaba en ese estado, cerré los ojos y aspiré profundamente para pensar en ello. No me venía nada a la cabeza, pero me parecía que quedaba bien hacer como que comprendía lo que La Coach quería decir.

Ella me tocó suavemente el brazo.

—No, no hace falta que lo repases ahora. Te lo cuento yo.

Zasca. Si es que soy imbécil.

—Quería que vieres que, aunque la vida a veces no te ha llevado por donde tú querías, has aprendido algo.

—¿Qué es?

—Dímelo tú.

—Ah.

¿Ves como no valía para esto? O me pasaba o no llegaba.

—Supongo...

—América...

—Vale. A ver. Digo yo... —Lo dije tentativamente a ver si esta fórmula colaba, parecía que sí—. Que he aprendido a que no todo va a salir bien o regular, que a veces sale mal y que hay que seguir *pa'lante*.

—Exacto. ¿Algo más?

—Hummm.

—¿Qué has aprendido sobre tu trabajo?

—Que no sé lo que quiero.

—¿Ah, no?

—Bueno, sí. Vimos que quería hacer felices a los demás, aunque, sinceramente, sigo deseando hacerlo escribiendo.

—Y ¿para qué no lo haces?

Como esta sesión era como de despedida hasta me provocó nostalgia su pregunta. ¿Para qué no dejaba de decirlo mal ella?

—Para que nadie lo lea y me diga que no valgo. Que esa vía está cerrada.

—Ajá, pero tu idea era hacerlo en un blog, ¿no?

—Sí.

—¿Y cuánta gente va a leer tu blog si no eres buena?

—Nadie.

Me miró unos segundos. Lo había captado.

Muchas veces, desde que decidí que abriría un blog y había pensado en hacerlo. Pero mi objetivo había sido otro, había sido ser Carrie Bradshaw, o sea, famosa, y si no era buena, como en el fondo deseaba ser, no iba a conseguirlo...

Pero La Coach me había abierto los ojos una vez más. Si no lo había hecho era por miedo, y el miedo es la anestesia más fuerte que se ha inventado el ser humano.

Que me había equivocado, una vez más, era evidente.

—¿Qué más has descubierto en este tiempo?

—¿Que soy muy fácil de engañar?

Cada vez que Javi volvía a escribirme, y lo hacía muy habitualmente, nunca disculpándose por lo que pasó, por lo que hizo, pero sí intentando retomar el contacto, me acordaba de lo que me había hecho y acto seguido lo perdonaba. Era un sentimiento contradictorio, lo sé, lo comparo a clavarte un puñalito y acto seguido tapar la herida con una tirita de Hello Kitty.

—Eso me recuerda a una tarea pendiente.

Miedo.

A saber de qué se había acordado.

—En una de nuestras primeras conversaciones, dejamos como tarea hablar de tu miedo a dejar ir.

—Yo no tengo miedo a dejar ir...

—OK. Entonces, ¿por qué aún hay gente en tu vida que no te hace bien, que se portó mal contigo?

—¿Cómo sabes...?

—No lo sé, la verdad. Dime tú.

—¡Pero si no se lo he contado a nadie! ¿Lo saben también mis amigos?

—América, no sé de qué hablas, pero ya te conozco lo suficiente. Cuéntame qué ocurre.

—Bueno, pues que Javi, el chico que...

—Sí, lo recuerdo.

—No deja de enviarme mensajes.

—¿Y respondes?

—No.

—Pero ¿los lees?

—Sí.

—¿Y no quieres tomar las riendas de tu vida en ese aspecto como has hecho con otros, apostando por un trabajo nuevo y abandonando a la compañera de piso que te hacía daño?

—Hummm. Puede.

—OK, pues decide qué hacer: si lo perdonas, díselo, y si no lo perdonas, también. Para bien o para mal, deja lo que pasó en el pasado, como un buen o mal recuerdo. Tú decides.

—Suená fácil.



—Lo es, solo tienes que tomar decisiones como ya has aprendido a hacer.  
Pues sí que sonaba fácil.  
Lo difícil era decidir qué decisión tomar: ¿olvidar perdonando u odiando?

## Cuando a tu cumple vas

La despedida de La Coach no fue tan dura como esperaba. Me llevaba conmigo muchas cosas que había aprendido aunque fuese a regañadientes. Además, me dijo que podía quedar con ella o escribirle siempre que tuviese dudas.

Claro que mi problema era reconocer el problema, así que quizá debería ponerme una app de alertas en el móvil que me enviase una notificación cada vez que fuese a liarla parda. Esa mujer podía hacer negocio, solo tenía que aplicarse el cuento y ponerse a ello.

No se lo dije, desde luego, no quería acabar mal con ella por si realmente acababa necesiéndola.

Tardé varias semanas en responder, por fin, a Javi. Lo hice el 5 de mayo. No porque sea una fecha a recordar por eso, sino porque era el día mi cumpleaños.

¿Podemos culpar al alcohol de mi mensaje? Podemos.

La celebración no iba a ser fastuosa, mi economía no daba para mucho, pero como siempre, tengo unos amigos increíbles que se habían esforzado en prepararme un día de fiesta sorpresa.

Mi plan original había sido ir al cine Doré con Begoña, a la que había convencido para ver una película francesa, que encajaba muy bien con mi versión coñazo de los últimos tiempos. Desde que vivía en Malasaña, yo no sé si era el aire o qué, pero me había convertido en el cliché de hipster. Tanto tiempo libre es lo que tiene.

Después, porque dejé que Bego pensase en la siguiente fase del día y porque no me había transformado totalmente en la persona aburrida que siempre odié, íbamos a comer al Luna Rosa. Su justificación, aplastante: «Las pizzas no engordan, alimentan el alma.»

A ella, que nada le engordaba, le venía bien cualquier excusa y esta ya me la había dado antes de montar Mamá Cocina.

Luego, por la noche, tendríamos cita con los chicos en casa, un plan tranquilo porque, repito, lo único que me excitaba en esos momentos era ir a un recital de poesía en el que se aplaudía chascando los dedos. Después de la América dramática, había llegado la América profunda. Ay, término medio, qué poco uso te he dado en mi vida.

En fin, que ese había sido el plan y cómo acabé borracha fue, de nuevo, cosa de mis amigos, que también estaban aburridos, pero de mí.

Se habían presentado en casa a las 12 de la noche, ya en mi cumpleaños. Con tarta, cava, confeti y gorritos de cartón. Lo primero que pensé fue: «Madre mía, para barrer ese confeti de la tarima luego.» Muy en modo fiesta yo, vaya.

Pero en cuanto me cantaron el *Cumpleaños feliz* me puse a tono, ¡me encantaba cumplir años!

Soplé las velas, comimos tarta, bebimos el cava y pensé que se irían a su casa, porque Begoña y yo ya estábamos en pijama (aunque, sospechosamente, ella estaba perfectamente maquillada), pero no, su plan fue obligarme a vestirme. Juro por toda mi colección de discos de «Operación Triunfo» (galas Disney y Deporte incluidas) que intenté resistirme con todas mis fuerzas y siendo lo más pedante posible, pero para ser homosexuales, estos chicos sabían desnudar rápida y efectivamente a una mujer.

En bragas y sujetador me fui a mi habitación y me puse ropa de calle: vaqueros, jersey y cazadora de cuero, era lo máximo que iban a conseguir.

Por una vez, les dio igual cómo fuese vestida, aunque Tony dejó caer un comentario.

—Mírala, si le ha faltado venir en chándal.

Curioso que lo dijese el de la bufanda rojiblanca adornando el salón.

Para cuando yo salí Bego ya estaba perfectamente acicalada, aunque me llamó la atención que nada más había cambiado su pijama de Jengi de franela por otro pijama clásico. Para ir a la calle, sí, porque había dicho en su blog que era lo último en tendencias. Las blogueras de moda deberían venir con instrucciones.

Nuestro destino fue, cómo no, el lugar más divertido de toda la zona centro de Madrid: el karaoke de plaza España. Habíamos pasado noches legendarias allí, no lo voy a negar, y si algo podía sacarme de mi actitud sosainas era un

poco de canturreo en su escenario. No quería pedir casi nada, por mi escasez monetaria, pero casualmente a mis amigos siempre les traían una copa de más. Y siempre de ron con limón, que es lo que yo bebía. Casualidad o ganas de invitarme sin hacerme sentir mal por pobre. Qué elegantes.

Fuimos enlazando una canción detrás de otra y, como si el destino tuviese preparada una nueva e increíble bofetada para mí, justo cuando Adri y yo nos bajábamos del escenario tras interpretar con soltura *Juntos* de Paloma San Basilio, un clásico entre los clásicos, dos mujeres tomaban el testigo: ¡Chenoa y Geno!

Noté cómo el corazón se me paraba: ¿dos triunfitas en mi cumpleaños? ¿Sin haberlo planeado? ¿Dos triunfitas que iban a cantar, OH, DIOS MÍO, *It's Raining Men*? Estaba entrando en los veintisiete con el pie, la mano y hasta la oreja derecha.

No sé si su intención era pasar desapercibidas; al fin y al cabo, el público del karaoke suele ser gente que se conoce entre sí porque compite habitualmente por hacer la mejor entonación de Nino Bravo, pero nosotros aplaudimos su actuación incluso poniéndonos en pie. Y desde entonces solo pedimos cantar canciones que hubiesen interpretado ellas en el programa (además, claro, de *Cuando tú vas*, que la habíamos pedido ya de todas formas).

Queríamos homenajearlas a lo grande, y el alcohol en sangre nos animó a pensar que esa era una forma muy sutil de hacerlo... Aunque quizá no había sido todo lo disimulada que pretendíamos y viéndolo con perspectiva, me alegro.

Bego y yo fuimos juntas al baño, como solo las mejores amigas hacen, hablándonos de cubículo a cubículo sobre lo bien que lo estábamos pasando y mirándonos desde el espejo mientras intentábamos arreglar un maquillaje de mala calidad. En esas estábamos cuando, madre mía madre mía, apareció ella. La auténtica Chenoa. La mujer que le cantó al hombre del piano y que, al parecer, se hacía pis. Nos sonrió tímida y se metió en su cubículo.

Ella, la pobre, no tenía con quién hablar, había venido sola porque no tendría una mejor amiga como nosotras. Bego me miró, sus ojos a mis ojos, de nuevo mirando al espejo. Asintió. Entendí lo que quería decir y así hice:

—Esto... ¿Chenoa?

Pasaron unos segundos. Bego se aguantaba la risa tapándose con la mano, pero sus respiraciones nos iban a delatar de todas formas.

Y ella, diva, maga, genia:

—Dime.

Desde su cubículo.

—Solo quería decirte que te he admirado desde siempre. Que eres mi ejemplo y que...

—¡Ista, ista, ista, España es chenoísta!

Esa fue Bego, gritando, que riéndose como una loca me empujó para sacarme del baño corriendo y dejar a Chenoa alucinando, supongo, en su cubículo. Me sumé a la risa por la locura de lo sucedido y sacamos corriendo a los chicos de allí. Como un vendaval salimos de la sala, aunque dejamos a Tony pagando y siendo, una vez más, el cuerdo del grupo.

Ya en la calle pudimos soltar toda la adrenalina gritando nuestro amor por Chenoa, relatando lo sucedido a voces y coreando todos juntos el grito de guerra que seguro le había acompañado desde que salió de la Academia.

¡Era el mejor cumpleaños de mi vida!

Nuestra siguiente parada, porque también lo pedí yo, fue irnos a desayunar al Lady Pepa: qué queréis que le haga, soy más de salado que de dulce y mi ilusión siempre había sido acabar comiendo unos espaguetis a las seis de la mañana. Y así hicimos. Casi se podría decir que se nos pasó el pedo porque allí no nos dejaban ni cantar ni tocar palmas, pero solo fue una emoción contenida, que reservamos hasta llegar a mi casa y repasar de nuevo nuestras actuaciones favoritas de «OT». Podrías haber pensado que estábamos afónicos de cantar toda la noche y quizás así era, pero la euforia nos podía.

La mañana fue entrando y nos pilló a todos dormidos por los sofás. Demasiadas emociones.

Sin embargo, a las 12 del mediodía sonó la melodía de despertarse (el pipipipí) en el móvil de alguien vibrando sobre la mesa: Miki lo cogió y saltó como un resorte...

—¡Hora de los vermús!

De dónde sacamos la energía, no lo sé, pero conseguimos arrastrarnos al Dos de Mayo a tomar el aperitivo prometido, que se prolongó hasta que casi anochece y, finalmente, nuestra pequeña comitiva acabó a las 6 de la tarde en la casa que Miki compartía con la fotógrafa ausente... Y Tony.

Sí, ya vivían juntos porque lo suyo iba rapidísimo. Claro que lo de conocerse e ir poco a poco era una mentira que solo ellos se habían contado cuando empezaron. Tal vez si nos lo hubiesen dicho a principios de siglo

habría tenido más significado...

Ya no podíamos beber más. Y eso que habíamos ido enlazando porque según Miki era la mejor forma de no pasar resaca nunca. Según Miki y como alguna persona con cirrosis podrá constatar, claro.

No recordaba haber hablado con mis padres en todo el día, y anuncié que me metía en el baño para llamarlos: afortunadamente, Begoña se abalanzó sobre mí para quitarme el móvil. Me habían felicitado cuando aún estábamos comiendo tarta en casa la noche anterior, sería mejor que no confirmasen que su hija era capaz de combinar cubatas, vinos, vermú y cerveza sin despeinarse para que no se les cayese el mito.

Estando mi teléfono sobre la mesa, mientras intentábamos perpetrar algo así como una partida de chinchón, este se iluminó para anunciar, bien grande y bien a la vista de todos, que tenía un mensaje: «Felicidades.» Era Javi.

## 39

### Suéltalo

Revuelo. Incredulidad. Móvil de mano en mano. Caras de cabreo. Indignación. Las etapas del duelo, en mi grupo de amigos, se llevaban diferente que en el resto del mundo.

Se hizo el silencio, esperando a que yo hablase.

Recuperé mi teléfono y anuncié, altiva:

—Sí, Javi me escribe.

—¿Javi? ¿Quieres decir el odioso de Javi? —Miki, el puntilloso.

—¿Javi, el asqueroso hijo de puta que te la metió doblada, y no hablo metafóricamente? —Begoña, la chivata a la que no le podías contar ningún secreto sexual, al parecer.

Por suerte, el resto no había pillado la frase al completo. Sí, pensaban que era metafórico. Mejor.

—Sí, pero nunca contesto.

—Pero, vamos a ver, ¿cómo que nunca? ¿Que esto ha pasado más veces? — No quería responder y menos a Tony, que ya sabemos que era el estricto y el que más daño me podía hacer analizando la realidad.

Como con La Coach, no iba a ser fácil escaparme de esta, tenía a cuatro personas esperando mi respuesta, la partida se había parado y no había aprendido a congelar a la gente como en *Frozen*.

Lo de la peli no me vino a la cabeza al azar, sino porque Bego empezó a tararear:

—*Suéltalooo, suéltalo...*

Y todos acabaron uniéndose hasta que montaron un numerito de Broadway en el espacio libre del salón:

*Suéltalo, suéltalo, subiré con el amanecer.*

*Suéltalo, suéltalo, la farsa se acabó.  
Qué la luz se haga otra vez.  
Déjalo escapar, el frío a mí nunca me molestó.*

El acto final había acabado con ellos a mi alrededor haciéndome las típicas manos de jazz que dejan que la artista invitada (o sea, yo) haga su actuación estelar.

—Sí, lleva meses haciéndolo.

Dramáticos como son, se hicieron los desmayados sobre el sofá, así que puse la guinda al pastel:

—Pero tranquilos, no quiero volver a saber nada más de él.

Y esa noche, conscientemente pero culpando a La Coach y al alcohol, contesté.



## Cita con Chiquito de la Calzada

Mi nueva yo tenía que dejar atrás el pasado. Y eso que miles de veces había cantado «lo que pasó, pasó»; seguramente no lo había interiorizado porque ese ritmo pegadizo del perreo no me había hecho ver que detrás había una letra profundísima.

Por eso quedé con Javi.

Bueno, por eso y porque me convencí a mí misma: quizá La Coach lo que quería era decirme que tenía que olvidar a Jack. Que lo había visto solo una noche hace muchos meses ya. Que era Nueva York y esto era la vida real. Que por esperar a que apareciese un príncipe que claramente no estaba por la labor de aparecer, estaba negándole una oportunidad a algo verdadero.

Pero la verdad era, también, que Javi me había hecho daño.

Con ese partido de tenis disputándose en mi cabeza, tras una semana de intercambiarme mensajes graciosos con Javi en los que ambos evitábamos mencionar todo lo que había pasado en la agencia, le propuse quedar. «Seremos amigos», pensé. Y si lo perdonaba, quizá con el tiempo podría ser como otro tipo de película romántica.

No espectacular a lo *Serendipity*, nada podría estar a la altura de aquella noche en Manhattan, pero sí en plan cuando Kate Winslet se lía con Jack Black en *The Holidays*. Lo sentía por Javi, porque ponerlo a la altura de Jack Black era empezar lo de la amistad nueva desde muy abajo.

Me dije a mí misma lo típico, que antes no habíamos tenido tiempo de ser amigos. Solo habíamos quedado todo el rato para hacer un «en tu casa o en la tuya porque yo vivo con una desequilibrada». Ahora teníamos que conocernos.

Así que organicé una yincana por Madrid: le enseñaría mis lugares favoritos.

Javi accedió y dijo que le parecía bien lo de ser amigos. Quedamos un

sábado por la mañana en la parada de metro El Capricho. Lejísimos del centro. Bien podíamos haber quedado en Callao y haber hecho el trayecto juntos, pero me daba palo hacer un viaje tan largo y que no tuviésemos mucho que decirnos. O peor... Que sí lo tuviésemos.

No sé si se oía lo que le iba a enseñar, pero estaba esperándome en la salida, y estaba, ¿qué si no? Más guapo de lo que recordaba.

Sudadera, vaqueros, pelo de surfero y unas Ray-Ban Wayfarer. Achaco al efecto gafas el hecho de que cualquier resentimiento se disipase en un segundo. Ese modelo hace guapo hasta a Jack Nicholson, no es justo.

Yo había elegido mi modelito «casual»: vestido estampado a media pierna, cazadora vaquera, bolso en bandolera y sandalias cruzadas. Algo sencillo, descuidado, que había pensado durante toda la semana yo solita porque ni muerta iba a confesarle a Begoña que iba a quedar con el odioso Javi. Se habría inmolidado en la cocina con tal de detenerme.

Sonrió y yo me acerqué a darle dos besos. Sonriendo también, como diciendo: «Ya, ya sé, ya sé.»

Y dimos un breve paseo hasta el Parque del Capricho, mi favorito. También había investigado mucho sobre su historia, así que me entretuve en señalarle algunos detalles: las fiestas de la Duquesa de Osuna, sus canales navegables, el palacete, el laberinto, las lilas y aquí y allá y hasta el búnker de la Guerra Civil. Eso no me hacía tanta gracia, le restaba perfección a mi parque, pero bueno.

Javi se mantuvo interesado en toda la disertación.

Cuando ya llevábamos más rato del que podía mantener la atención cualquiera, le dije que llegaba el momento de ir a nuestro nuevo destino.

Esta vez sí, cogimos el metro juntos, y le fui preguntando cuáles habían sido sus partes favoritas. Con cierta decepción, el búnker había sido una de ellas, y de hecho se entretuvo un rato en Wikipedia investigando un poco más sobre esa historia por la que yo había pasado de puntillas.

Llegamos a Callao y, como era pasado el mediodía, quise que fuésemos juntos a comer un bocadillo de albóndigas en Bolero. Era un local estrechísimo y muy pequeño donde casi nunca podías encontrar sitio porque estaba demasiado de paso en las zonas más turísticas en una de las ciudades más abarrotadas de Europa. Su especialidad era sencilla: bolitas de carne como las de madre (o las de Mamá Cocina, si eras uno de mis «hijos»), pero con un punto original. Era lugar de visita obligatorio para los malasañeros y

yo, además, quería copiarles alguna receta para mi trabajo, que en ese momento era lo único en lo que pensaba las 24 horas del día.

Allí le conté a Javi a qué me dedicaba ahora y se quedó alucinando. Me dijo que no me pegaba demasiado y yo respondí secamente que, desde luego, vender ketchup no me había pegado mucho más. Ojito con mi empresita.

Terreno farragoso. Pensé que era injusto empezar una amistad así y sonreí para parecer menos dura, le pegué un bocado a mi bocata y pasamos un tupido velo.

Después llegó el turno de la cultura, que era una parte tan importante en mi vida ahora. Fuimos dando otro paseo hasta la Filmoteca Nacional y vimos una película española del año 54 que era... ¿Cómo decirlo? Era mala, eso es lo que era. Creo que Javi cabeceó un par de veces y no lo culpé, más bien lo envidié. Yo no podía dormirme porque no dejaba de darle vueltas a la cabeza: ¿estaba yendo bien el día? ¿Conseguiríamos ser amigos?

Cuando terminó la peli, salimos justo a tiempo para el último plan: lo hice ir corriendo, prácticamente, hasta Banco de España. Allí estaba mi secreto. No lo había compartido con nadie y era como decirle: «Eh, lo estoy intentando de veras.»

Ahí estábamos, en el banco de la plaza de Cibeles. Mi banco. El que está subiendo ligeramente la calle Alcalá y desde el que se ve el mejor atardecer de la ciudad. El edificio Metrópolis totalmente iluminado por el color del cielo que toque esa tarde: aquella, rojizo.

Era tan espectacular que te quitaba las ganas de hablar. Menos a Javi, que no sé qué le recorrió por dentro...

—América. Ya no estoy con Marta.

No. No. No.

No me vengas con Martas ahora. No en mi banco.

—Ajá.

—Hummm. Yo... Bueno. Seré claro: yo no quiero ser tu amigo. Yo quiero lo que teníamos.

Que no, que no, que no.

—Pero es que lo que teníamos...

—Bueno, ya sé que tenía que haber sido más claro contigo. No voy a pedirte perdón, ya lo intenté una vez.

—Hummm. Sí...

Me sonaba vagamente. Torreznos. Cerveza. Drama. La América del caos.

—Pero el día de hoy ha sido genial y yo, creo...

—¿Crees?

—Creo...

Estaba claro que no había conocido a La Coach. No habría salido impune repitiendo ese «creo». Claro que él tenía otra cosa en mente.

Me besó.

O sea, se acercó a cámara superrápida y puso su boca sobre la mía. Yo tenía los ojos abiertos, que ya sé que está fatal, pero no estaba preparada porque me había creído el rollo de ser amigos, y de cerrar una etapa y de olvidar a Jack porque era mentira y... Vi mi atardecer por detrás.

Me aparté. Tarde, lentamente, pero le hice la cobra.

Me miró extrañado porque supongo que es como mira alguien a otro alguien cuando no espera que haya cambiado de parecer cuando todo parecía indicar que iba a salir bien el asunto.

Mierda, si es que le había llevado al parque más romántico, le había llevado al cine, que es donde legendariamente uno va a meterse mano, aunque sea viendo a Pepe Isbert en pantalla, y luego lo había arrastrado hasta un marco incomparable donde se debía de dar un beso de película.

Mis señales habían sido totalmente erróneas. Pero es que...

Me levanté.

Javi seguía sentado, no entendiendo nada. Supuse que esto parecía una venganza chungu, así que me disculpé:

—Esto no es lo que parece. Yo no quería que pasara... Esto. —Y lo señalé a él y a mí. Estaba siendo peor el remedio que la enfermedad—. Yo... Lo siento, pensaba que habías entendido que solo quería que fuésemos amigos. —Ay, Dios, estaba diciéndole lo mismo que él a mí hace unos meses—. Bueno, yo... Es que, mira, no me ha temblado la pierna. Y sé que debería cerrar esa etapa también, pero no me ha temblado y una vez que te tiembla una pierna, ya no puedes olvidarlo. Tengo que irme. Lo siento.

Y me fui.

Rápida y dignamente, era el plan. Pero me fui cojeando, porque Madrid con calor, sandalias y muchos kilómetros recorridos solo podían significar: ampollas en los pies.

Así que la imagen que Javi vio alejarse era la de Chiquito de la Calzada. Así, con el tiempo, se alegraría de que me hubiese apartado.

Solo iba a poder conformar a La Coach en una cosa: tenía que empezar mi

blog.

## Limerencia

Ahora sé que no fue culpa mía. Ni tuya. Aunque lo hiciste muy bien, eso es cierto.

Estoy enferma, por quererte, por necesitarte, aunque solo ocupases unos minutos de mis largas horas. Quiero que me quieras, porque ya solo sé hacerlo así... Y esperarte.

Te quiero porque siento que así soy diferente. Que quererte nos une, aunque tú no lo sepas.

Quiero saber que puedes y pudiste elegir a muchas, pero que fui yo, y que no perdiste el tiempo. Que ese tiempo juntos fue pequeño, pero de los dos. Que confirmes que fue cierto, aunque luego eligiésemos otras cosas. Otros caminos, libres... O echándote de menos como yo he hecho, pero creando nuestra propia historia desde ese punto en común.

Has de saber que aún quiero bailar como Cenicienta bajo los copos de nieve contigo, quiero descubrir cómo es verte en verano, primavera y otoño, probar tu boca almibarada de postre y hasta convertir cualquier lugar en nuestra embajada.

Junto a ti fui especial, fui diferente, fui interesante, fui divertida, fui profunda, fui comprendida. Fui lo que siempre había creído que era y el mundo se esforzaba en desmentir.

Tú fuiste único, fuiste generoso, fuiste sorprendente, fuiste mi persona favorita. Aparece, al menos, para decirme que fuiste verdad. Aparece, aunque sea para decirme que no es para siempre.

Nadie me cree, ni aunque te vieses con sus ojos. Te cuento y parece que cuento una historia de ficción. Pero yo te vi, te palpé y hasta pude saborearte. Si me lo he inventado, es por esta enfermedad mía. Creo... Sé cuál es su nombre, ya me he informado, por si acaso no apareces y me curas: la bautizaron limerencia, la enfermedad del amor.

## *Konfesiones en el salón*

La confesión se hizo de rogar. Pero llegó. Si os he descrito bien a mi amiga y compañera y no siempre bien ponderada Begoña, sabréis que acaba sacándome todo. A veces es cuestión de un ratito, una conversación, una mirada, o meses.

Para su desgracia y un poco la mía, al final, esta vez fue lo último.

Tuvo que esperar a que yo volviese de mi retiro vacacional en Burgos. Me marché en cuanto la temperatura pasó de veintidós grados en Madrid, signo inequívoco de que mis clientes no volverían hasta septiembre y de que el asfalto iba a empezar a desintegrar todos nuestros zapatos de rebajas.

Seguiría pagando el alquiler, pero para reducir mis gastos a cero mientras mis ingresos estaban también en punto muerto, me fui a mi madriguera con bajas temperaturas.

Aproveché esos meses para recordar lo que era una piscina de verdad, de las de agua tan fría que se podría beber. Quedé con antiguas amigas: ¿os acordáis de Carmen, la que le contó a Alberto que yo estaba por él y yo luego di los primeros signos evidentes de locura? Ahora trabajaba en un banco y bromeó sobre lo irónico que era que hubiésemos pasado tantas horas sentadas en uno comiendo pipas. No volví a quedar con ella, su humor y el mío se habían distanciado tanto como nosotras.

También leí, claro. Solo hacía eso desde que empezó mi nueva vida. Al principio aproveché las novelas viejas que había por casa, pero mi madre decía que olían a viejas de verdad y empezó a llevarme con ella a sus proveedoras de confianza. Tanta, que era la librería más antigua de España, por algo sería. Allí les hacía mucha gracia que cada semana probase con un género distinto, pero yo seguía teniendo mucha creatividad sin explotar.

Ese verano fue distinto, además, porque recibí una visita inesperada.

Durante una semana Miki y Tony se instalaron en mi casa. Era la primera vez que viajaban como pareja y era para verme a mí, según me contó Miki ilusionado un ratito que nos quedamos solos mientras mi padre y Tony veían un partido de fútbol.

También con Tony estuve a solas, otro rato en el que Miki se quedó echándose la siesta y nosotros fuimos a pasear por el Espolón.

—¿Sabes? Es la primera vez que tú y yo estamos solos. —Lo dijo con la visión técnica que siempre aportaba a nuestras vidas.

—Hummm. Puede ser. Siempre vais juntos, y ahora más, claro.

—Pero eso no quiere decir que no seas mi amiga.

No supe qué responder. Nunca me lo había planteado en serio, pero en mi subconsciente sí que me había preguntado si era suficiente para él. Qué cosas tiene la mente humana, me dije en ese momento, a veces no somos sinceros ni con nosotros mismos.

—Gracias por la aclaración.

Lo dije así, irónicamente, porque estoy segura de que no esperaba otra cosa. Pero por dentro sonreía. «Soy suficiente», me dije. Para él y para mí, qué difícil estaba resultando convencerme.

Cuando los chicos se fueron, retomé mi actividad frenética. Escribía sin parar, a veces ni siquiera para el blog, sino pequeñas ideas que me surgían y anotaba en papeles. En los cuadernos que mi madre acumulaba sin parar. Hasta con sus bolis de purpurina, cualquier cosa me valía.

De pronto, tenía una gran necesidad de volcar todo lo que había vivido, todo lo que pensaba, todo lo que imaginaba, y era como una borrachera constante. A veces me releía y, porque eran o mi ordenador o mi propia letra, pero si no hubiese jurado que no era mío.

Ahora, mientras descansaba mentalmente de mi otro bebé, Mamá Cocina, solo tenía ojos para el blog. Me había instalado una cosa que me decía cuánta gente lo leía y creo que, descontando mis propias visitas, contaba con una media de dos usuarios por día.

Claro que ni mis padres ni mis amigos sabían de su existencia. Había empezado fuerte, abriéndome en canal y confesando que estaba loca por alguien a quien jamás había vuelto a ver, y aunque luego había tirado más por articulillos simpáticos sobre la vida en Madrid (ahora que la veía con perspectiva, las relaciones en tiempos del Tinder y demás), me daba palo que lo leyesen.



Podía haber borrado ese primer texto que nada encajaba, pero, en el fondo, me daba pena ocultar lo que sentía.

Eso, y compartir con mis padres los pormenores de mi negocio (estaban pensando imitarlo en Burgos ahora que mi padre tenía tiempo libre y no sabía con qué llenarlo), llenaron mi tiempo hasta septiembre. El verano, hagas lo que hagas, pasa rápido, y yo ya tenía a unos cuantos clientes esperando sus raciones de cocido y croquetas a mi vuelta.

Volví a Madrid y Bego estaba emocionada: nerviosa como cuando un perrito intuye que su amo lo va a sacar de paseo. ¡Ya no estaba sola otra vez! Y eso que el verano lo había pasado a medias liándose con Marcos, el del bar cuqui de nuestra manzana, a medias en el propio bar dejando que Marcos la agasajara con tostadas de aguacate, perfectas para Instagram y muy ricas... Pero una amiga es una amiga.

Mi primera noche pedimos indio a domicilio. Burgos tiene muchas cosas y unos pinchos cojonudos (literal), pero el curry no existe. Y yo lo echaba tanto de menos...

No había sido planeado, pero debería haberlo visto venir: con la comida exótica solo me salían confesiones.

Aunque la primera en contarme algo fue Bego. Dudaba, porque yo todavía no le había dado claros indicios de mi salud mental en ese momento, y ya nadie podía confiarse tras los eventos del año pasado:

—Amy...

—Dime.

—No, es que...

—Tía, conmigo no vengas haciéndote la tímida. Qué. Pasa.

—Pues es Adrián.

—¿No es mariquita? Mira que a veces he pensado que era una pose...

—No, tía, sigue siendo cien por cien mariposa. Vamos, que yo sepa.

—¿Entonces?

—¿Tú sabes que este verano estuvo en su pelu Bibiana Fernández?

—¿Quéééééé?

—Vale, no te lo había contado. Es que lo puso en Facebook. Pero como no tienes...

Y me miró como mira una amiga sabiendo perfectamente que sus ojos están regañando sin decir nada.

—¿Y habló con ella?

—¡Ja! ¡Que si habló! ¡Le contó su vida!

—¿Ella o él?

—Ambos.

—Flipo.

—Ella se había llevado a sus perros y él se hizo el encantador de perros, como si alguna vez hubiese tenido trato con alguno, ya ves tú, pero él sabe perfectamente que Bibiana ama a los suyos. Entonces empezaron a hablar, yo qué sé, de pienso, de recoger la caca con una bolsita cuando aún está caliente... A saber.

—Tía, qué asco, que estoy cenando.

—Pues sí que has venido fina de casa. Claro, como en Burgos descendéis todos de la pata del caballo del Cid...

—Creo que es de la pata del Cid a secas... Y no deberías hablar tanto con mi madre que te pega las expresiones.

—Bueno, ¿sigo o qué? —Se le estaba enfriando el curry y no le hacía gracia.

—Sigue, sigue. —Me metí un trozo de pan naan en la boca para dar a entender que, a partir de ahora, silencio por mi parte.

—Bueno, pues no sé cómo, Adri acabó peinándola, y contándole que era superfán de Almodóvar y de Penélope. No le pidió que se los presentara, pero casi. —Bego hizo una pausa, creo que esperaba algún comentario, pero yo había prometido silencio silenciosamente—. Total. Que ahí quedó la cosa. Bibiana lo mencionó en el Instagram, que qué maravilla de peinado, que no sé qué. Y fin.

Yo seguía muda. Intuía que eso no había acabado ahí, porque si no Bego ya se habría puesto a comer arroz y pollo.

—En fin, que el resultado de todo esto es que va a trabajar haciendo los peinados del próximo anuncio de Mónica Cruz.

Esto era demasiado. No podía aguantarme más para luego:

—Que ¿quéééééé?

—Sí, sí, sí.

Estaba disfrutando la muy bellaca. Si la información es poder, Begoña era Wonderwoman.

—No sabemos la vinculación Bibiana-Mo, pero le pidió consejo, en algún momento ella se acordó de lo bien que la peinaron en verano, alguien llamó a la peluquería y nada, que va a estar dos días de rodaje.

—Aluciflipo.

—Aluciflipa.

Lo que es la vida. Nunca sabes en qué esquina va a estar esperándote la casualidad más improbable...

—Jo, es increíble, ojalá me pasaran esas cosas a mí.

—¿Quieres peinar a Mónica Cruz tú también?

A mi mejor amiga del alma mundial le encantaba vacilarme. Me hubiese encantado estrangularla con el cable del secador, para que viese lo bien que se me daba a mí peinar. Ay, cuánto la quería. Matar.

—A ver, América, a ti también te pasan casualidades... ¿O quieres que hablemos del encuentro en Nueva York con el adonis Backstreet Boy?

—Pff.

—Ya sé que no te gusta hablar de él...

—Dejó de gustarme cuando ya me habíais dicho quinientas veces que lo olvidase, que no existía, que a lo mejor la cagué y no sé cuántas cosas más.

—Hija, qué irascibilita estás... ¿Tienes más hambre? ¿Es eso? ¿Te frío un huevo?

Para mis amigos, todo se arreglaba comiendo. Y mira que no tenía pega a esta forma de pensar porque casi con total seguridad tuviesen razón, pero no quería solucionar mi ataque de envidia comiendo.

Solo me faltaba encima comerme un huevo frito que me engordase 200 calorías. Las del huevo y las del pan que lo acompañase... (Sí, también era especialista en calorías ahora que leía tanto.)

—No. Déjame, me ha dado envidia.

—Pero ¿envidia de qué? ¿No estás tú contenta con tu negocio? ¡Pero si encima tienes todo el tiempo libre del mundo!

—Ya, ese es el problema... Me aburro. Mira: la verdad, he empezado un blog, y pensé que... No sé... Aunque lo hiciese por mí misma, alguien me leería. Solo quería un comentario diciéndome: «Me ha gustado, has fundido mi corazón, la vida con tus textos parece una verbena.»

—Hija, se nota que no lees los comentarios que deja la gente en internet. No son tan poetas. A mí lo que menos me suele ofender de todo lo que me llega es cuando me dicen que mis fotos son cacas del WhatsApp. Al menos me imagino sus ojitos saltarines y pienso: «Bueno, no me odian tanto.»

—Ja, ja, eres imbécil.

—Y tú... A ver. Que te he buscado por tu nombre y no sale nada, que parece

que no existes, ¿cómo has llamado al blog?

—Es que me da vergüenza decírtelo.

—Claaaro. ¿Y es así como pretendes que te lea nadie? Si ni siquiera le das el nombre a tu *best friend forever and ever always together*.

—Mimi-mimimimi. —Lo dije lo suficientemente bajito como para que pareciese que lo había dicho, pero no, ni yo había entendido mi gruñidito.

—¿Cómo?

—Mimi-mimimimi. —Esto es lo que mi madre denominaba hablar por debajo del bigote. Vamos, que ni un perro habría escuchado el sonido.

—*Amy and the city*?

—¡¿CÓMO LO HAS ENTENDIDO?!

—Porque por las mañanas hablas exactamente igual: he aprendido a rastrear, identificar y traducir el código de tu lenguaje. Pues está... ¿Bien? El nombre no suele ser lo más importante. Si fuese por eso yo ya me habría cambiado a Fat Bego, pero no puede ser, así que... Bueno, me voy a mi cuarto, lo leo todo y te digo.

—No hace falta.

—Sí, sí, sí hace falta. ¿No quieres mi opinión de experta en influenciadora de *influencers* o qué?

Me miró de tal forma que cómo negarse. Asentí con la cabecita. Y me quedé mirando al techo durante la media hora posterior, hasta que Fat Bego volvió al salón.

—Tía, está guay. Qué de cosas has escrito.

—Es que tengo mucho tiempo libre.

—Está ameno, está divertido, he anotado unas cuantas cosas para que te funcione mejor el posicionamiento en Google. Pero está muy bien.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Genial.

Me levanté y llevé los restos de nuestra cena a la cocina, sonriendo flojito.

Estaba muy bien. Qué alivio. Bueno, pues si no me leían sería por el posicionamiento ese. O porque yo qué sé. Pero estaba bien.

Volví al salón.

Bego había encendido la tele y estaba viendo el capítulo de las Kardashian en el que Rob le dice a su hermana Kim que le tiene manía. Era la segunda vez que lo veíamos, pero tenía pinta de que nos iba a enganchar como la primera.

Me senté, hipnotizada, mirando fijamente a la pantalla.

Qué bien se hacían el maquillaje esas mujeres. Qué maravilla.

Bego parecía estar igual, pero resultó ser solo una nueva estratagema para llevarme a su terreno.

—América —dijo mirando fijamente a la tele.

—Dime —contesté mirando fijamente a la tele.

—No sabía que lo del adonis te había llegado tan profundo —dijo sin apartar la mirada de Khloé Kardashian.

—¿Por lo de antes? —dije pensando en el cambiazo que había pegado esa familia.

—No, por el blog —dijo cuando vimos a Kim llorar en pantalla.

—¿Qué blog? —¿El blog de Kim?

—El tuyo. Es muy triste. —Y apagó la tele.

—Ah. Ya. —Había salido de mi estado *katatónico*.

—No, en serio. Me gusta mucho todo, pero el primer post... Me ha llegado a la patata.

—Pero ¿en plan mal?

—No, en plan que me he sentido identificada.

—Ya, bueno, es el efecto que provoca Javi.

Ups.

—¿Javi? ¿Cómo que Javi? ¿Iba eso por Javi?

—No, iba por Jack.

—Ya, pero has dicho Javi.

—Es que el post lo escribí después de... Mira, quedé un día con Javi.

—¿Quéééééé? ¿Cuándo?

—Pues... En mayo.

—¿En mayo? ¡Pero si estamos en septiembre! —Sacó su mano y contó—: Junio, julio, agosto, septiembre... ¡Cuatro meses!

—Hummm, sí, puede.

—¡Que vivimos juntas! ¡Y no me lo has contado!

—Ya, ha sido totalmente premeditado.

—Eres muy mala amiga.

—Ya.

Y se hizo el silencio.

Pero hay que conocer a Bego. Y las ganas de saber podían más que las ganas de odiarme. Quizá ya luego me haría la zancadilla yendo al baño.

Quizás, esperaría más. Una noche iría yo por la calle, andando a 200 kilómetros por hora, porque de día soy muy valiente, pero cuando está oscuro voy con el corazón en un puño, y de pronto aparecería ella, por cualquier callejuela de Malasaña saliéndome al paso, y me preguntaría la hora, provocándome un infarto porque sabe que mi mayor miedo en la vida es que alguien me pregunte algo de noche y a oscuras cuando voy sola y con miedo.

Quién sabe, la venganza es un plato que se sirve frío y si hay alguien que entiende de comida, esa es Begoña Carolina Blázquez.

—Bueno, pues ahora me lo cuentas.

Ahí estaba. La necesidad de saber.

Y le conté todo, que había quedado con Javi, diciéndome a mí misma que solo quería ser amiga suya, pero que en realidad le había montado una cita romántica con atardecer incluido, que habría sido precioso si no fuera porque me había besado y no me había gustado nada. Y que llegué a casa y escribí una carta de amor casi anónima a Jack porque total, no la iba a leer, pero yo necesitaba saber que lo que sentía había sido verdad.

Que luego me había dado vergüenza, y me había pasado a hacer columnitas cómicas sobre Madrid, Malasaña, mis amigos, ella misma y cualquier cosa que se me pusiese a tiro, pero que no quería borrar aquello porque...

—Borrarlo sería borrar a Jack, y todavía no estoy lista para dejarlo ir.

La respuesta de Bego fue totalmente inesperada: me abrazó desde el lateral, como cogiéndome por los hombros y como si nosotras fuésemos dadas al contacto físico y puso las Kardashian de nuevo.

Qué mejor anestesia que ver a Kim cambiando todo su vestuario.

## No es amoooooor

Un día, sintiéndome especialmente profunda, quise ir yo sola al McDonald's. Al de la tarde de McAutos.

No había vuelto a ir desde que quedé con Javi aquella tarde de septiembre en la que cambié mi vida. La cambié yo, yo solita, y ahora estaba segura de que no había sido a peor. Como poco, a diferente.

Por algún motivo le había conferido a su menú, a su establecimiento de Gran Vía, al acto en sí de acercarme allí, un poder que seguramente no tuviese: el de cambiar el rumbo. Aunque era yo la que lo tenía en mi mano, pensé que quizás allí supiese ver con claridad si debía olvidarme ya de Jack o... No sé, a lo mejor olvidar también lo del blog, si tan poco éxito estaba teniendo.

Dejar de malgastar esfuerzos en cosas sin salida era algo que no me había dicho La Coach, pero lo había extrapolado yo solita. Pero ¿qué podía merecer la pena en la vida? Esas cosas no se saben...

Acompañada de mis pensamientos (y una revista de cotilleo por si me aburría, porque lo de comer sola en bares no era un plan que hubiese practicado mucho), me pedí un Big Mac, unas patatas *deluxe*, por supuesto, una Fanta y hasta un McFlurry de Oreo porque tenía el día generoso con mi cuerpo.

Subí a la primera planta, admirando de nuevo el lujo de sus escaleras, y me senté junto a una ventana para ver la esquina de Montera con Gran Vía. Como siempre, devoré primero las patatas, que había volcado en la caja abierta de la hamburguesa. Después, varios bocados de paraíso hecho carne, pan, carne, lechuga, cebolleta y salsa. Para acabar, Fanta.

Y antes de comerme el helado pensé que debía hacer tiempo o los siguientes comensales me mirarían mal para que cediese mi sitio privilegiado.

Desbloqueé mi móvil y vi que tenía correo nuevo. No era un pedido de

Mamá Cocina, que era lo más habitual... Era un anónimo, cuyas palabras me tatuaría en el alma para siempre.

Era un mensaje en mi blog, el primero.

*No es amor, lo que yo siento es una obsesión.*

Otra vez... La vida me cambiaba.



## Fiesta con olor a cuco

Estaba borracha. Borracha de emoción y de alegría. ¡Me había leído alguien! Y había sentido el deseo irrefrenable de escribirme. ¡Y no era para decirme que odiaba mi blog!

Era un mensaje anónimo, vale, pero había sido en mi *post* más personal, el que le dediqué a Jack y que ahora odiaba, pero ya no quería cambiar ni una palabra por no fallar a mi yo del pasado.

Fui caminando por la calle Fuencarral, aunque podríamos decir que floté por ella... Ojalá lo hubiese hecho lo suficientemente alto como para poder esquivar a las masas de personas que siempre había mirando los escaparates de las mismas tiendas que hay en cualquier centro comercial. Y muy especialmente ojalá hubiese evitado a ese chico que todos los madrileños y muy especialmente los de la zona centro odiamos.

Sí, ya sabes.

Ese con el que debes evitar cualquier tipo de contacto visual porque si te descuidas un momento... ¡Zas! Te dirá: «Eh, ¡eh! ¡Se te ha caído!», y tú, que quizás ese día estés con el despiste habitual o que quizá no sepas de qué va la historia, mirarás por donde has venido, buscando. Será entonces cuando, ay, me duele solo de pensarlo, él rematará: «La sonrisa.» Querrás matarlo, él querrá que te suscribas a la ONG para la que trabaja, te irás enfadadísima por el vacile, y a medida que subas la calle lo culparás a él por no haber ayudado a la pobre gente/animales para los que trabaja y te sentirás peor todavía. Lo odiarás, a muerte. Te damos la bienvenida a este preciado club.

Por suerte, ese día no existió para mí. No lo vi, ni lo escuché ni, desde luego, fijé mi mirada en la suya. Porque llegué a casa subida en mi nube, deseando contarle a Bego lo que había pasado. Ella, como bloguera, seguro que había vivido también ese primer momento en su propia piel.

Pero Bego no estaba en casa, así que me senté en el sofá a leer de nuevo mi mensaje.

*No es amor, lo que yo siento es una obsesión.*

Ay, que me entendían.

*No es amor, lo que yo siento es una obsesión.*

Cuántas veces había cantado esta canción en bares de Madrid, cuántas. Es verdad que había cambiado alguna vez «obsesión» por «calentón». Ideas de Miki.

*No es amor, lo que yo siento es una obsesión.*

¿Y si me habían tomado por loca? ¿Y si lo que querían decir al leer mi texto es que se me había pirado la pinza?

*No es amor, lo que yo siento es una obsesión.*

¿Quién habría dejado el mensaje? ¿Por qué no poner su nombre? ¿Y si había sido alguno de mis amigos?

No, ellos habrían cambiado también «obsesión» por «calentón». La esencia podía ser la misma, pero no era igual.

Decidí que estaba dándole demasiadas vueltas a un mensaje, símbolo inequívoco de que tenía demasiado tiempo libre. «Quizá debería aprovechar la euforia para escribir más en el blog», me dije.

Pero seguro que empezaba y llegaba Bego y tenía que parar para contárselo y se me iba a ir una inspiración que, sinceramente, en ese momento no tenía.

Como Bego no llegaba decidí aprovechar la tarde: hoy era el día de la boda de Kim en las Kardashians.

No era tan profundo como cuando me ponía a leer a Truman Capote, pero era cultura popular igualmente. Los nervios previos, el vestido, la no aparición de Beyoncé... Me estaba poniendo muy al día para poder participar en las conversaciones frikis de mis amigos. Lo siguiente era empollarme todos los participantes de Eurovisión desde los años noventa hasta la actualidad. Y

algo de fútbol, que a Tony le haría ilusión.

Sin embargo, fueron pasando las horas, los capítulos de las Kardashian, las discusiones entre ellas, las operaciones plásticas y Bego no llegaba. Le envié un mensaje: «¿Piensas venir a cenar?», y aunque lo leyó inmediatamente (y me vio «En línea»), no contestó.

Eso era jugar con fuego.

Una amiga no te hace eso. Puede hacértelo el capullo de turno, pero ¿tu mejor amiga? Como fuese por estar con Marcos iba a ser doble ofensa. No se margina a una por un medio novio-medio ligue por mucho que te prepare platos ricos de los que encima te suben los fans en las redes sociales.

Decidí contraatacar: «Begoña, o contestas o no hago pizza, tú verás.»

Funcionó, claro. «Sí.»

¿Sí? ¿Qué clase de respuesta es sí? Me recordó a cuando le tuve que explicar a mi madre que no le cobraban por caracteres en los SMS. Que la primera vez que me mandó uno parecía un jeroglífico, y mira que yo estaba totalmente hecha al lenguaje SMS y los emojis y todo, pero ella tenía su propio código.

Después vino decirle que tampoco costaba dinero cada vez que pinchaba en «Enviar» en WhatsApp, pero como ya he explicado a ella le costaba no equivocarse entre unos y otros.

El caso es que Bego sí sabía que no le cobraban. Había sido escueta porque sí, gratuitamente. Por lista, iba a hacer la pizza de calabacín y no barbacoa, como me había pedido.

A mí también me gustaba más la barbacoa, pero así se fastidiaba ella. Esa iba a ser mi dudosa venganza.

Me fui a la cocina y me puse a amasar: agua, levadura, harina y una pizca de sal. Si hubiese sabido antes que el secreto, que está en la masa, es que no había prácticamente secreto, rapidito iba a haber encargado yo tantas a domicilio.

Cuando estaba metida en harina, literalmente, sonaron las llaves: llegaba Bego. Pero no venía sola porque venía charlando, tranquilamente, como si yo no llevase medio día esperándola para contarle lo más emocionante que me había pasado en muchas semanas.

Cuando se abrió la puerta identifiqué que venía con Adri, que anunció su llegada: «Sorpresa, Américaaaaaa. ¡Si estás en bolas es hora de ponerte un jersey!» Eché un poco más de harina y agua a la mezcla, se ve que íbamos a

tener invitado a cenar.

No pude hacer otra cosa más que recibirlo con una sonrisa. Al resto le irritaba esta manera suya de llegar gritando, pero cada uno es como es.

Ambos se presentaron en la cocina, sinceramente, apestando a sudor.

—Oléis a cuco. ¿No os habrá llevado otra vez Tony a su gimnasio? Bego, que la primera vez en *spinning* te hiciste un desgarró muscular.

—Ja, ¡como para olvidarlo!

—No, tía —dijo Adri dándome un beso en la mejilla. Soporté el exceso de contacto porque me estaba obligando a mí misma a tolerar los gestos cariñosos de la gente, aunque supusieran la invasión de mi burbuja personal y en este caso lo diese un ser con Eau de Choto.

Que Adrián no hubiese obligado a Bego a pasar por su casa a ducharse me extrañaba y despertaba toda mi curiosidad.

—Ahora en serio. ¿Por qué venís *resudaos*?

—Ay, Bego, eso. ¿Me dejas una toalla?

Y ambos desaparecieron por el pasillo.

¿Era cosa mía o siempre era la última en enterarme de todo?

Con la masa y su correspondiente salsa de tomate extendida sobre las bandejas y horneándose levemente ya solo me quedaba preparar las verduras... Y la carne. Adri no merecía una cena completamente vegetariana.

En esas estaba cuando llamaron al timbre de casa. Un vecino no podía ser, porque ninguno nos había dirigido la palabra hasta ahora, así que debía de ser alguien que se hubiese colado en el portal y hubiese venido directamente. Saqué unos aros de cebolla y unos *nuggets* congelados. Esto ya empezaba a oler a reunión sorpresa de amigos.

Aunque cuando Bego, que fue a abrir, apareció con Tony y Miki me di cuenta de que oler lo que era oler, la cosa iba a oler a otras cosas. Chamusquina era una de ellas.

Se les veía cansados, pero estaban sonrientes. Mucha sonrisilla veía yo entre todos estos. A saber qué tramaban, si no me había dado ningún jamacuco recientemente...

Lo primero que pasó fue que fueron pasando, todos, por la ducha de nuestra casa. Y todos fueron saliendo... En pijama. Pregunté si debía vestirme acorde y Tony me dijo que las captaba al vuelo, que solo había necesitado que las otras cuatro personas de la casa se pusieran el suyo para pillarlo. Es un amor.

Winnie the Pooh, las pizzas, los aros de cebolla, los *nuggets*, el guacamole

improvisado que preparé y yo nos presentamos por fin en el salón. Tenía todo tan buena pinta que nos recibieron con aplausos. Se ve que estaban hambrientos...

—¿Pensáis contarme de una vez qué tramáis?

—¿Cómo que qué tramamos? —Quizá deberían haber dejado que me mintiese alguien mejor que Bego, la pillaba a la primera—. ¡Esto! ¡Una fiesta de pijamas sorpresa en casa!

—Ajá. Una fiesta en la que yo me veo obligada a cocinar más para los gochos estos... ¿Y ya está?

—No. —Tony, el líder, tenía que dar su puntillita—. Hemos venido a otra cosa, pero...

—Peeero no te la contaremos hasta que no hayamos cenado. Que no quiero ponerme a contarlo yo, que es lo que seguro que va a pasar, y que me dejéis sin pizza y sin guacamole, que nos conocemos.

Miki tenía razón: en nuestro grupo, hablar estaba penalizado. Si te despistabas, te tocaba pasar hambre...

Aunque yo no tenía demasiada, después del festín de la comida y la emoción de lo que había ocurrido después, así que decidí contarles la versión larga. Sí, les conté hasta que había pedido Fanta de naranja, no ahorré en detalles, y llegaron las anécdotas sobre el solidario de «Se te ha caído la sonrisa».

Finalmente, decidí que no aguantaba más:

—Ah, y luego no me ha importado nada de nada... ¡He recibido el primer comentario en mi blog!

No esperaba que diesen saltos de emoción o sintiesen que tenían alas, como yo, pero su respuesta me dejó totalmente desconcertada.

## Como la piedra dura de Chipiona

Se habían quedado mudos. Es más, a Adri se le quedó medio aro de cebolla dentro de la boca y la otra mitad fuera, como congelado.

Yo agaché la cabeza y los miré interrogante.

Fue Bego la que exclamó, al fin:

—¡Ha funcionado!

Con esta gente vivía en una incomprensión continua. Todo hubiese sido más fácil si me dijiesen las cosas como eran desde el principio, pero, la verdad, era mucho menos emocionante. Y creo que se habían acostumbrado a sorprenderme en la etapa más agitada de mi vida.

Como era de esperar, fue Miki quien comenzó la explicación.

—Bueno, nena. Que por fin has empezado el blog...

—Sí, Miki, pero pensaba que eso ya os lo había dicho en un mensaje, ¿no? ¿No lo hablamos? Sí, lo hablamos, y me dijiste que te había gustado mi *post* sobre las modernas de pueblo y cómo habían evolucionado, y Tony dijo que el de las musculocas de gimnasio sabía que iba por él y yo juré que no, pero... bueno —miré a Tony—, he de decir que un poco sí.

Se lanzó a hacerme cosquillas al grito de «¡Lo sabía!». Hacía muchísimo daño, pero me lo había ganado por hacer un artículo un poco malévolo... Estaba muy orgullosa de ese texto, la verdad.

—Que sí, idiota. Pero que Miki lo que quiere es decirte otra cosa. Y poned la tele que igual estrenan mi anuncio por fin.

Vaya, Adri ya se había tragado el aro de cebolla, era de agradecer.

Y Miki tomó la palabra:

—Bueno, pues eso, que después de tantas vueltas vas y haces el blog. Y no nos dices nada. Pero luego te chivas a Bego y ya lo leemos todos porque se abre la veda, ¿no? Porque ya no te da vergüenza y eso. Y lo leemos y me dice

Tony en casa: «Negaré en público haber dicho esto, pero... Es ¿bueno?» Lo dijo así en pregunta porque, yo qué sé, mi niño es así —miró a Tony—, pero muy guapo. Muy guapo. Bueno, pero la verdad es que estábamos todos flipando porque yo qué sé, habías tardado tanto y como estás siempre así, de bajona...

—Pues, tía, que no esperábamos que fueses tan graciosa.

Qué pareja tan bonita. Entre ellos se llamaban guapos, pero luego a mí Tony me llamaba aburrida. Cómo no amarlos. Cómo echarlos de mi casa en ese momento si eran más fuertes que yo. Ojalá tuviese la respuesta a esto último.

—Bueno, ¡pues, tía, que hemos hecho una cosa! —A Bego le pasaba como a mí, que las sorpresas le estallaban si las guardaba mucho dentro.

Miki, maestro de ceremonias, retomó la palabra:

—Como hemos visto que había ido pasando el tiempo y, sinceramente, nos apetecía una mierda que volvieses a la radio esa porque nos parecen todos unos pijos creídos que se creen superdefensores de los derechos de la gente y luego son los más rastreros, pensamos que sería buena idea darte a conocer... Y lo hemos hecho.

Miradas.

Yo a ellos. Y ellos entre ellos.

Adri hacía muecas, sacudía la cabeza, decía: «Dí-se-lo.» ¿Qué habían hecho?

—¿Qué habéis hecho?

—Una cosa.

—¿Qué cosa?

—Caracosa.

—Bego, dímelo. —Tenía que emplear todas mis dotes de extracción de información con ella, el resto eran duros como la piedra dura de Chipiona.

—Ji, ji. Te vas a reír...

Dios mío, íbamos a tener que hacer de nuevo la prueba de «Operación Triunfo» y esto se iba a eternizar y, peor, íbamos a acabar enfadados y encima se quedaban a dormir y mi buena educación me iba a impedir cerrarles la puerta de casa de un portazo en la cara.

—A. VER. QUE. ME. LO. CONTÉIS. YA... YA.

Se miraron entre ellos varias veces. ¿Qué?

Miki volvió a ejercer como conductor de la velada. Era el Jorge Javier de nuestro salón. Yo era más bien María Patiño, la que estaba siempre a por uvas.

—Bueno, pues nada, chica: vemos tu blog, a Tony y a mí se nos ocurre que deberíamos hacer algo para que la gente te conozca, se lo comentamos a Bego, Bego se lo cuenta a Adri y nos ponemos a pensar.

—Y por cierto, ese día yo le estaba cortando las puntas a Loles León. LOLES LEÓN. ¿Cómo es de fuerte? Pero ni siquiera pude contártelo por si me pillabas y sabías que le dije: «Loles, cariña, tengo una amiga que va a ser una estrella.» Y Loles me ignoró, claro.

Yo no doy crédito. Me estoy enterando de la mitad y no sé adónde va a ir a parar esto.

—Vale, OK a lo de Loles. Pero entonces... Os ponéis a pensar: ¿qué significa eso?

—Pues de eso... De eso venimos. —Tony viene a ser el que aclare la situación—. Te hemos hecho una campaña de marketing de guerrilla.

*WHAAAAAAT?*



## Estaba todo en el *spam*

Tal cual.

Mis amigos habían intentado darme a conocer con una campaña de publicidad, lo que yo más había odiado... Quizá conscientes de que yo jamás haría algo ni remotamente similar. Por falta de capacidad y sobre todo de ganas de que se pareciese en lo más mínimo a mi etapa en la agencia.

Se les había ocurrido a mis Pili y Mili. El bien y el mal encarnados en la pareja que menos esperábamos. Miki y Tony habían pasado noches sin dormir elaborando un plan. Miki poniendo la parte creativa, Tony, la parte práctica, y ambos van y diseñan un plan que, según Tony, que no tolera que le salga mal ni siquiera lo que no puede planear, no tenía fallos.

Y por eso habían vuelto así de sudados: porque habían empapelado Madrid con la mitad de mi texto, anunciando que si querían leerlo completo tendrían que buscar «limerencia» en internet. De alguna forma, Bego me había colocado en la primera posición en las búsquedas... Y así, todo el que encontrase los carteles y se metiese en internet, me encontraría.

Se patearon la Complutense, Malasaña y Chueca, centro, el barrio de Salamanca y hasta habían ido al Matadero a colocar carteles. Además, habían ido dejando pósters por estaciones de metro, autobús y hasta en Callao con «limerencia» escrito, nada más.

Por supuesto, yo no lo había visto porque no tenía redes sociales desde hacía tanto que ni me acordaba, pero Bego Curvy también había invitado a sus seguidoras a leerme.

Y así... Llegó ese primer mensaje. No había sido azar, había sido amistad. De la bonita, sincera y buena.

Mis amigos estaban dispuestos a ayudarme, a quererme tal cual, a hacerme mejor persona cada día, a sorprenderme en cuanto pudiesen, a hacerme reír y

acompañarme cuando quisiera llorar. Era la historia más bonita de mi vida: ni mi trabajo ni cualquier novio falso habrían podido darme el amor que me dedicaban esas cuatro personas.

Me salté todas mis normas y los abracé, uno a uno, fue un gesto que salió tal cual, olvidándome de mi escasa necesidad de contacto físico habitual.

Después, me obligaron a leerles en voz alta ese primer mensaje...

*No es amor, lo que yo siento es una obsesión.*

Y después, como si yo fuese una señora, me tuvieron que decir:

Revisa el *spam*.

—Pero ¿qué *spam* ni qué ocho cuartos, si ahí solo me llega basura?

Como si no lo hubiese visto venir... Tenía el *spam* lleno de mensajes. Las estadísticas de mi web haciendo volteretas. ¡Me habían convertido en viral!

## La nueva Carrie Bradshaw

El camino había sido emocionante: hay gente que no da importancia a los momentos, pero a mí me gusta ese sentido de abismo que te asoma a la garganta, que se parece mucho a llenarte el cuerpo de una masa ligera que te hace andar por el aire, casi saltando.

Había pasado un mes desde que mis amigos pegasen mi *post* por todos los rincones de Madrid. Había elegido una palabra original para mi *post* y gracias a eso habían podido crear una gran campaña a mi alrededor... Limerencia, qué de disgustos me habías dado en la vida sin yo saberlo, y qué alegrías traías contigo, sin tú saberlo, ahora.

Esa primera noche la pasé repasando todos y cada uno de los mensajes, y de nuevo tuve que contar con la ayuda de mis amigos para planificar cómo y cuándo seguir publicando. Organicé mis ideas y desde la misma mañana siguiente empecé a programar artículos de todo tipo, variando de vez en cuando para probar qué preferían ellos.

Estaba que no me lo creía... Al cabo de tanto tiempo, ¿a la gente le gustaba? Sí, entre interrogaciones, quizás es que es difícil de asimilar.

A decir verdad, el blog seguía recibiendo visitas y el público encajaba igual de bien las entradas graciosas como las más profundas, a las que ahora, de vez en cuando, les dedicaba un espacio. Mi blog era como yo: a veces sensato, a veces divertido, casi sin buscarlo, y a veces tan profundo que te dan ganas de que me llamen Amypoetisa.

Mi rutina había cambiado totalmente y hasta me estaba costando aceptarlo. Mantenía Mamá Cocina porque al fin y al cabo solo me exigía cocinar y entregar y era mi pequeña joyita... Era la prueba de que había salida, que algo podía hacerme feliz sin pedir mucho a cambio, que siempre tendría una vía de escape y dedicarle a mi otra pasión, escribir, mis ratos libres. Y además, de

momento, era lo único que me daba dinero (y mis padres, claro está).

Aunque pronto esperaba que cambiase... Me dirigía a la tercera entrevista de esta semana. Pero no entrevista en plan reportaje como las que ya me habían hecho varias webs y hasta el canal Castilla León: aprovecharon que visitaba a mis padres para grabarme y salí en la tele, nerviosa, contando la estrategia de los carteles y los pósts, mi inspiración y un montón de cosas que me inventé porque la verdad es que se me daba fatal responder, era más de preguntar.

Lo pasé fatal, pero a mis padres les hizo mucha ilusión. Y a las amigas de mi madre. Y al del bar de las bravas. A todo el que me crucé se lo dejé caer sutilmente porque nunca es mal momento de contarle al mundo que eres la chica viral del momento.

Esto era una entrevista entrevista, de las de darte trabajo. La tercera en unos días, y casi todas ellas parecía que iban a ser fructíferas. Esta vez era una revista, de esas de las que casi nadie compra ya porque ni siquiera saben dónde está el quiosco: me iban a ofrecer, porque creían en mí, volver a trabajar como periodista. Iba a tener mi propia columna. Con mi nombre, mi firma y mis ideas.

Iba a ser, no sé cómo, la nueva nueva nueva Carrie Bradshaw.

## Un epílogo XXL

Begoña llega tarde... Qué raro. Hay cosas que nunca cambian. Aunque ahora le puede echar la culpa a Marcos, con el que lleva saliendo oficialmente un mes y del que no se despega porque, dice, le endulza la vida. Tanto que le resulta imposible abandonar sus dedos de mantequilla y su lengua de caramelo. Muy bonito, así, de palabra, pero ya llevo diez minutos esperando y me temo que quedan otros diez como poco.

Vamos a comprar los regalos de Navidad: tengo muchas ganas de llegar a casa de mis padres con cosas que les hagan felices... Aunque ahora voy de visita mucho más que antes, una vez al mes como poco, sé que ha sido duro asumir que, de momento, no voy a volver para quedarme.

Hasta última hora mi amiga del alma no se ha dignado a decirme dónde quedábamos, porque estaba ocupada con sus cosas de bloguera, pero a mediodía me ha mandado un mensaje muy concreto: «Quedamos en la esquina de plaza de España con Gran Vía. La del banco, no la del Starbucks. Espérame más hacia la calle que sube al cubano donde Miki se durmió aquella noche con la frente apoyada en un mojito. No hagas más preguntas.»

Yo ya ni las hago, porque es una mandona y porque su novio vive al ladito, en la calle de la Manzana, así que tiene toda la lógica del mundo que me cite ahí. Alguien se ha liado a darse besos de *toffee* otra vez.

De pronto, un coche negro, perfectamente limpio y brillante, se para a mi lado, la ventanilla del copiloto se baja y el conductor, un joven trajeado, se dirige a mí:

—Por favor, señorita, suba.

Sé que es un tópico, pero miro por si se lo está diciendo a alguien por detrás. No es la primera vez que me doy la vuelta cuando dicen: «Eh, guapa», y no era para mí. No hay nadie. Y el del coche me sigue mirando. Inquisitivamente, creo.

—Eh... ¿No?

—Me han avisado de que rechazaría. Insisto.

¿Qué es esto, un secuestro? Así se lo digo.

—Me pidió su amiga Begoña que dijese, y disculpe porque cito textualmente: «Sube, imbécil, que siempre tienes que complicarlo todo.»

—¿Begoña? ¿Te ha enviado Begoña?

La mato. LAMATO.

El conductor no contesta. Me veo en la obligación de entrar porque si viene de parte de ella, gracia no me hace, pero malo no será. Y temo mucho a esa chica, lo juro.

Me siento en la parte trasera y allí me esperan, sorpresa, una bolsa de papel y una caja de zapatos. El coche se pone en marcha a velocidad de tortuga.

Decido que lo que hay allí es para mí y me dispongo a abrir la caja: dentro, sobre algo envuelto en seda hay una nota: «Amiga, POR FIN eres Carrie Bradshaw. Solo te faltaban el tutú y los Manolos. Como sabemos que eres un poco torpe, hemos elegido algo un poco más acorde a ti. Póntelo todo. YA. Dice Tony que es una orden. Firmado: Bego, Adri, Miki y Tony.»

Miro a mi alrededor buscando una cámara, pero aunque la hubiese estoy segura de que ni la vería de los nervios.

Creo que es un buen momento para señalar que vivo rodeada de pequeños dictadores. Quizá debería pedirle ayuda a La Coach y que me enseñe a no seguir sus dictados siempre, pero... Soy débil. Y esto que han montado me hace un poco mucho de ilusión.

El conductor me ve inquieta: dicen que me lo ponga todo, ¿se supone que tengo que cambiarme de ropa ahí? Él se da cuenta, para el motor del coche (tengo la sensación de que en total nos habremos movido 20 metros), se vuelve y dice: «Cuando termine, llámeme por la ventanilla.» Y se va del coche y se queda fuera, apoyado, tapando la ventanilla para darme privacidad.

¿Qué es este espectáculo?

Voy a dejarme llevar porque quiero cotillear la bolsa y porque una amenaza de Tony significa que el asunto es serio.

Dentro encuentro un jersey negro de punto con cuello barco, mi favorito, y una preciosa falda de tul negra a media pierna con estrellitas doradas. ¡Cómo mola! Me lo pongo todo y ahora agradezco que Bego me obligase a ir con ella a hacerme la cera el sábado. Lo de: «Me he rozado contigo y tus pelos se me han clavado a través del pantalón» no fue amable, pero coló. Lo tenía todo

planeado, al parecer.

Después me concentro en la caja. Siempre me dejo lo mejor para el final: quito el papel de seda y se me corta la respiración. Una bola sube por mi garganta y a mis ojos, se me va a caer una lágrima. Lo sé porque es eso o dejar de respirar para siempre. Son los zapatos con los que ilustré el *post* de mi blog. Mi *post*, el que consiguió que cumpliera, al fin, mi sueño. Los zapatos de Cenicienta, mis zapatos. Son de Miu Miu, tienen el tacón medio con cristalitos, y rosas. Son perfectos. Con ellos podría sentirme la mujer más poderosa del mundo porque concentran mis necesidades, anhelos y toda mi valentía. Podría no, puedo: porque ahora son míos y me los puedo poner.

Estoy llorando, con gotitas de cristal, en silencio, pero lloro por todo lo que he vivido y porque me siento querida. Se han dejado una pasta. ¿De qué va todo esto? ¿Por qué ahora?

Dentro del zapato derecho me encuentro una tarjeta: «Zapatos para Cenicientas bajo la nieve. P.D.: No hay ticket regalo, así que te los pones y punto. P.D.1: Te los mereces, te queremos, nos debes una cena. Firmado: los mismos.»

Sonrío. Son imbéciles, les quiero.

Me pongo los dos zapatos y golpeo la ventanilla con los nudillos. Estoy lista.

El conductor entra y, sin decirme nada, pone el motor en marcha. De nuevo, nos movemos a paso de caracol. Por algún motivo, me concentro en doblar mi ropa, dejándola encima del asiento, como si eso fuese importante ahora. ¿Adónde iremos?

Doblamos la esquina y... ¿Eso que veo al final es plaza de España de nuevo? El coche se vuelve a parar, se ve que vamos a ir haciendo paradas cada 10 metros en la misma zona. El conductor me mira sonriente por el retrovisor. «Este es cómplice de esos mamarrachos», me digo.

—Ya hemos llegado.

Alucino pepinillos. ¡Pero si estamos en la calle paralela a la que me ha recogido!

No me da tiempo a protestar: mi puerta se abre desde la calle y alguien tira de mí hacia fuera. ¡Es Bego! Estoy superemocionada y quiero abrazarla, pero una vez que salgo, Tony cierra de golpe la puerta y el coche arranca. Están los cuatro y están muy exaltados, pero ignorándome por completo.

Me recuerda a aquel día en el que subieron a mi casa con comida de todo el

mundo... ¿Cuánto tiempo ha pasado desde aquello?

Como aquella vez, tampoco se dirigen a mí, ni siquiera cuando pregunto qué va a ser de mis cosas, que se han quedado en el coche... ¡Y mi móvil! Siento un pequeño ataque de ansiedad, pero a nadie le importa: solo hablan entre ellos mientras Bego organiza todo.

—Miki, graba. —Y Miki tiene el móvil grabando y me hace unos planos que hasta me saca los puntos negros, creo yo. No sé dónde piensan publicar todo esto, pero va a parecer una película de esas que le gustan a Adri y que echan los viernes en La 2. Igual planea mandársela a Almodóvar, ahora que tiene contactos en el mundo cinematográfico. Espero no salir fatal, ahora que soy medio famosa en las redes, por mucho que lo mío sea precisamente esto, escribir de situaciones aparentemente glamurosas pero de lo más corrientes... Como estar con taconazos y falda pero pelándome de frío en la puerta de una sidrería.

Entretanto, Tony sujeta una bolsa de deporte y Adri busca metódicamente dentro de ella. Yo voy de uno a otro intentando que me expliquen de qué va esto. No sé si es frío, nervios o desconocimiento, pero estoy histérica.

Bego me agarra el antebrazo y me obliga a mirarla a los ojos. Está muy seria y eso solo significa una cosa: que está disfrutando como una loca (lo que es) de estar al mando.

—América. Ahora te vas a estar quietecita y no te vas a mover hasta que yo te diga. Y, sobre todo, ¿qué te ha dicho el conductor de mi parte?

Hummm. Yo qué sé qué ha dicho el chico. Estoy yo como para acordarme de lo que hemos hablado.

—Eh... ¿Que le gustas?

Por tentar a la suerte, yo qué sé.

—Eh... No. —Me mira como si se me hubiese ido la olla, aunque quizás un poco.

No ha colado.

—Espera, ¿te ha dicho eso? —Sonrío, eso es muy de Bego—. Bueno, no, en serio, ¿no te ha dado un mensaje muy importante de mi parte nada más llegar?

—Ah, sí. ¿Que no haga preguntas?

—PUES NO HACES MÁS PREGUNTAS Y PUNTO PELOTA. ¿ESTAMOS?

Jolín, qué carácter. Y asiento. Qué miedo. Y qué divertido a la vez.

En ese momento, Adri me coge del pelo y empieza a recogerlo con las manos, es la primera vez que me peina en su vida porque nunca lo he tenido



suficientemente largo, ahora debe de estar a su gusto, al parecer. Mientras da vueltas a una goma, Tony saca de la bolsa un aparato y anuncia: «Está listo.» Miro para ver qué es eso que está tan listo y es un cacharro que podría haber salido de los mismísimos Mortadelo y Filemón.

Han enchufado las tenacillas a un cargador de móvil portátil, a saber quién les ha hecho el apaño. Con ese invento, que me da cero confianza, Adri empieza a ondularme las puntas de la coleta que me ha hecho. Está tirante, no creo que pueda guiñar un ojo, si es que lo requiero.

—¿Es esto necesario?

Recibo un genérico «chsss» mientras Miki no para de grabar y se ríe como un loco.

Tras el pelo pensé que me dejarían en paz y me dirían si ha llegado el momento de grabar mi propio videoclip, como el que hicieron los de «Un paso adelante» en la plaza de enfrente, pero Adri saca sus brochas y empieza a maquillarme. Claro, cómo no.

Me hace un maquillaje tan exprés que me extraña que no lo haga con un aerosol. Total, ahora que tienen tantos *gadgets*...

Se aleja unos centímetros de mí, me mira, da su aprobación y mira a Bego asintiendo:

—Estamos.

Menos mal, porque me estoy pelando de frío. Ellos llevan abrigo, pero yo no porque a nadie se le ha ocurrido que, en diciembre y en la calle, iba a necesitarlo. Esto es poner mi *burgalesidad* muy a prueba.

Cuando hemos cruzado el paso de peatones y parece que, por fin, nos dirigimos a algún sitio, Tony nos detiene: «¡Esperad!»

Saca su móvil y pienso que quiere una foto de grupo, voy a salir preciosa con la piel de gallina y los dientes castañeteando. Por segunda vez en mi vida, cuando creo que me van a hacer una foto con el teléfono, empieza a salir música de él. Y esa música es... ¡*Mariana!*

Serán los nervios, la hipotermia, el que estamos locos y queremos hacer una locura porque sí, porque quién nos va a parar, el caso es que empezamos a bailar como descosidos en plena calle, cantando a grito *pelao*:

*Qué me has hecho, Mariana,  
di qué,  
qué me has hecho, Mariana,*

*mi amor.*

De pronto, y con la música aún sonando, y mi cuerpo rebotando adrenalina por los poros, me vuelven a coger de la mano y tiran de mí hacia delante. Llegamos corriendo a una puerta giratoria.

La del Edificio España.

Cuántas veces habré pasado ya por delante pensando que me iba a unir más a...

Las luces están apagadas, salvo las de la portería, donde se ve a un guardia de seguridad.

El edificio lleva años cerrado... Pero entramos.

El buen hombre no habla, simplemente señala con el brazo un ascensor, a su izquierda.

Pulsamos el botón y se abre la puerta («Lo bueno es que nadie más llama al ascensor en un edificio vacío», pienso, pensando siempre tonterías en momentos clave). Me empujan dentro y Miki marca desde fuera el piso 25.

Se cierran las puertas. Me he quedado sola. Estoy subiendo.

¿Qué está pasando? Este sitio significa mucho. Mucho desde hace... Casi un año.

Pero también nada.

No puede ser...

Va a ser que voy a subir y me voy a encontrar a los cuatro con un festín de comidas del mundo porque echan de menos ponerse ciegos a especias.

Tengo ganas de hacer pis. El latido de mi corazón rebota en mis oídos.

No puede ser. No puede ser.

Va a ser que se va a abrir la puerta y va a aparecer, por fin, Isabel Gemio con las Spice. Victoria incluida.

Va a estar hasta Beckham.

El ascensor se para. He llegado.

Respiro hondo. No quiero salir.

Voy a salir y va a estar Chenoa esperando explicaciones por lo del baño. ¡Me da vergüenza!

Se está abriendo la puerta, está totalmente oscuro. No hay paredes, alguien las tiró abajo.

Como sea una película de miedo en la vida real me voy a hacer más que pis.

La puerta se abre del todo. Me voy a desmayar.

Aparece él.

Se me ha cortado la respiración. Lo juro, me ahogo. Es Jack.

¿Es Jack?

Cierro los ojos un par de veces para asegurarme de que no me lo estoy inventando, que yo soy muy de inventar y más ahora que soy escritora de un blog. También un poco para acostumbrarme a la oscuridad.

¡Es Jack!

Corro hacia él, que no está a más de dos metros, y con el ímpetu habría podido tirarlo si no fuese americano y tuviese una constitución de *quarterback*. Lo abrazo y siento el frío recorriendo mi cuerpo. No sé si es frío, quizás es emoción y adrenalina y... ¡Es Jack!

Me aparto un poco y solo oigo mis propios latidos, en mis tímpanos.

Sonríe. Dios mío. En Madrid es todavía más guapo que en Nueva York, aunque no sé cómo es eso posible. Quizás es porque es un año mayor. Un año. ¿Qué hace aquí?

—Hola.

Hola, dice.

HOLA.

Y me da la mano para que nos acerquemos a la ventana, como si fuese una princesa italiana saliendo de su carruaje. Dios mío, qué lejos y qué cerca ha quedado todo eso. Cuántas veces he repetido en mi cabeza nuestra conversación.

Como ya demostré a miles de kilómetros de aquí y con el mismo hombre, soy una persona de lo más ingeniosa, especialmente bajo presión. Y contesto:

—Hola.

Y sonrío con timidez mientras cojo su mano, que activa una descarga eléctrica que va de mis pies a mi cuello dejando piel y vello erizados a su paso.

Y ahora, ¿qué?

Estoy. Está. Y encima, estamos en un sitio que no creo que sea muy legal estar.

Veo que, junto a una ventana, hay una botella de vino rosado (¡se ha acordado!), dos copas y dos menús Big Mac con patatas *deluxe*.

—Ven. —Y lo dice en español. ¿Va a hablar español ahora? Madre mía, la vida.

En realidad, por sus movimientos veo que está tan nervioso como yo. Menos

mal que me acompaña en esto.

Me da una copa, me sirve vino, y frente al ventanal me dice:

—¡Bienvenida al Edificio España!

Y brinda conmigo. Bueno, a decir verdad yo sonrío como una idiota enamorada, que es lo que soy, hablando claro, y siento que soy la prota de comedia romántica más alelada de la historia.

Viendo mi actuación estelar, Jack se apoya en la ventana y me dice:

—Aquí estoy, América.

«Aquí estoy.» Es muy fuerte las expresiones que está usando. Me encanta su acento hablando español y ya no quiero que hable nunca más inglés, pero no sé si sabe mucho más que eso y «piso mojado». Según lo pienso me traslado de nuevo a Nueva York, cuando me contó lo poco que sabía de mi idioma, y elimino en mi cabeza todos los meses que ha habido entre medias.

—¿Hablas español?

—Ahora... Un poco sí. —Me muero aquí mismo. De amor, claro.

—¿Sabes cómo me llamo?

—Sí, claro. Lo supe siempre. También estaba en la etiqueta.

Ah, claro. La etiqueta de la tintorería de nuevo, muy lista, América.

Sonríe. Me vuelvo a morir. América y Jack, por primera vez me permito este pensamiento: qué bien suena.

Estoy nerviosísima.

Diría que estoy pensando en cualquier cosa, pero no pienso en nada, solo floto. Y mi cerebro va a su bola, conectado con mi lengua, haciendo preguntas sin parar.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Dónde estabas?

—No tenías redes sociales... Y nunca te encontré. —Pone cara triste y yo quiero pegarme, por lista, por tonta, por ser siempre yo—. Pero pasaron los meses y un día, ¡sí! ¡Te encontré! ¡Tenías un blog!

Mierda. Me quité las redes sociales para olvidar a Javi y así desaparecí para Jack. Pero abrí el blog por mí misma y Jack me encontró. Se me está rompiendo y recomponiendo el corazón todo el rato. Otra vez, veo las cosas desde otro lado, como el propio Jack me enseñó, y no voy a poder olvidar esa nueva perspectiva...

Me como una de mis patatas *deluxe* para quitarme el mal sabor de boca. La patata está fría, pero rica, y ni siquiera la he rebozado en salsa. Es increíble que en esta vida nada me quite las ganas de comer.

A Jack le hace gracia: saca una hamburguesa y le pega un bocado como si fuese un bocata de choped. Lo suyo son las hamburguesas, aunque aquel día lo negase.

—Ya sé tu opinión sobre las hamburguesas, pero Begoña me dijo que las patatas...

—Son perfectas. Las hamburguesas ahora me gustan. Me recuerdan a...

Y no acabo la frase.

A ti. Jack, a ti.

Es difícil que me abra. He pasado por mucho. Pero está aquí. ¡Aquí! Y quisiera poder decirle que me muero por este momento. Me he muerto largas horas por tenerlo delante de mí y aquí está.

—América... Me despedí de ti haciéndome el héroe, pensando que esa misma noche podría darte las buenas noches. Tenía tu nombre completo, no podía ser tan difícil encontrarte en internet y... No existías. Pasaron los meses y por fin encontré algo. Tu blog. Usé el traductor, pero me apunté a clases de español para entenderte.

Alucina.

Pero habla muy bien, ¿no? ¿Cuánto tiempo hace de esto? ¡Tiempo en el que él sabía de mí y yo no! ¡Qué injusto! Qué injusto.

—Pero ¿por qué no me escribiste? —Lo digo golpeándolo de broma, enfadada porque no me gusta el tiempo perdido.

—Porque no sabía si te acordarías de mí. Pero entonces leí una entrevista que te hicieron, y decías que le habías dedicado un artículo, el primero, a un ¿Backstreet Boy? Ya me explicarás eso... Supe que era yo. Me volví loco. Di saltos de alegría por toda mi casa y hasta grité. Quería verte, pero necesitaba hacerlo de una forma especial. Entonces... Tuve la idea que debería haber tenido en enero. ¡Bego! ¿Por qué nunca pregunté su nombre en el hotel? Eso habría facilitado mucho las cosas...

Sonríe tristemente. Yo no dejo de comer patatas como si así fuese a digerir toda la información más fácilmente. Que se volvió loco. ¿Por mí?

No puede ser por mí.

Lo quiero.

Solo lo he visto dos veces en mi vida y mi corazón es suyo. Se lo voy a envolver en celofán para que haga con él lo que quiera.

Y entonces Jack me cuenta que conoció por Skype a Bego, pero también a Adri, Tony y Miki. «¿Esos son los que son novios?» Sonríe. Están locos de

verdad. Dice que aplaudieron cuando les contó cómo me había buscado y añade: «Adri dijo que le recordaba a una película de Penélope Cruz, yo dije que solo la había visto en *Piratas del Caribe* y al día siguiente tenía en mi buzón una lista de películas recomendadas. No he tenido tiempo de verlas, por favor, no se lo digas...» Me río un poco exageradamente por los nervios, y porque ha calado a mis amigos desde el minuto uno.

Y al final, explica:

—Yo no sé cómo acabé convenciendo a mi jefe para que entre en un concurso: el de rehabilitación del Edificio España. Le dije que era una forma perfecta de abrir mercado en Europa y no sé por qué, me creyó. Y aquí estoy, supuestamente haciendo trabajo de campo para que planifiquemos la propuesta, Begoña convence al señor de seguridad para que me deje verlo de noche con la jefa de proyecto, que eres tú, América, y...

Y mueve su brazo señalando el edificio, lo que se ve, claro, y Madrid, a nuestros pies, como diciendo: «Y antes, todo esto era campo.»

Y a mí me tiemblan las piernas cada vez que dice mi nombre. América. Parece más bonito si lo pronuncia él.

Hay algo que me persigue desde siempre. Desde que pagase mi compra en el Whole Foods. Se vino conmigo al hotel, al edificio de «Friends», en el avión, a mi casa, me siguió a Burgos, se coló en cada uno de mis tupperes y hasta se ha montado conmigo en el ascensor.

Me lanzo y me la juego:

—¿Por qué yo?

—¿Por qué no? Desde que te vi sentí algo. ¿Flechazo, lo llaman? Me despertaste una sonrisa, pero también quise cuidarte y animarte cuando nuestras vidas se cruzaron. Porque fuiste tan simpática y divertida en ese momento, como si no supieras que lo eres, que además sentí que podías ser tú la que me hicieras reír a mí. Porque, después, durante la cena, sentí que podíamos haber hablado durante décadas y se habría pasado volando igual. Me moría de ganas de pedir postre solo por alargar el momento, pero tú estabas llena y no quería obligarte a nada en el mundo. Por suerte me inventé algo para tenerte unos minutos más cerca. Porque cuando fuimos a la casa de Carrie mi corazón me dijo que solo quería dedicar mi vida a sorprenderte así. Porque cuando esa noche, por hacerme el gracioso y el guionista de cine en la vida real, te había dejado escapar sin saberlo, se me rompió el corazón. Entendí, cuando era tarde, que entre tú y yo se había creado la magia.

Otra vez un escalofrío.

Quizá por el frío o más bien porque esto, todo esto, no puede ser real. Ha hablado de magia, de la que no tiene trucos y no se puede desmontar. Lo fácil es creer, pero me cuesta comprender.

Falta poco para que me ponga a castañetear los dientes, y creo que esta vez es de nervios.

Se acerca a mí y me pone las manos encima, agarrando mis brazos.

Sonríe con su sonrisa americana. Ya la había visto antes. Frente a unos escalones. No nevaba, ni ahora tampoco. Yo qué sé, tampoco hace falta.

Me besa.

Y sabe a Big Mac. Y es perfecto.

Y yo... Me dejo llevar. Y no pienso más porque ya no hace falta.

## Agradecimientos

Quiero dar las gracias a las canciones por lo que me hacen sentir. Pero también a La Coach, la de verdad, que casualmente se llama Rocío (Cores) pero poco se parece a la de este libro (*spoiler*: es mejor). Gracias a ella por descubrir que tenía opciones de felicidad cuando no las veía.

A Andrea, que una tarde de diciembre me dio la oportunidad de mi vida y es el espejo en el que siempre me miro. Como ella me dijo una vez: «Ojalá solo nos encontremos con personas buenas en la vida.»

A Carmen, mi editora, que consiguió sacarme la idea y hacerla brillar a pesar de que yo estuviese perdidísima. Eres el hada madrina de este cuento.

A mi ami Fran, que sabía cuándo necesitaba concentración y espacio, por cantar a gritos en la cocina y por tener el corazón más puro que ha existido jamás. A mi segundo mejor amigo Alfredo, al que nunca le digo lo que lo quiero porque no es nuestro rollo. A Javi, César, Patri y Aída, que han apoyado este libro aunque no aparezcan como pidieron. A mi hermano, por reírnos siempre juntos. A Nuria, que me ve siempre guapa a través de su objetivo.

A mis padres, que fueron los segundos lectores de este libro y se emocionaron con él, que me dieron medios para crear mi primer periódico con once años, que celebrarán todos nuestros triunfos con unas bravas. De Burgos, como debe ser.

En penúltimo lugar, y ya sé que me va a decir que lo he dejado para el final pero a lo mejor ha sido un poquito aposta, a Pedro, que me hace ser la mejor en todo y quien no solo se casó conmigo porque soy muy insistente sino que ha estado siempre orgulloso de mí. Incluso en aquellos domingos de oscuridad. Te queso.

Y ya, para acabar, para ti que lo lees. Por no piratear. Porque sin esos mensajes de ánimo o esos «qué graciosa eres» yo no me sentiría como tal.



Gracias por leerme y por no ser muy cruel con las críticas, que tengo mi corazoncito.

Ah, y a mí misma, que estoy muy contenta por conseguir llenar tantas páginas y que tengan algún sentido.